



**FRAN
BARRERO**

AMURAO
Dos dientes de plata

AMURAO

Dos dientes de plata

—

FRAN BARRERO

Primera edición: Noviembre de 2020

© Fran Barrero

© Venus Publicaciones

www.venus-publicaciones.com

www.franbarrero.es

AVISO LEGAL: Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diseño de la portada: Fran Barrero

Corrección: Eva Tendero, Ramón Portalés y Patricia Puente

Depósito Legal: M-21.991-2016

ISBN:

Biografía

Nacido en Huelva (España) en 1976, Fran Barrero es un autor independiente que inicia su carrera literaria en 2012 con su primer libro didáctico sobre fotografía. Tras doce manuales publicados sobre esa especialidad, emprende el desafío de probar suerte en la narrativa de ficción con su primera novela *Alfil*, primera entrega de la *Trilogía de Alfil* (novela negra). En la actualidad ha publicado también:

Saga Amurao (novela negra nórdica)
Bloody Mary y *Bloody Mary 2* (colecciones de relatos de terror)
Anatomía de un suicidio (autoayuda con humor negro y sátira)
El otro lado del retrato (aventuras-fantasia-romance)
El corazón del último ángel (aventuras-fantasia-romance)
Herencia de Cenizas (clásico victoriano)
Lluvia de otoño (romance con denuncia social)
Wanda y el robo del cristal (fantasía)

www.franbarrero.es

facebook: [turincondelecturablog](#)

twitter: [VenusFranB](#)

instagram: [franbarrero_escritor](#)

*«Siempre hay un momento en la infancia
cuando la puerta se abre y deja entrar al futuro».*
Graham Greene

Para Toñy Riballo

Acurrucadas en el sofá, para envidia de Pablo, que juega con la pequeña Eva a adivinar los animales que dibuja con extraños garabatos en un cuaderno, Cristina y Livia están terminando de ver una película de policías.

—¡Otra vez, otra vez! —grita Livia, derramando las pocas palomitas que quedan en el cuenco sobre su regazo.

—¿Qué dices? ¿Te ha dado un *flus*? —Su mejor amiga la observa entre asombrada y divertida.

—¿No lo ves, Cris? Mira la tele. El malo está usando a uno de los polis como escudo humano, y sus compañeros no disparan por miedo a herirle.

—Claro, es lógico.

—Pero eso es absurdo a la vez. Casi todas las películas de policías muestran escenas así en el final, con lo sencillo que sería salir de esa situación.

Cristina sonríe.

—En alguna película he visto que se dispara al costado o el hombro del policía y así se abate al malo.

—Pero eso no es efectivo, Cris. El malo puede disparar como acto reflejo y volarle la cabeza.

—Eso es cierto, pero solo es una película. No deberías tomártelo tan al pie de la letra.

—¿Y si pasa en la vida real? ¿Y si nos enfrentamos alguna vez a alguien y nos vemos en esa situación?

—Está bien, pues dime qué quieres que hagamos. —Cristina sonríe, le encanta ver a su amiga tan entusiasmada con el trabajo.

—No sé, supongo que habría que apartarse muy deprisa del malo para que tu compañero le disparase en la cabeza.

—Para eso se necesitan muchas cosas.

—¿Como cuáles? —Livia se gira y se sienta frente a ella con las piernas cruzadas como un indio.

—Pues necesitas que quien dispare tenga una precisión y rapidez de tiro casi perfectos.

—Yo 95 y tú 96, somos las mejores.

—No tan rápido, también requiere una rapidez de movimiento extremo por parte del rehén. Y lo último y más difícil de todo —Livia la observa como un niño de diez años viendo por primera vez *Los Gremlins*—: usar una especie de código entre compañeros.

—¿Un código? ¿Cómo es eso?

—Pues imagina que te guiño un ojo para que sepas que me voy a apartar rápido.

—¿Y cuándo tendría que disparar yo?

—Pues tras una cuenta atrás coordinada, por ejemplo, guiñando el ojo tres veces.

—Pero eso puede llevar a error, serían cuatro guiños, el primero para avisar y los otros tres para disparar.

—Vale, pues otra señal, quizás con las manos. La V de victoria.

—No me gusta.

—Estás un poco puntillosa.

—Es que prefiero la señal del triple de baloncesto.

—¿Cómo es eso?

Pablo interviene y lo hace con la mano, describiendo un círculo entre el pulgar y el índice, de modo que los otros tres dedos queden hacia arriba.

—Me parece bien. La señal del triple y luego los tres guiños.

—Y tenemos que acordar si disparamos al tercer guiño o después.

—Ahora eres tú la que lo complica, Livia. ¿Qué es eso de después?

—Ya sabes. A la de tres y disparas, es decir: «una, dos y tres» y luego disparas, «o una, dos» y disparas.

—Esa última, mismamente, ¿qué más da?

—Es la parte más importante, la que decide si me vuelas la cabeza a mí o al criminal.

—Vale, pues uno dos y disparo. Por cierto, me he perdido todo el final de la película por tu culpa.

—¿Y qué importa? No había ningún chico guapo.

Dos dientes de plata

Rumanía

Nicoleta sabe hacerlo, no tiene que enseñarle nadie. Lo ha visto hacer muchas veces y también ha practicado cuando sus padres y su hermano no la observaban.

La niña otea el horizonte al otro lado de la ventana del pequeño salón, solo logra ver las lejanas copas de los árboles mecidas por la brisa y un leve destello azulado empujando el manto negro de la noche sobre el cielo. En menos de media hora estarán todos despiertos en la casa y se sorprenderán de que ella haya demostrado que no es tan pequeña como aseguran.

Sabe dónde está todo, incluso el sitio en el que guardan las cerillas. Una vez reunidos los materiales necesarios, hace una bola con dos hojas de una vieja revista y las coloca en el centro del hogar; encima, pasto seco y fino, creando una pequeña montaña que crece a medida que añade palos delgados, luego más gruesos. Cuando la cerilla se adentra en el conglomerado y toca el papel, todo comienza, tal cual lo ha visto hacer cientos de veces. No hay error posible.

Tarda unos quince minutos en obtener la recompensa. Su padre, el primero que se levanta cada día, entra en el salón y observa el fuego, luego a ella, vuelve a mirar el fuego, sonrío y se marcha. La niña no esperaba más. ¿Para qué? Es más que suficiente. Ya es mayor.

Una vez desayunado y en el patio de atrás, justo al lado del cobertizo de las herramientas del huerto, su hermano Costel corta leña, aunque tienen de sobra almacenada para el siguiente invierno.

La niña se acerca, como cada día, y ruega para que le deje ayudarlo.

—Es muy peligroso para ti, puedes cortarte.

—Tú usabas el hacha cuando tenías mi edad.

—Es diferente, soy un chico.

—Yo también puedo hacerlo. Ya oíste a *mamă* esta mañana, igual que *tată* cuando vio el fuego en la chimenea. Ya puedo hacer todo lo que quiera. Ya soy mayor.

—No digas tonterías, eso te lo han dicho para que te sientas bien, por el detalle de encender el fuego. Encender fuego puede hacerlo hasta un mono.

—¡Eso es mentira! ¡Retíralo!

—Bueno, está bien, tú lo has querido. —Costel mira hacia la casa. Padre está en el huerto y parece que madre no les vigila desde la ventana de la cocina—. Toma el hacha y haz lo que te diga.

La niña se embriaga de emoción, responsabilidad y valentía a partes iguales. Toma el hacha por primera vez en su vida, nunca habría imaginado que pesaría tanto, casi no puede sostenerla con las dos manos, ni siquiera usando los consejos de su hermano mayor.

Levanta la herramienta como le indica Costel, con la mano derecha en la parte inferior del mango y la izquierda casi pegada al frío metal. La eleva sobre su cabeza con determinación y luego la deja caer con todas sus fuerzas sobre un pequeño tocón que ha colocado su hermano sobre la base. El filo ni roza el tocón, tampoco la base del enorme roble que se secó antes de que ellos nacieran y que usan para trocear la leña.

Nicoleta siente que ha gastado las energías de una semana entera para hacer el ridículo, pero

eso solo le dura unos segundos.

—Quiero intentarlo otra vez.

—Te vas a hacer daño. Has estado a punto de darte en una pierna, te la habrías cortado y luego *tatã* me mataría .

—Solo una vez más, por favor.

Ni siquiera espera la autorización de su hermano, levanta el hacha y lo deja caer con mucha más fuerza que antes, sin medir en ningún momento la precisión para lograr su objetivo. El hacha se incrusta en el centro del tocón, pero no más de unos milímetros.

Costel ríe al ver demostrada su teoría. Él casi partió un tocón parecido cuando lo intentó por primera vez, de eso hace seis años.

—Las chicas no tenéis fuerza. Las chicas solo podéis trabajar en la casa. Vete a la cocina o a limpiar.

Ella se enfada, observa el tronco y escupe al suelo con furia, como ha visto a su *tatã* hacer desde que tiene uso de razón cuando está enfadado.

Mierda de vida, ella no decidió nacer chica.

Se marcha corriendo a la casa, tiene muchas tareas pendientes de hacer. Había pensado, ingenua, que podría cambiarlas si demostraba esa mañana que podía encender fuego y cortar leña. Creía que *mamá* usaría su autoridad para cambiar definitivamente las tareas de cada uno y asignarle las que ella quería desempeñar.

«Prender fuego es sencillo, solo se necesita conocer el proceso. Cortar leña requiere más fuerza, fuerza que aún no tengo».

Aún.

Se pasa dos semanas preparándose para un nuevo intento, catorce días en los que se levanta temprano, antes que los demás, enciende el fuego y luego se marcha a golpear con el hacha los troncos que coloca sobre la base del roble seco. También lo hace algunas tardes, cuando su hermano y sus padres están ocupados y sabe que no la observan. Practica hasta tener callos sangrantes sobre los anteriores callos resecos, hasta que sueña por las noches con dar golpes, hasta que su vida se limita exclusivamente a golpear un estúpido trozo de leña para convertirlo en dos.

Esta mañana no practica, se limita a esperar a que Costel esté por la zona, ahora interesado en encontrar su azadón para ir al huerto. Nicoleta camina con decisión hacia su objetivo, toma la herramienta y coloca un tocón mayor del que puso su hermano dos semanas atrás. Este la observa desde la puerta de cobertizo, a tres metros, entre sorprendido e intrigado al ver su determinación.

No necesita un segundo golpe, el tocón se parte en dos ante el asombro del adolescente.

—¿Lo has visto? ¿Lo has visto, Costel? De un solo golpe.

—Habrás tenido suerte, sería un trozo muy seco o podrido.

—Puedo hacerlo otra vez.

—Solo si yo elijo el tronco.

—Me da igual, lo cortaré de un solo golpe de nuevo.

El chico coloca un trozo mucho mayor que el anterior, uno que él mismo no sería capaz de cortar de un solo golpe. Ella nunca lo ha intentado con semejante trozo de madera, ni la mitad. Sabe que no lo logrará, y no es una duda, se trata de lógica, como dice su padre cuando le explica que la leña húmeda no es buena para prender fuego, que no se puede plantar patatas en octubre y que una mujer nunca servirá para nada más que trabajar en el interior de la casa.

«Yo haré lo que quiera, nadie me dirá lo que puedo o no puedo hacer».

La niña aprieta los dientes, se aferra al mango del hacha y lo eleva sobre su cabeza. Usa el

punto de apoyo del pie izquierdo, luego equilibra, pasa al derecho, adelantado, y deja caer con todas sus fuerzas la herramienta.

El tocón no se parte, pero el hacha entra hasta la mitad del mismo. Todo un logro que no esperaba.

Se gira con cara sonriente. Su hermano no sonríe, alberga un semblante extraño en la cara. La niña baja la mirada y observa la hoja del cuchillo que le ha brotado al chico en mitad del pecho, gotea sangre espesa y oscura, despacio. Vuelve a mirar la cara de su hermano, la mueca es ahora grotesca, como una máscara, un hilo de saliva rojiza cae de su boca abierta.

Corre en un acto reflejo, corre con todas sus fuerzas. En casa está *mamá* y ella sabrá qué hacer.

Antes de llegar a la puerta trasera, la que da a la cocina, un tipo enorme aparece y ella resbala antes de chocar contra él, está aterrada, lo mira sin comprender cómo ha salido ese extraño, ese monstruo, del interior de su casa. El tipo enorme sonríe y muestra dos dientes de plata entre otros deformes y oscuros. Se agacha ante ella y le susurra.

—¿Tienes miedo, pequeña?

—Sí. —Nicoleta ni siquiera sabe de dónde ha salido el susurro de la respuesta.

—No deberías tenerlo. ¿Sabes que, según la Biblia, el diablo no ha matado a nadie nunca? —
Y sonríe de nuevo, a sabiendas del efecto que produce la visión de su dentadura en la niña.

Los rojos ganan

La situación lo es todo en una incursión a vida o muerte. La oficial lo sabe y por eso suda; por eso y por el calor infernal que hace esa mañana de primeros de septiembre enfundada en el equipo de asalto. No hay un mísero árbol alrededor bajo el que guarecerse. La situación lo es todo, se repite; y esta se divide en entorno, situación personal, acompañantes y enemigos.

Entorno: están en un descampado y apenas hay donde esconderse en caso de recibir un ataque. A su derecha, a unos quince metros, observa varios cilindros de madera que sirvieron hace muchos años para enrollar cable del tendido eléctrico, ahora están podridos. Unos veinte metros a la izquierda hay un coche desguazado y casi desintegrado por el óxido. Ellas han elegido un muro de ladrillo y cemento, semiderruido, de dos metros de alto por otros tantos de ancho.

Situación personal: tanto la inspectora al mando como ella misma llevan armas de repetición con munición de sobra, aunque el poco peso hace desconfiar a la chica de su eficacia. Lo peor es el equipo de seguridad, les está haciendo sudar como nunca. El casco con protección transparente no permite ver nada con el vaho que emiten al respirar. Hace unos minutos no estaban nerviosas, no temían por sus vidas, pero ahora comienzan a cambiar de idea. Cuando llegaron al lugar, creían que sería pan comido. Un error que puede resultarles fatal.

Acompañantes: no hay nadie más, solo se tienen la una a la otra y no pueden pedir refuerzos. Deberían separarse, eso piensa la chica, pero no se atreve a dar una orden a su superior.

Enemigos: ese es el problema principal. Cuando te enfrentas a delincuentes comunes, sabes que tu formación, la práctica constante, el apoyo de los tuyos y la experiencia te supondrán una ventaja definitiva, o casi definitiva. Ahora tienen al otro lado a enemigos con su misma formación, organización y armas. Luchar de tú a tú se hace más difícil y eso provoca su malestar, aunque no tanto como el calor y el hecho de estar tras el muro, sin moverse, a expensas de que el enemigo aparezca por dos flancos a la vez.

La inspectora levanta un brazo flexionado en forma de L y muestra un dedo. La oficial asiente. Dos dedos. Solo queda un segundo para salir cada una por cada lado del muro. Tres dedos y... ¡Ahora!

La ráfaga abate a la inspectora, que cae al suelo, inmóvil. La oficial regresa sobre sus pasos, a la seguridad del muro. Ella tampoco lo ve venir, no se dio cuenta de que tenía a dos metros a su espalda a quien ahora le descarga el arma sobre su pecho.

Las dos han muerto en menos de doce minutos.

Fin de la partida.

La oficial de enlace informático Nuria Carvallo y el subinspector Víctor Garza se quitan los cascos de color rojo, tiran las armas de plástico al suelo y se abrazan entre vítores y felicitaciones mutuas.

—Nuria, tú has venido muchas veces aquí, no lo niegues.

—Te juro que es la primera vez.

—Pues menuda estrategia te has marcado para acorralarlos y abatirlos sin que nos vieran venir —apunta Víctor.

—¡Teníamos que habernos separado, Cris! ¡Joder! —La oficial Livia Craciun se levanta del suelo, observa la pintura roja de su pecho y suspira desesperada.

Cristina Collado, inspectora jefe de homicidios de la comisaría de Huelva, se levanta también, se quita por fin el casco de color azul y hace lo propio con el de Livia, que sigue enfadada por haber perdido.

—No siempre se puede ganar. Esta vez han sido mejores.

—Es que tenía que haber llevado yo el mando.

—La próxima, te lo prometo.

Livia suspira y termina por dar un abrazo a su mejor amiga, su hermana, casi una madre. Nuria y Víctor se acercan a ellos.

—Bueno, dejemos los abrazos y vamos a quitarnos esta ropa y las protecciones.

—Sí, por favor —dice Víctor—, que huelen como el rabo de un oso.

Las tres mujeres lo observan en silencio.

—No se dice así —lo corrige Nuria. El subinspector aún no comprende los miles de refranes, frases hechas y demás expresiones típicas de la tierra que ahora es su hogar: Andalucía—. Lo del rabo del oso es para la suciedad: estás más sucio que el rabo de un oso; o que la bombilla de una cuadra. ¿Comprendes?

—¿Y para oler mal?

—No sé, di que huele mal o que hiede, como en el resto del mundo.

Víctor está perplejo, no sabe qué responder. Los cuatro se encaminan a los vestuarios de la empresa que organiza las batallas con armas de pintura. Una lástima que no tengan duchas, así que se vuelven incómodos por el sudor a casa en el coche de Cristina, eso sí, con el aire acondicionado a toda potencia.

—Ya veremos el próximo día —dice Nuria con una sonrisa de oreja a oreja—, pero hoy los rojos ganan.

Una llamada

Es sábado, los cuatro tienen todo el fin de semana libre tras terminar un caso que se ha resuelto por la vía rápida, con la entrega del homicida tras presionarlo en el primer interrogatorio. Nuria llevaba mucho tiempo tratando de convencerlos para divertirse en una batalla de armas de pintura, por fin lo había logrado e insistió a la empresa organizadora para que les hiciese un hueco; prometió que terminarían mucho antes de lo que suelen hacerlo los grupos habituales, de unas veinte personas, sin formación y que se lo toman a risa.

Ahora, regresan a la capital y la sensación incómoda del sudor ya no es tanta gracias al aire acondicionado del coche. Aun así, los cuatro tienen planes para el resto del día y mañana domingo.

Víctor va a hacer una limpieza a fondo del apartamento. Aunque sea de alquiler y suela limpiarlo dos veces por semana, quiere verlo impecable y se emplea a fondo una vez al mes: ventanas, persianas, el interior del frigorífico, lámparas... Pondrá música clásica y tratará de no emplear más tiempo del necesario para así poder leer unos cómics que le llegaron el miércoles pasado por Amazon.

Nuria dormirá hasta las ocho de la tarde, así recuperará el sueño acumulado en los días anteriores. Se levantará para darse una ducha, se arreglará el pelo y se maquillará, para salir con Elena, una compañera de la comisaría, a tomar unas copas. Nada en plan salvaje, eso se terminó. Mañana domingo irá al hospital para hacer su visita de rigor a David Sobrá. El inspector aún sigue en coma desde el atentado sufrido casi cuatro meses atrás.

Livia piensa dormir, ver pelis, comer, dormir, ver pelis, comer, dormir, ver pelis...

Cristina ha quedado con su marido, junto a su hija irán a pasar el fin de semana en el velero y no piensa hacer más que terminar de leer el libro que empezó la semana anterior, comer pescado a la brasa, bañarse en el mar y jugar con la pequeña; hacer el amor y contemplar un par de bellos atardeceres sobre la ría de Huelva con una copa de vino blanco bien frío en las manos y música suave de fondo.

Ya avistan los altos edificios de la barriada de La Orden cuando el sonido del teléfono móvil de la inspectora jefe saca a los cuatro de sus pensamientos idílicos. Cristina baja el volumen de la radio del coche al mínimo y responde por el manos libres.

—¿Dónde estás?

Cuando el comisario Marcos Navarro pregunta eso como saludo, todos los presentes inician un proceso automático: primero el silencio, no saben qué decir; luego llega la pesada bola de metal al estómago; respondes lo que sea «estoy en casa, en la playa, con mi familia en la boda de un hermano»; y todo termina ahí.

Cristina responde.

—Pues lo siento, tenemos un caso muy importante y os necesito en la comisaría lo antes posible. Acabo de revocar vuestros permisos.

—Joder, tenemos planes —dice Livia sin poder evitarlo.

—Si quieres tener planes, pide el traslado a tráfico, te lo concedo hoy mismo. Cuando se entra en homicidios, ya se sabe lo que toca.

—No seas malo con la niña. —Cristina intercede por Livia, aunque logra el efecto contrario

en ella: que no se sienta como la buena policía que es, que no se la respete por la edad, que no se tenga en cuenta que antes que ella jamás nadie ha sido ascendido a oficial a los tres meses de entrar en el cuerpo.

Marcos Navarro cuelga.

—Jo, Cris, deja de defenderme.

—Pues deja de decir jo, como si tuvieses veinte años.

—Es que tengo veinte años.

—Lo sé, pero en la policía no te respetan hasta los treinta. O los cuarenta, si eres mujer. Así que, si no tienes esa edad, al menos aparéntala.

—¡Qué asco!

Cristina observa a la chica, está enfadada; luego mira por el retrovisor interno, la cara de Nuria muestra cansancio y la de Víctor... esa es imposible de descifrar, parece un robot.

—Vamos, no os vengáis abajo. Marcos no nos llamaría si no fuese algo muy importante. Os prometo que hablaré con él para conseguir unos días libres extras para todos.

La inspectora parece la más entusiasta, si esa es la palabra, pero todos saben que es la que más perjudicada queda con esa decisión. No podrá estar con su marido e hija.

«Pablo va a matarme, lleva una semana planificándolo todo. Solo espero que lo pague con Marcos y no conmigo. Ya veré cómo le vendo la historia para que no se enfade demasiado».

El diablo

Un cajero de supermercado comprendería la situación de los policías al llegar a la comisaría, pero no un administrativo o empleado de esos que disfrutan del lujo que supone el horario de oficina. Terminar el trabajo un viernes al mediodía y olvidarse del mismo hasta el lunes por la mañana es algo que no entra en las características del puesto de un investigador, menos aún si trabaja en el departamento de homicidios.

Marcos los espera en la cocina, lugar que se usa para las reuniones de más de cuatro personas. Apenas llega ruido desde la calle y en la sala de espera hay una docena de turistas esperando para poner denuncias por robo, lo habitual cada fin de semana. Irene, la recepcionista, ya está junto al comisario con las fotocopias del informe sobre el caso que provoca la inoportuna reunión. Nuria, en cuanto entra, sirve café para todos; excepto para Víctor, él mismo se está preparando un té verde. Y el comisario carraspea para avisar de que no hay un minuto que perder.

No toma ningún rotulador para escribir en la pizarra blanca, sino el mando a distancia del gran televisor que cuelga del techo. Eso es algo que Livia no ha visto nunca. Pulsa un botón y todos desean que lo que aparece en la pantalla solo sea una broma. Una de muy mal gusto.

La niña es rubia y tiene los ojos claros, entre verdes y grisáceos. Unos ocho años y seguro que posee una sonrisa preciosa, pero ahora está atemorizada, tanto, que los policías quedan en silencio, sin saber qué están viendo siquiera. La niña está sentada —además de amarrada de pies y manos— a una silla de metal en el centro de una habitación de paredes oscuras, sin ventanas ni puertas que se aprecien. No está amordazada y no habla con nadie, ni pide auxilio, así que debe de estar sola. A pesar de que la niña atada ya supondría motivo de sobra para asustar a los policías, son otros tres detalles los que monopolizan la atención hasta hacer que nadie sea capaz de cerrar la boca de asombro.

El primero es el reloj digital en una mesita al lado de la niña, marca una cuenta atrás de cuarenta y seis horas, catorce minutos y unos pocos segundos. Una cuenta atrás que no puede presagiar nada bueno.

El segundo es el rótulo impreso en la pantalla: «Este es el tiempo que tardará Duquesa en volver a tener hambre».

El tercero es Duquesa, un enorme animal oscuro que se pasea gruñendo por el cuarto, lo hace despacio, como tanteando el lugar. La niña sigue con sus ojos en todo momento los movimientos del mismo, eso es lo que parece atemorizarla hasta impedir que sea capaz de pronunciar una palabra o chillar.

Antes de que alguno pregunte, el comisario se adelanta:

—Es un diablo de Tasmania.

—¿Y cómo cojones ha logrado alguien...?

—A día de hoy puedes comprar un cocodrilo del Nilo de quinientos kilos y tenerlo en tu piscina por menos de diez mil euros. Dejemos las preguntas que no son relevantes. Ya habéis visto la cuenta atrás.

—Parece una broma —murmura Cristina, que ha permanecido callada, como hipnotizada con la expresión de la niña del vídeo. Por la edad, podría pensar en su hija pequeña, pero los rasgos faciales son mucho más parecidos a los de Livia.

—Pues no parece ninguna broma. Los expertos informáticos de la comisaría aseguran que es una señal en directo.

—¿Y por qué alguien haría algo así?

—Es evidente. Por dinero.

—¿Dinero?

Marcos se atusa el pelo, luego se sienta a la mesa, junto a sus compañeros.

—El enlace para acceder a la señal llegó en un correo ordinario, una carta como las de toda la vida. Irene la recibió, no le dio importancia al leerla, pero escribió el código abreviado del enlace en el navegador y, tras ver lo que estáis viendo vosotros ahora, me llamó. Los de la científica tratan de encontrar huellas en el sobre y la carta, pero algo me dice que no tendremos mucha suerte.

—¿Qué decía la carta? —Nuria está tan impaciente que no puede esperar a que el comisario termine toda la exposición.

Por su parte, Marcos no se muestra molesto por haber sido interrumpido.

—La carta es lo más sorprendente de todo, si es que eso fuera posible. —Sus interlocutores, en silencio, miran la televisión otra vez, con el animal enorme emitiendo esos horribles gruñidos alrededor de la pobre niña indefensa—. En la carta aparecen tres datos. Una cifra: diez millones de euros. Un número de cuenta: en las islas Caimán. Y un nombre.

—¿Un nombre? —pregunta Cristina. ¿Sabemos el nombre de la niña? ¿Podremos hablar con sus padres?

—Me temo que no. —Marcos mira a la inspectora con pesar—. El nombre no es de la niña.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque todos aquí conocemos el nombre que aparece en la carta: Livia Craciun.

El mapa del tesoro

Recibir el mensaje a tiempo hizo que no echase más pescado de la cuenta a la parrilla de carbón que había instalado dos meses atrás en el barco. Total, solo iban a comer finalmente la niña y él. El maravilloso plan de fin de semana se acababa de fastidiar, claro que no sería él quien se quejase por ello. Había vivido por y para su trabajo durante más de una década, a pesar del dolor que determinados acontecimientos le provocaron. Contarle a Cristina lo que había sufrido debería haber hecho recapacitar a la inspectora, pero no podía enfadarse con ella por no seguir sus consejos, ya que cada uno debe tomar el camino que considera oportuno tras barajar sus pensamientos, experiencias y las recomendaciones de quienes le quieren. El capitán Pablo Aguilar suspira hondo y toca madera para pedir el deseo de que nada malo le ocurra a su esposa. Literalmente, ahora mismo acaricia la madera pulida y barnizada del barco.

Nunca ha sido supersticioso, ni siquiera viendo al diablo ante él en más de una ocasión, sobre todo agazapado tras la niebla del valle del Baztán, donde espera que reposen los restos de semejante bestia.

«¿Un caso nuevo y muy complicado? Todos son nuevos, todos son muy complicados. Deberías saberlo ya. Ojalá vinieses a mi comisaría, allí te asignaría casos sencillos y... Claro, por eso no aceptas. No se trata de la ciudad, de la playa, de la familia, amigos y compañeros. Es una cuestión de realización personal, profesional. Te pasarás la vida arriesgándola para proteger a todos los compañeros que puedas, a los ciudadanos y, sobre todo, rescatando a las *livia*s que se crucen en tu camino. No puedo luchar contra eso, ni quiero hacerlo. Si te convirtieras en otra persona, en una que me hiciera la vida más fácil y segura, no te amaría como lo hago ahora».

—Pablo, huele raro.

El capitán se gira y observa a la niña, jugando frente a él en el suelo de la cubierta; hoy se le han caído tres muñecas al agua y él ha tenido que darse sendos chapuzones para recuperarlas. ¿Dónde demonios estará el limpiapiscinas que compró para ese menester? Seguro que también se cayó algún día por la borda.

—¿Raro? No, es el pescado. Verás qué rico está.

—Pescado, puaj, yo quiero salchichas y patatas fritas.

—No puedes comer eso tan a menudo, cielo, o el día de mañana acabarás estando muy malita.

—¿Malita? No, salchichas y patatas fritas están ricas, no puedo ponerme malita. El pescado huele raro y tiene espinas, me moriré.

—No me convencerás con eso. El pescado estará riquísimo, luego le pondremos limón y, si te portas bien, te prepararé una patata al horno, pero para compartir conmigo.

—¡No, para mí sola! Y quiero ketchup.

—Ya sabes que aquí no hay, y tampoco en casa.

—Pues la abuela Mariángeles sí tiene.

—Ya lo sé, y bollería industrial, y rebozados congelados y un montón de cosas más que hacen enfadar a mamá.

—Pero mamá no está, no se enterará.

«Madre mía, si con tres años piensas así, miedo me da que llegues a la pubertad».

—Mamá se entera de todo, ¿no ves que es policía? Hoy vamos a comernos todo el pescado

para que ella no se enfade y nos prohíba ir mañana a la cala de los piratas.

La pequeña queda paralizada, luego se gira despacio, abriendo la boca y los ojos hasta formar esa mueca que siempre hace reír a Pablo.

—¿En serio? ¿A la cala de los piratas?

—Te lo prometo, pero hay que comerse toda la cena.

—¿Toda, toda?

—Toda.

Pablo decidió bautizar de esa forma a una zona que la niña descubrió en su segundo cumpleaños. Desde la playa de La Antilla se extiende una península de ocho kilómetros de largo por seiscientos metros de ancho, una zona casi virgen que, vista desde las playas de los pueblos de El Portil y El Rompido, parece una isla, pero que simplemente se trata de una barrera entre el Atlántico y la costa de Huelva. Sin ninguna edificación ni señal del paso de los humanos, solo se aprecia allí una manada de caballos salvajes corriendo y pastando entre las dunas y los pinos. El asombro de la niña fue tal, al llegar allí, que Cristina y Pablo permanecieron unos minutos en silencio, a la espera de su reacción. No regresaron al puerto hasta muchas horas después, Evita solo quería perseguir a los caballos y descubrir algún tesoro enterrado por allí. De ahí le vino la idea a Pablo para bautizar el que sería el rincón mágico de la familia.

—Esta vez encontraré el tesoro, ya lo verás.

—¿Tú crees? No sé, tal vez no lo encontramos nunca porque no llevamos un mapa.

—Podemos dibujar uno después de la cena.

—No creo que eso funcione así... Bueno, espera, puede ser divertido.

—¡Sííí!

La niña salta con los brazos en alto y pronto dará una patada sin querer a otra muñeca, la princesa Elsa pelagra muy cerca del borde. Eva tiene el cabello y la energía y determinación de su madre, pero sus rasgos faciales, bellísimos, son de un padre que no conoció. Tampoco lo hizo Pablo, salvo por fotografías.

«Lo del mapa suena interesante. Esta semana, mientras estás en la guardería, voy a dibujar un mapa con una cruz, luego compraré un cofre de madera o similar en alguna tienda de chinos, lo llenaré de monedas de euro y lo enterraré para que otro día vayamos y puedas encontrar por fin tu tesoro».

Pablo se gira para dar la vuelta al pescado sobre la parrilla, la niña sigue saltando de alegría. Él sonrío y vuelve a girarse para observarla. La muñetera Elsa se cae por la borda. Fantástico, otra vez tendrá que saltar y rescatarla.

Organización

Un camión pasa a toda prisa por la calle y provoca que los presentes esperen varios segundos para seguir hablando. Los cafés y téis les han sentado fatal tras la visión del vídeo y conocer las intenciones de los secuestradores de la niña. Nadie quiere imaginar que el reloj se ponga a cero y Duquesa no tenga nada mejor que comer en ese zulo.

Cristina suspira, el caso pinta peor de lo que había imaginado a medida que piensa en sus posibilidades. ¿De dónde van a sacar diez millones de euros en menos de dos días? El comisario no tiene que decirle que el caso es suyo, eso se intuía desde que este hizo la llamada casi una hora antes.

La inspectora toma la voz y, en vista de la urgencia que supone esa cuenta atrás en la pantalla, comienza a detallar los pasos a seguir.

—Quiero saber cómo se puede meter un demonio o diablo de Tasmania en el país, así que apretad a las tiendas de animales por si se sacan un extra consiguiendo especies exóticas o protegidas. También quiero localizar a quienes lo hagan sin tener un negocio legal como tapadera, los más peligrosos son los que operan a través de páginas web, blogs y grupos de WhatsApp especializados.

Nuria va tomando nota a la vez que Irene, la recepcionista. Cristina continúa:

—Quiero localizar la procedencia del vídeo. Esa señal debe de dejar un rastro y quiero saber hasta dónde conduce. Sé que los servidores que se usan para este tipo de asuntos están muy bien camuflados tras cortafuegos y una red interminable de países de los que no colaboran nunca con la Unión Europea y demás regiones democráticas, pero eso es indiferente. Nunca se sabe si tendremos suerte por esa vía.

Gonzalo Herrera, uno de los técnicos de la división forense informática, se prestó a hacer esa tarea.

—Víctor, encárgate de sacar una captura del vídeo en la que se vea bien la cara de la niña. Quiero su imagen en cada noticiario de televisión nacional y local, además de periódicos. Tal vez descubramos quién es y desde cuándo y dónde ha desaparecido. Se supone que sus padres habrán denunciado su desaparición.

El subinspector asiente.

—Ese vídeo tiene audio; tenemos que sacar del mismo todo lo que no proceda de esa sala, cualquier sonido del exterior que se filtre; eso podría acercarnos a saber si están en una ciudad, cerca de una parada de autobús, de las vías del tren, de un semáforo de los que pitan cuando se ponen en verde. Lo que sea, incluso una conversación de fondo. Que los informáticos se dediquen a ello. Tenemos menos de dos días y creo que es de vital importancia que todos los recursos de la comisaría hagan un alto para dedicarse a esto. —Miró a Navarro, este asintió—. No dejaremos que ese bicho se coma a la niña, ¿estamos?

—¿Quién va a controlar el vídeo? —pregunta Livia.

—¿Controlar qué?

—Por si sucede algo, quizás el demonio ese no espere al reloj, no creo que su estómago atienda a cuentas atrás.

—Hazlo tú, pero siempre a la vez que apoyas las tareas de tus compañeros. —A la oficial le

parece bien—. También hay que revisar el origen de todo esto. Huellas en la carta que vino con el enlace del video, revisar las cámaras de la comisaría y las de la calle para ver al cartero o mensajero. Y lo más importante de todo es saber por qué coño aparece tu nombre en la carta.

Los asistentes se giran para observar a la chica, que se muestra realmente sorprendida. Livia consigue adivinar en las caras de sus compañeros, algunos son amigos, un hilo de desconfianza, como si ella les guardase un secreto inconfesable. Y claro que lo hace. Solo Cristina y el comisario saben cuál es su pasado y el infierno que vivió, pero de lo que aparece en la pantalla no tiene la más remota idea.

La cuenta atrás sigue y todos corren a sus puestos de trabajo, un ejército bien adiestrado de soldados que cumplirán sin descanso la función asignada por su capitán. Precisamente esta, junto con el comandante en jefe, Marcos Navarro, se quedan con Livia unos minutos más en la cocina.

—¿Seguro que no conoces a esa niña? ¿No te suena de nada ese lugar? Intenta hacer memoria.

—Te lo aseguro, Cris.

—Incluso se parece a ti.

—Pues no tengo hermanas pequeñas, que yo sepa, solo niños. Y yo no tengo el pelo tan rubio, ya sabes que me lo tiño, con el mismo tinte que tú.

—¿Y no recuerdas nada de esos años difíciles que viviste...?

—Hace más de siete años que salí de Rumanía, esa niña del video sería un bebé. Los casi cuatro años que pasé en la barriada de La Navidad no tuve trato con ninguna mujer que tuviese una niña pequeña, al menos más allá de un hola y adiós. Y llevo casi cuatro contigo.

—No cuadra —dice Navarro—. ¿Qué puede tener en común Livia con un rescate de diez millones de euros? ¿Qué tipo de delincuente puede organizar todo esto si se trata de un despojo de los que vivían entre tus vecinos? ¿Qué motivación tienen para hacer esto?

Livia lo observa en silencio, no puede responder a simples preguntas retóricas. Cristina asiente y añade a continuación:

—Tenemos que encontrar el vínculo entre quien está haciendo esto y tú, pero también descubrir por qué lo hace. ¿Volverán a ponerse en contacto con nosotros o se limitarán a esperar el ingreso de un dinero que el ministerio jamás aprobará?

Una propuesta

Livia observa la mosca revoloteando sobre sus compañeros de enfrente, parece atontada, como todas cuando va acabando el verano, pronto se posará sobre la manga de una camisa, un folio de un caso o directamente sobre el suelo, y sus dos días de vida acabarán. Eso dicen, que esa es la vida media de una mosca, aunque ella piensa que se trata de una broma o que se tiene en cuenta que la mayoría acaba su existencia tras un golpe o un generoso toque de insecticida.

Dos días, esa es la vida que le queda a la niña del vídeo. En realidad no llega a tanto. Quizás empezó ese reloj en cuarenta y ocho horas y la diferencia es lo que ha transcurrido desde que la ataron y encerraron junto al demonio hasta que los policías lo vieron en la televisión de la cocina.

Esos dos días no solo son los que vive una mosca, ni los que esa niña sufrirá una tortura que la acompañará para siempre, Livia lo sabe por experiencia, también es el tiempo medio que solía decir Mihai que duraba una niña en su poder. Cuando ella fue vendida por sus padres a los trece años, tuvo que soportar lo que define como “el segundo nivel del infierno” en su viaje desde Rumanía hasta Huelva, ciudad que ya considera suya. Violaciones indescriptibles, golpes e insultos que la hicieron más fuerte, destruyendo a la niña que era para que pudiera salir de la crisálida la mujer que es hoy. Ella duró más de cuarenta y ocho horas, sobrevivió, eso es lo que importa.

«Es lo que importa, sí, lo único que importa. Espero que esa niña lo consiga también».

¿Cuántas niñas recorrieron el camino antes y cuántas lo harían después junto a Mihai? Esa pregunta se la hace a diario, no es capaz de dormir cada noche si no invierte unos minutos en decidir cuándo irá a por los que se dedican a vender inocencia con la misma insensibilidad que si se tratara de zanahorias en un mercado. No solo eso, ellos se encargan de que la mercancía llegue con los conocimientos necesarios para amortizar el gasto que suponen a los compradores finales.

«¿Seguirán vivos Mihai y los otros dos? Seguro que sí, esa escoria nunca desaparece».

Livia sacude la cabeza para apartar esos pensamientos, aún no es de noche, cuando suelen llegar, y tiene mucho que hacer. ¿Mucho? ¿En serio? Está mirando un vídeo en el que una niña de ocho años está cagada de miedo mientras un puto bicho que parece una gigantesca rata mutante se pasea a su alrededor. Bueno, ahora la superrata está tumbada y parece dormida.

Ninguno de sus compañeros le ha pedido ayuda, algo que aportar a sus tareas, y eso provoca su enfado. Quiere hacer algo más que mirar cómo los segundos pasan. ¿Qué hará si a ese diablo de Tasmania le entra hambre? ¿Ponerse a gritar para que todos vayan a ver cómo se merienda a la niña antes de tiempo? Menuda mierda de tarea. Ojalá le hubieran encargado algo más productivo.

«Menuda mierda de tarea».

Aunque no los culpa, ella también desconfiaría de un compañero cuyo nombre los secuestradores hubieran puesto en la nota de las condiciones.

Aún no se ha parado a pensar (mucho) lo de su nombre en toda esta historia. ¿Quién la conoce? ¿Quién sabe de ella, además de Cristina y sus amigos y compañeros? No es una policía famosa y es imposible que tenga enemigos creados en su entorno. Solo hay cuatro personas que la conocían años atrás, al margen de su nueva vida y de la familia que dejó atrás, en el olvido: el malnacido con el que sobrevivió desde los trece hasta los diecisiete, y que ahora ya no sigue vivo, murió de sobredosis hace un año y ella ni parpadeó al enterarse; y los tres que...

El teléfono la saca de los pensamientos. En la pantalla del ordenador observa cómo sigue durmiendo ese bicho enorme y horrible, además de la niña, que parece aprovechar para hacer lo mismo, lo más seguro es que esté vencida por el miedo y el cansancio. Toma el móvil y frunce el ceño, es un número oculto. Cuelga.

«¿Otra vez intentan convencerme para que me cambie de compañía telefónica? Esa gente no tiene vergüenza. ¿Cómo coño tendrán mi número? Eso sí que debería investigarlo, menudo paquete les caería si dependiera de mí».

Suena de nuevo, número oculto, y cuelga. Suspira.

Se pregunta si Nuria, Víctor o Cristina necesitan su ayuda. Podrían decírselo y así aliviar todos aquel soporífero día. Quizás no lo hacen porque su nombre está implicado en el caso y no se fían de ella. No, imposible, ellos no harían eso jamás. Entonces, ¿por qué no recurren a ella si toda la comisaría está trabajando en el caso? ¿La piensan dejar observando durante horas a la niña? ¿Será ella la única testigo de cómo un horrible bicho la devora? Quiere más acción, quiere estar en la punta de la lanza que ataque a los secuestradores en cuanto los localicen. Porque van a dar con ellos. Ahí está su nombre, ellos lo han convertido en algo personal. Mal asunto.

«Mal asunto. No sabéis lo que habéis hecho».

El teléfono suena otra vez. Lanza una maldición para sus adentros y descuelga.

—No quiero comprar nada ni cambiar de operador en el móvil, joder.

—¿Qué forma es esa de hablar a los viejos amigos? ¿No te acuerdas de mí, dulce *pizdã*?

Solo oyó esa voz durante dos semanas, pero la recordará mientras viva. Livia siente el escalofrío como si se tratase de un rayo atravesando su cuerpo desde la nuca hasta los dedos de los pies. Sin darse cuenta, se ha levantado del sillón.

—¿Cómo coño tienes mi número, hijo de puta?

—Esa lengua, zorrita. Parece que te sientes muy segura e importante ahora que estás en la policía.

—Acércate a la comisaría y lo discutimos.

—Eso te gustaría, *ida*? Sí, ya vi tu carácter en aquel entonces, cuando tú me mirabas con ojos de odio tras correrme en tu boca. ¿Lo recuerdas?

—No, estoy algo mal de la memoria. Te aseguro que me gustaría que vinieras para refrescármela.

—Qué bien has aprendido el idioma, me alegro mucho. Pero dejemos la charla amistosa para otro día. ¿Te gusta lo que ves?

—¿Cómo?

—Mi mascota, en realidad no se llama Duquesa, sino Flãmând, y se pone muy nerviosa cuando llega la hora de comer y no encuentra su buen filete. Es capaz de devorar un colchón sucio si es necesario para llenar el estómago, te lo puedo asegurar.

—Tú estás detrás de todo esto, debí suponerlo.

—Verás, necesito algo.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—Me costaste mucho dinero, *ida*? Dinero que no pude cobrar nunca, pero ahora tienes la oportunidad de pagarme por todo lo que hice por ti.

—¿Por mí? Claro, quedamos donde quieras y te pago esos diez millones. Dime dónde estás.

—Tranquila, controla esos nervios. Los diez millones son... una distracción, ¿se dice así?

—Entonces, ¿qué quieres? ¿No esperarás que yo vuelva contigo?

—No, tú ya eres demasiado vieja para trabajar de *cãtea*. Y no quiero oír más ese tono de enfado. Recuerda que yo y mis amigos te hicimos así, nos debes mucho. Además, eras como un

perrito asustado cuando te dejamos en aquella calle, un perrito que supo sobrevivir, pero que no comprende el regalo que le hicimos al no matarlo por haber supuesto una costosa carga.

—Qué detalle, sigo ansiosa por tener la oportunidad de agradecértelo en persona.

—¿Ves? Demasiado nerviosa. Bien, simplificaré: la niña morirá cuando acabe la cuenta atrás si no me das un objeto que hay en el depósito de pruebas de tu comisaría. Y morirá mucho antes si le cuentas a tus superiores esta conversación. Así de sencillo.

—No pienso...

—Mi querida mascota puede saltarse su ayuno en el momento en que yo lo ordene. ¿Quieres comprobar si miento?

—¡No! No es necesario.

—Está bien, empiezas a comprenderlo.

—¿Qué quieres y qué garantía tengo de que la niña saldrá de esta sana y salva?

—La única garantía es mi propia palabra, claro que no supondrá mucho para ti, pero menos da una piedra. ¿Se dice así?

—¿Qué quieres del depósito? —Livia observa a su alrededor, nadie parece prestarle atención, aunque un sexto sentido la advierte de que todos están pendientes de sus acciones, de cada uno de sus gestos.

—Hace seis meses, la policía incautó por contrabando de reliquias históricas una estatuilla procedente de Francia. ¿Da? Quiero recuperarla.

—¿Qué tiene eso que ver contigo? ¿Ya no te dedicas a destrozar niñas y venderlas luego para que otros aprovechen los despojos?

—No te voy mentir, la cosa se puso fea en la época en la que te llevamos. Aquel negocio terminaba y buscamos una alternativa. La venta de obras de arte robadas da mucho más dinero. Quiero esa estatuilla, no te lo voy a repetir.

—No puedo entrar en el depósito y robar una prueba de un caso.

—Pues busca la forma de hacerlo, ¿da?, o la niña será el almuerzo de mi precioso diablo.

—Estás loco.

—Ya sabes que sí. Y si me echas de menos, podemos finalizar el trato con un revolcón, como en los viejos tiempos, aunque estés ahora demasiado vieja.

La oficial no hizo caso a la provocación.

—Dame más datos. ¿Dónde quieres que te entregue la estatuilla?

—No vayas tan deprisa, pequeña *cățea*, no me tomes por estúpido. Te llamaré a este teléfono dentro de unas doce horas, es tiempo más que suficiente para conseguir la estatuilla. Te diré dónde tienes que ir entonces. ¿Da?

Ella pone el cronómetro en su reloj digital.

Mihai no espera respuesta, cuelga antes de que Livia casi asimile lo que tiene que hacer. Bueno, eso lo sabe, ya que lo único que tiene que decidir es si va a seguir las instrucciones del secuestrador y tratar de obtener la estatuilla para canjearla por la niña, o si va a contar lo ocurrido a Cristina y Marcos e intentar encontrar a Mihai antes de que la tragedia ocurra.

«Tanto el comisario como Cristina estarían de acuerdo en no dejar salir esa estatuilla del almacén, seguro que vale mucho más de lo que se ha registrado. ¿Por qué si no iban a montar todo esto? Debe de ser algo de extraordinario valor. Se tasará y los periódicos y revistas especializadas hablarán de su hallazgo, también lo hará la televisión.

»¿Cuánto vale una promesa de Mihai? Nada. Así que si yo robo la estatuilla y trato de canjearla por la niña, lo más probable es que se pierdan ambas. El trozo de barro o escayola me importa una mierda, así cueste millones, pero no quiero que la pequeña acabe devorada por el

demonio oscuro que duerme ahora a su lado».

Livia extiende la mano despacio, llega a la pantalla del ordenador y acaricia la imagen de la niña como si fuese realmente su cabello.

«No, no puedo hacerlo, no puedo venderte. Si hago lo correcto, te perderemos. Pero, aunque dedicásemos cinco mil personas a buscarte, esa cuenta atrás parece letal, incompatible con la vida, con encontrarte en el lugar del mundo en el que estés, sea en el edificio de aquí al lado o en Filipinas. Maldita sea, si tengo la oportunidad de salvarte, aunque solo sea una entre un millón, intentaré no defraudarte, pero no sé cómo hacerlo».

Livia ha memorizado cada rasgo de la niña, cada línea de su cara, el tono de su cabello, el brillo y la intensidad de sus ojos, la forma de sus finos labios. La ha visto con dos expresiones: enfadada y asustada, casi atemorizada, y también registró en su memoria todos los matices de cada gesto. Como si hubiera fotografiado el alma actual y los pensamientos de la misma.

Acerca la mano de nuevo a la pantalla, no observa al diablo, solo a la niña, que sigue dormida. Acaricia la fría pantalla en la zona que muestra su cara.

—No te dejaré sola. Te lo prometo.

Desconfianza

Su pareja, el capitán Pablo Aguilar, se lo está tomando demasiado bien. Y eso es lo que más le preocupa a la inspectora Cristina Collado, a pesar de la complejidad del caso que ha caído en sus manos. Habían planificado un fin de semana idílico en el velero, pero ahora todo se ha truncado. ¿Por qué Pablo siempre se toma tan bien este tipo de contratiempos? No es justo, ella quiere un enfado y la discusión pertinente por no cumplir con su promesa. Lo típico cuando tienes un trabajo de mierda que te absorbe hasta arruinar eso que llaman conciliación familiar, pero que nadie sabe dónde encontrarla, como si se tratase del santo grial.

«Claro que él tiene el mismo curro de mierda que yo. Quizás ese sea el motivo de que no se lo haya tomado tan mal como esperaba».

Cristina cuelga tras prometer que llamará en unas horas, como si eso fuese bastante. Revisa la bandeja de entrada del correo electrónico por enésima vez, lo hace cada minuto, pero no ha llegado nada nuevo. Odia estos casos en los que no puede salir a la calle a buscar al homicida, a entrevistar testigos o interrogar sospechosos, en los que lo único que puede hacer es esperar. Esperar es lo más soporífero para cualquier policía, y no es para menos, ya que todos ellos, desde que son agentes, comienzan con patrullas y guardias interminables para vigilar a sospechosos. Noches enteras sin poder dormir, como decía OBK, y el tiempo se le va.

El tiempo se va como si fuese arena que apretase con fuerza entre las manos, se va más rápido cuanto más aprieta, cuanto más desea que se quede detenido, congelado.

Los correos electrónicos y las llamadas no llegan, mira su reloj, cada vez queda menos tiempo, aunque solo sean unos pocos minutos, tal vez vitales, nunca mejor dicho, para una niña que jamás superará la experiencia. Si es que sale con vida de allí.

Levanta la mirada y observa al otro lado del tabique de cristal de su despacho, todo el departamento está trabajando en el caso, nadie conversa amigablemente con un compañero, ni pasean sin prisa hacia la cocina, no se les ve sonreír a los que hablan por teléfono, no son llamadas a la familia, amigos o pareja. Se lo están tomando en serio. Son buenos policías y no la defraudarán.

Como siempre, su mirada recae en Livia, es un poderoso imán. Desde que logró que le diesen ese destino a la chica, y quitando los días que estuvo *muerta*, le resulta imposible no fijar su atención en su pequeña protegida. No le han dado la mejor tarea de todas; observar el vídeo lo podría hacer un simple agente, incluso un administrativo ayudante de la recepcionista, pero Cristina es una profesional y allí no hay tratos de favor. El nombre de la oficial impreso en la notificación con el enlace al vídeo indica una implicación directa entre la chica y los secuestradores, o entre la chica y la víctima. En cualquier caso, no puede bajar la guardia hasta conocer todos los detalles.

Livia parece cansada. No, no es cansada. Hay más de quince metros entre ellas y Cristina escudriña tratando de ver incluso más allá de lo que se pudiera apreciar. Está... Está aterrada.

—Víctor, ¿tienes algo? —Su compañero, en el escritorio de enfrente del despacho, se encoge de hombros, como hizo hace quince minutos—. ¿Puedes ir con Nuria y preguntarle cómo lleva su tarea?

Víctor sabe que algo trama Cristina, pero no dice nada. ¿Meterse en conversaciones estériles?

Es mucho más sencillo hacerse el ingenuo y obedecer una orden de la inspectora al mando. Por el raballo del ojo, cuando sale del despacho, observa cómo Cristina levanta el auricular del teléfono fijo. Si no va a hablar con Nuria, ya que le ha pedido que vaya con ella, entonces las apuestas se reparten entre el comisario y Livia Craciun.

¡Bingo! La joven oficial toma el teléfono al cabo de unos segundos. Cuando Víctor llega a la mesa de Nuria, en el despacho compartido con David Sobrá, Livia ya camina hacia el lugar que él ha abandonado segundos antes.

La chica entra sin llamar a la puerta, después de todo, Cristina la observa desde el otro lado.

—No tengo nada nuevo.

—Siéntate.

—¿Ha pasado algo?

—Estás muy nerviosa, te veo tensa.

Livia no comprende la conversación, pero le recuerda, y de un modo muy incómodo, a las clases de interrogatorio de la academia de policía. Allí adoptaba el papel de investigadora un día y el siguiente hacía de sospechosa para que la interrogase alguno de sus compañeros.

—Es normal, estamos en un caso muy difícil, vamos contra reloj y mi nombre está en ese documento sin que yo sepa el motivo.

—Livia.

—Dime.

—Me contarías todo lo que supieras, aunque fuese ilegal o peligroso, ¿verdad?

—Ya sabes que sí.

—Livia, yo fingí mi muerte por un propósito que iba mucho más allá de la amistad, la familia o el cariño. Fue algo temporal y no me sentí nada cómoda sabiendo que tanta gente había sufrido por mi supuesta pérdida.

—Lo sé. Y lo respeto.

—No te aferres a eso para tener tu propio secreto ahora.

—No sé de qué me hablas.

—Eres un libro abierto para mí. Me ha bastado verte a través del cristal y la distancia para saber que algo pasa. Ahora, aquí delante de mí, es casi palpable que llevas algo horrible en tu interior. No te veía ese semblante desde...

—Te estás equivocando, Cris. Si no confías en mí, puedes apartarme del caso; ya lo hiciste bajo tu mando como la Dama Blanca en el anterior.

—No me hagas esto, ni te lo hagas a ti misma.

—No hago nada, solo tratar de trabajar. Nadie me regaló este puesto, tuve que esforzarme para ser la primera de la promoción.

—¿Quién está cuestionando tu valía?

—Lo hiciste tú en más de una ocasión, y no llevo ni un año aquí. Además de poner en tela de juicio mi implicación y mis conocimientos sobre este caso ahora.

Cristina se recuesta en su sillón y abre las manos en son de paz.

—Está bien, está bien. No te agobiaré más. Siento que te hayas sentido así.

—Si eso es todo... —Livia se levanta.

—Espera. Lo cierto es que no intento protegerte más que a los demás. Todo lo contrario, te exijo más que a ellos porque sé que puedes soportarlo y que darás la talla.

—Demuéstralo. Demuéstralo no volviendo a tratarme como a una niña desvalida o como a una cómplice de secuestro. —Y se marcha.

Cristina no sabe qué decir.

«He escogido las palabras equivocadas. Le he hecho pensar que desconfío. Pero joder, claro que lo hago».

No puede evitar la sensación de vacío en su estómago, más que eso, una piedra cayendo a plomo en su interior, mientras la observa caminando hacia su mesa de nuevo.

«No tengo tacto, no sirvo para dirigir un equipo, soy demasiado directa y eso lleva a tener roces. Incluso Víctor se ha marchado con una sombra en su semblante, como si lo ninguneara. Como hago siempre. He pretendido que Livia me muestre sus secretos cuando yo no comparto ningún pensamiento ni siquiera con mi propio compañero. Y luego dicen que soy la mejor. No, ni de lejos».

Livia está llamando por el teléfono fijo, ¿qué estará diciendo? ¿Con quién conversará? Cristina no lo sabe. Tal vez sigue el caso. Solo eso. Entonces, ¿por qué en la mente de la inspectora jefe hay mil alarmas encendidas? Se fía de su amiga, de su hermana, pero no de la niña que encontró sucia, apaleada y con mirada distante aquella tarde en la barriada de La Navidad. Eso es, tenía que asumirlo y lo ha hecho, eso es lo que ve ahora en la chica, a la niña casi destruida por dentro y por fuera que rescató junto a una minúscula mochila de ropa y una maceta cuyo tiesto se quebró al caer al suelo antes de llegar al coche patrulla.

Nunca desconfiaría de su hermana, su amiga, lo que más quiere junto a sus padres, Pablo y la pequeña Eva, pero sí desconfía de aquel animal salvaje que parecía en letargo, a la espera de abalanzarse sobre el cuello de un enemigo que se hubiese confiado en exceso de sus posibilidades.

«Espero que algún día me perdones por lo que voy a hacer. Te quiero, pero no puedo dejar de ser policía, ni siquiera por ti».

Cristina levantó el teléfono fijo y llamó al departamento forense informático.

—¿Gabriel? Necesito un favor... No, es algo más personal... Lo sé, pero también está relacionado con el caso. Escucha.

Nicoleta

Rumanía

Aquel hombre que le había hablado del diablo, con esa sonrisa horrible de dientes de plata, la saca de su casa y la introduce a la fuerza en la parte de atrás de un coche muy grande, y tan negro que las ventanillas de atrás casi no dejan pasar la luz de la mañana. No oye a sus padres, así que piensa que les ha pasado lo mismo que a su hermano. Quiere llorar, llorar con todas sus fuerzas y patear hasta que la dejen salir del coche, como hacía cuando era unos años más pequeña, pero intuye que aquel método, que rara vez funcionaba con sus padres, lo hiciese con aquellos desconocidos que la observan de esa manera tan desagradable. El coche arranca sin que ella se haya atrevido a hacer ninguna pregunta.

Cuando despierta, el sol de la tarde se oculta perezoso tras los difuminados árboles del horizonte, van a toda velocidad y ella tiene que orinar. Una fuerte bofetada al pedir que paren y otras tres cuando, ya de noche, se ha orinado en la tapicería de piel del coche.

Solo paran, ya de madrugada, al llegar a un pequeño pueblo, allí compran comida y buscan refugio a las afueras, en un camino poco transitado en el que echar una cabezada. Nicoleta come un bocadillo de atún con tomate, está muy blando, pero no protesta, no quiere que vuelvan a pegarle y, además, tiene mucha hambre. Luego trata de dormir, aunque no tiene sueño y la imagen de su hermano siendo asesinado se muestra como una fotografía ante ella cada vez que cierra los ojos. Quiere pensar. No, quiere creer que no les ha pasado nada. Comienza a rezar para que sea así, también para que se despierte de repente y todo haya sido un sueño, incluso le pide a Dios que no la castigue por querer hacer cosas de chicos. Volverá a la casa y no cortará leña nunca más; solo ayudará a su madre y sin protestar.

Despierta al sentir el zarandeo, uno de los tipos, el que siempre va con ella atrás, el que le dio las bofetadas, le dice que van a partir, que salga a mear o se llevará más hostias si vuelve a hacérselo encima. No responde, ni pregunta hacia dónde la llevan, solo se baja y orina justo al lado de la rueda trasera. No le importa que la miren, ni que sus bragas y la entrepierna huelan tan mal tras secarse la orina de ayer. Un pensamiento crece en su cabeza a medida que pasan las horas en el coche: «¿qué quieren de ella?» Han matado a una familia para llevársela y ahora invierten días en llevarla a algún sitio. ¿A dónde y para qué? No se lo van a decir, así que solo le quedan dos opciones: seguir hasta el final y descubrirlo por sí sola o tratar de huir a la mínima oportunidad.

Mira sus piernas cortas y endebles, luego las largas y fuertes de ellos. Su hermano y sus padres no pudieron hacer nada para escapar o protegerse. ¿Cómo iba Nicoleta a correr más que ellos y huir? ¿Y qué haría si lograra dejarlos atrás? No tiene comida ni sabe en qué ciudad se encuentra, ¿lograría que alguien la ayudase?

Esos pensamientos y las escasas luces de los pueblos que van dejando atrás, como *flashes* anunciando recuerdos perdidos, logran doblegar sus energías hasta que no puede evitar caer de nuevo en un sueño profundo.

Sueña con las navidades pasadas, con el momento en que se levantó bien temprano y corrió para ver los regalos que Santa habría dejado bajo el árbol. Aunque ellos no han tenido nunca un

abeto, ni natural ni de plástico, sino una rama que cortaba cada año su padre del castaño que les daba sombra unos metros al sur de la casa. Apuntalaban la rama en la tierra de un gran tiesto de cerámica verde y la adornaban con unas bolas rojas que habían comprado en el mercado muchos años atrás; eran doce el día que llegaron en una caja acharolada, ahora solo quedaban siete.

La rama del castaño, obviamente, acababa en la chimenea una semana después de Navidad.

Todas las cajas de regalos estaban forradas con el mismo papel, como siempre, de color granate, y ella no podía esperar nunca a que los demás llegasen para abrir los suyos, así que esa mañana comenzó con la tarea. A su espalda, la ventana aún mostraba una noche cerrada.

Un jersey de lana marrón, ese era su regalo. Lo tomó con las dos manos y lo levantó, como si eso le permitiera asimilar mejor que aquello no se parecía en nada a la muñeca que había pedido, la que sus amigas no paraban de mencionar desde hacía meses en el pueblo. ¿Un jersey marrón? Aquello debía de ser un error de Santa, un gravísimo error. Pero, ¿cómo iba a...? No, imposible. No había forma posible de contactar con él para que le cambiase aquel horrible jersey por su muñeca.

—*Mamă, mamă*, despierta —susurraba a su madre mientras le daba suaves golpes en el hombro.

—¿Qué haces despierta? Es temprano, vete a la cama —dijo la mujer en un susurro, aún estaba medio dormida.

—Santa se ha equivocado, hay que enviarle otra carta, urgente.

—¿Qué dices?

—No me ha traído la muñeca.

—Esa muñeca es muy cara y tu padre no quería comprarla, así que el jersey te vendrá bien para el frío del invierno. —Y se giró para seguir durmiendo.

«¿Mi padre? ¿Comprarla? ¿Muy cara? ¿De qué está hablando?».

Aún quedaba hora y media para que su familia se despertase, así que ella tuvo tiempo de sobra para dar vueltas a la cabeza y descubrir que Santa no iba a su casa en navidades; que, por algún motivo que desconocía, sus padres se veían obligados a hacer el trabajo y procurar unos regalos para todos. Menudo fraude era el gordo vago de los cojones, aunque lo veía como algo normal, siendo tan viejo y con esa barriga ¿cómo iba a llegar a todas las casas del mundo en una noche, si el mundo seguro que era enorme? Más de doscientos kilómetros. O más.

Nicoleta despierta al alba con el regusto amargo del recuerdo de haber descubierto el engaño de Santa, mira a su alrededor y comprende que la vida está llena de engaños. Aunque ahora le queda pequeño, lleva precisamente el jersey marrón en su viaje hacia un lugar desconocido.

Recorren una docena de pequeños pueblos de casitas blancas, cada vez hace más calor, y llega un momento en que tiene que despojarse del jersey. Sus acompañantes apenas hablan durante el trayecto, salvo para recordarse una y otra vez que deben evitar controles policiales, cuándo hay que parar a comer, a mear o a dormir un poco. Y así llegan por la noche a una ciudad con mar. El conductor pone rumbo al puerto, al entrar en el mismo, los tres que la acompañan se muestran contentos por haber llegado a tiempo y sin problemas.

La niña observa un laberinto infinito de calles formadas por miles de contenedores metálicos, apilados en torres de cuatro en cuatro, de cinco en cinco, y se asoma sobre ellos con curiosidad alguna grúa amarilla de vez en cuando. Cree que el conductor se ha perdido, pues no para de dar vueltas y vueltas entre aquellos contenedores idénticos, pero al cabo de un rato para el coche ante otro de color negro y más lujoso, en el que hay cuatro hombres esperando.

Las ventanillas de delante están bajadas, así que ella oye la conversación que se produce en este momento.

—El pedido eran veinte chicas, que están esperando en este mismo contenedor —dice el de los dos dientes de plata a la vez que da unos golpecitos al contenedor metálico de su izquierda—, pero Vladimir ha querido tener un detalle con vuestro jefe por el error en el envío anterior.

—¿Un detalle?

—Tiene ocho años, rubia, piel de seda blanca. Nadie la ha tocado, te doy mi palabra.

—No.

—¿No? Ni siquiera la has visto aún. ¿Qué significa no?

—Pues eso. No más niñas ya, eso acabó. Mi jefe ya cansado.

Los tres que la han acompañado se miran entre ellos de forma fugaz, luego preguntan si el resto del pedido está bien, es lo que habían acordado. Los otros, los vestidos de negro, dicen que sí y entregan un abultado sobre de papel. Ya de vuelta al coche y como si ella no estuviese allí escuchando:

—¿Qué coño hacemos con esta ahora?

—La tiramos al mar.

—¿Eres idiota? Nos ha costado varios días y tener que matar a su familia.

—¿Y qué quieres a cambio? Ese era el único de nuestros clientes que aceptaba niñas para sus juegos. Además, ¿qué importa? La zorrilla era un regalo y Vladimir no lo ha aceptado. Da igual, hemos cobrado lo mismo.

—Pero podemos sacar algo de dinero extra con ella. Encontraremos algún burdel que nos la compre, quiero recuperar el tiempo perdido.

—¿Y si tardamos un mes en encontrar uno que la quiera? Nos arriesgamos a que nos pare la policía italiana, o luego la francesa, y nos pregunte de dónde ha salido. No tenemos su documentación y la niña solo tiene que gritar y acusarnos. Prefiero tirarla al mar.

—Espera —dice el de los dientes de plata, cuya opinión parece ser la más respetada por el grupo—. Dejadme hacer una llamada.

Se aleja unos veinte pasos y habla demasiado bajo, así que Nicoleta no oye nada. Regresa al cabo de un rato, entra en el coche de nuevo y dice:

—Un antiguo jefe, Mihai, dice que la comprará, pero tenemos que llevarla al sur de España.

—Cojonudo, así nos gastamos la paga en la playa y en los mejores burdeles de Europa.

—No tan deprisa, me ha dicho que no hay trato si no conseguimos algo más.

—¿Algo más? ¿Qué es lo que quiere?

—Una docena de ratas bien grandes.

—¿Es una broma?

—No, lo ha dicho en serio.

—¿De dónde coño vamos a sacar una docena de ratas? No se venden en las tiendas de animales y yo no pienso bajar a una alcantarilla para cogerlas de una en una. Tal vez podamos llevarles ratones de esos blancos que se venden como alimento de serpientes.

—No seas imbécil, quiere ratas bien grandes y ha dicho que no aceptará otra cosa. Aunque... espera, tengo un amigo que tal vez nos ayude.

Las dos de la madrugada.

—¿Qué has estado hablando durante tanto tiempo?

—Tranquilo, es que se trata de un cuñado, hacía tiempo que no hablábamos y ya sabes, hay que cumplir con la familia y preguntar por todos. Al grano, me ha conseguido algo que puede contentar a Mihai.

—¿Tu cuñado vende ratas?

—No, pero trae animales exóticos por encargo y tiene un diablo de Tasmania por colocar.

—¿Qué coño es eso?

—Es como una rata, pero del tamaño de un perro. Eso me ha asegurado.

—¿De qué hablas? Eso no existe.

—Que sí, joder, mi cuñado nunca me mentiría. Dentro de día y medio pasamos por Barcelona y recogemos el bicho.

El conductor arranca el motor del coche y salen despacio de la zona. Pronto aparcarán en un sitio más seguro para dormir. Antes que eso, la niña oye el final de la conversación.

—¿Para qué querría alguien una niña y una docena de ratas o una gigante? —pregunta el conductor.

—Prefiero no saberlo —responde el que se sienta a su lado, el de los dos dientes de plata—, pero no me gustaría estar en el pellejo de esta niña.

Una estatuilla

Siente que todo a su alrededor cambia: la temperatura de veintitrés grados, fija durante todo el año en los climatizadores; el olor a café, denso en el aire y proveniente de la cocina; el murmullo de sus compañeros, ahora más calmado; el color a su alrededor, no tan cálido como lo recuerda de atardeceres pasados. La comisaría ha cambiado de repente para ella, como si fuese un escenario nuevo en la obra de teatro que se representa en el caso. Un cambio de escena, quizás está en un acto nuevo, los protagonistas también darán paso a otros y la función continuará. ¿Qué ocurrirá al final? ¿Dependerá de ella? Livia espera que no, pero si es así, lo hará con todo su esfuerzo y asumiendo las consecuencias de haber ocultado algo tan grave a su oficial al mando. Eso es Cristina, su superior, nada más. Hace dos minutos lo dejó bien claro. Allí dentro no hay familia ni amigos, no puede haberlos.

La conversación posterior con Julián, el responsable del depósito de pruebas, no fue mucho mejor, no parecía haber logrado el efecto que ella pretendía. O tiene que aprender a mentir mejor o a inventarse excusas más veraces. A pesar de ello, se levantó despacio, como si fuese al baño, y se encaminó a la planta en la que se ubicaba el depósito para hablar cara a cara con Julián.

—¿Qué haces aquí? —Se sorprende el oficial al verla. Peina canas y le precede una barriga considerable, seguro que entró en las oficinas de inicio y nunca ha patrullado. Livia calcula que llevará unos veinte años o más en el cuerpo, empezaría cumplimentando denuncias en el ordenador, luego DNI y pasaportes, de ahí al registro de armas o el almacén. Y por el camino acabó de oficial por los años servidos. Una comadreja, como llaman los policías de acción a los que no quieren ensuciar el uniforme en el fango de la calle. No es una rata de asuntos internos, pero tampoco mucho más respetado por los que se enfrentan a la jauría a diario.

—Perdona que antes no fuese muy clara, como estamos con el caso de la niña, el estrés me puede y no he sabido decirte que lo de la consulta es porque sospechamos de que el secuestrador sea un reciente delincuente, uno del que tenemos constancia de que le incautamos unas piezas robadas en un asalto a una vivienda de lujo.

«Toma ya, eso sí es una excusa de primera».

—¿Qué dices? Antes me has comentado por teléfono que quieres buscar en el almacén un dispositivo electrónico súper sofisticado, según tus propias palabras, para encontrar a los secuestradores.

«Mierda».

—Es que Collado y Navarro no quieren que se filtre ninguna información que pueda ser usada en caso de que tengamos un topo.

—¿Qué coño dices?

—Verás, sospechamos de alguien de dentro, no quería decírtelo, pero veo que no se te escapa ningún detalle. Lo que ocurre es que no tengo tanto tiempo como para darte más explicaciones, vamos muy apurados.

—Mira, no tengo ni idea de lo que me estás hablando, pero de todas formas... ¿sabes que no puedo dejarte entrar sin un permiso del comisario?

—Navarro está lidiando con la prensa. Por favor, luego te traigo su permiso, esta tarde o mañana a primera hora. —Livia se acerca y baja la voz, de forma confidencial, o sensual—. No sé

si lo sabes, pero Nuria Carvallo y yo vamos luego a tomar una copa, esta noche, ya sabes, para soltar tensiones. Vente y te cuento cómo llevamos el caso.

—¿Nuria y tú? Esto... no sé, quizás. Claro que mi mujer...

—¿Tu mujer? Julián, solo somos compañeros tomando una copa tras un largo día de trabajo. No creo que tu mujer tenga que enfadarse, quizás ni siquiera tenga que saberlo.

—Claro, claro. Mira, te dejo entrar, pero solo diez minutos, no quiero jaleos con los de arriba.

—Eres un amor, esta noche te invito yo a las copas.

La cancela de metal a la derecha se abre con un chasquido.

—¿Las copas? Creo que con una será suficiente. ¿Has dicho que vendrá Carvallo?

—Sí, claro, siempre dice que le gustaría tomar algo contigo, no sé por qué no hemos quedado antes.

—¿En serio?

—Sí, pero ahora... Bueno, ya sabes, tengo que buscar, solo me has dado quince minutos.

—Diez.

—Eso.

La chica entra y se dirige al pasillo de la izquierda, al fondo están las obras de arte incautadas. Durante unos segundos piensa en la posibilidad de que Julián la observe por las cámaras de vigilancia; claro que también podría estar fantaseando con la idea de tomar unas copas con Nuria y presumiendo luego por mensaje con sus compañeros. Hace años que se dice en la comisaría que salir a tomar algo con Carvallo implica terminar en su casa y echar el mejor polvo de la vida del afortunado. Una mierda de leyenda urbana machista, pero Julián no lo sabe y Livia apostaría a que se ha empalmado solo con la idea cuando ella se la ha propuesto.

«Y serían dos chicas, apuesto a que se está imaginando el trío».

Su mente vuelve a la tarea que tiene entre manos. Las cámaras van a grabarla igualmente, lo más probable es que pierda el empleo y tenga que enfrentarse a algo peor, como un juicio. No sabe hasta dónde llegará su periplo, pero no va a dejar que esa niña muera, no cuando es ella la única que puede salvarla. Ha pensado en decírselo a Cristina y Marcos, solo unos minutos, pero suficientes como para saber que ellos tratarían de montar un circo durante la entrega de la estatuilla. Docenas de policías alrededor, todo muy discreto, sí. Mihai lo descubriría en el acto y a la mierda con la niña. No. Por muy valiosa que sea esa figura, no vale tanto como una vida.

«Que hagan conmigo lo que quieran, que me acusen de robo, que me echen del Cuerpo, pero no dejaré que esa niña muera ni esté más tiempo a merced de esos hijos de puta».

Entonces lo piensa, no tendrá muchas opciones si Julián la observa por los monitores llevándose una prueba de un caso, no puede fiarse de que no la esté vigilando ahora. El encargado del almacén le impedirá la salida o la denunciará.

Mierda.

A la desesperada, toma el teléfono móvil y:

—¿Livia?

—Nuria, necesito que llames por la línea interna a Julián, del almacén de pruebas.

—¿A Julián? ¿Por qué?

—Calla, es vida o muerte, te lo cuento luego. Dile que tiene que subir a la planta de homicidios para hablar contigo, que es importante. Entretenlo allí unos diez o quince minutos.

—¿Estás loca?

—No, por favor, es importante. Hazlo. Y lo más vital: no le cuentes a nadie que te he pedido esto.

Y cuelga el teléfono.

Las estanterías del almacén albergan miles de pruebas pendientes de juicio, ordenadas por su tipología, salvo explosivos, drogas y dinero y joyas, que tienen otros lugares más seguros. Las obras de arte de robos y contrabando se guardan en el sector y, aunque Livia no ha estado nunca allí y ahora se sorprende del tamaño del lugar. Supone que, cuando encuentre lo que busca, Julián ya estará hablando con Nuria y ella podrá escamotear la estatuilla ante la única mirada del circuito cerrado de videovigilancia. ¿Comprobará Julián las grabaciones al regresar o se limitará a pensar en la fiesta de esta noche con Nuria y ella? Fiesta que no sucederá, obviamente.

«Joder, debí decirle a Nuria que tontease con él, eso lo volverá más dócil y me dará a mí más tiempo para canjear la estatuilla por la niña».

Las indicaciones de Mihai son precisas en cuanto a la descripción de lo que quiere, así que la oficial encuentra la estatuilla al cabo de un rato y regresa sobre sus pasos. Deja atrás un piano blanco que tendrá más de cien años y que le encantaría a Cristina, si tuviese una casa de esas de narcotraficante millonario en la playa donde ubicarlo.

¿Era por la derecha o por la izquierda? Aquello es todo igual. La estatuilla es poco más grande que un premio Oscar. La ha metido bajo su ropa, en la espalda y aprisionada por el cinturón, y ahora camina algo más erguida de la cuenta para evitar que alguien note el bulto. En unos minutos estará en la calle e irá hacia su casa, a la espera de hacer el canje, aunque aún faltan muchas horas. Unos metros más y estará fuera del almacén, dos plantas de ascensor y luego cruzar la sala común, sonreír a Irene en la recepción y listos.

Pan comido.

Julián no está en su mesa, seguro que aún se encuentra en el despacho de Nuria babeando ante su escote. Sube en el ascensor y afronta la parte más difícil: que nadie se dé cuenta de que, para que no se note la estatuilla en la espalda, camina de un modo extraño hacia la puerta. Se siente como en una película antigua que vio con Cris hace dos o tres años, llamada algo sobre una pantera rosa, aunque no aparecía pantera alguna. Un despropósito, un espectáculo de mimo callejero y cutre, una comedia sin pizca de gracia para ella, aunque Cris se partía de la risa.

Lleva escrito en la cara que ha hecho... que está haciendo algo malo, ilegal, que no va a poder salir de allí. Pero lo logra, saluda a Irene y sigue adelante. Es increíble que nadie se haya dado cuenta.

En la calle hace un calor inusual para el mes de septiembre, son las nueve y media de la noche y necesita un taxi para no tardar tanto en llegar a casa y regresar al trabajo. ¿Y si Mihai la vigila? Tal vez intuye sus pasos y la aborda en casa o durante el trayecto. Debió coger uno o dos cargadores más para su arma. Si la cosa se pone fea, ¿cuántos socios tendrá Mihai y cómo de armados estarán? Entonces lo comprende.

«Seré estúpida, no puedo hacer nada contra ellos. Me matarán y también a la niña. Me robarán la estatuilla tras dispararme y todo esto no habrá servido de nada. Debo contar con mis compañeros. Dios, menuda locura».

Acaba de parar un taxi ante ella, el conductor espera a que la oficial entre, pero ella duda, no es capaz de abrir la puerta.

—¿Quieres que la abra yo?

Se gira asustada. El respingo casi hace que se le suelte la estatuilla de la espalda. No ha sido tanto por la pregunta, sino por la voz. Una que no esperaba.

Mihai

El chucho se acercó a él tras hacerle un leve gesto con las cejas, casi imperceptible. Qué listo es el *hijoputa*. Ahora le tira un trozo de jamón, que el perro captura en el aire y traga sin siquiera saborearlo.

—Te vas a atragantar, chucho, y yo tendré que dispararte en esa cabeza dura que tienes, así no sufrirás. —El perro le mira con atención—. Largo de aquí, no voy a darte más.

Uno de sus empleados se acerca y susurra a su oído:

—Está todo preparado.

—Bien. Espero que no haya errores, quedan pocas horas —responde Mihai.

Sigue sin apartar la vista del perro que un día se coló en el patio de su casa. Fue a sacarlo a patadas, o a pedirle a algún empleado que le pegase un tiro, pero un brillo en sus ojos oscuros le transmitió algo que no sabría explicar, como si viese en el chucho el alma de su hermano pequeño Frede, muerto a los seis años. Desde entonces, el perro campa a sus anchas por el terreno de la casa. Uno de sus empleados, no el más listo, le dijo a Mihai en una ocasión que parecía una vieja *nebun* coleccionando docenas de gatos. Mihai le pidió su arma y luego le disparó en una rodilla.

«Si ves que tus empleados no te respetan, comienza a cavar una tumba, luego elige si es para ti o para ellos».

Se levanta a duras penas, no está mayor ni enfermo, pero ha puesto mucho peso esos últimos años, demasiado. Qué diferente es ahora su vida con respecto a los tiempos en que viajaba en furgoneta con un coñito joven y fresco en la parte de atrás, apestando todos a cuadra y procurando pasar por carreteras secundarias para evitar controles policiales. La cosa se torció, demasiadas inspecciones y los dueños de los locales no querían arriesgarse. Podría haber suministrado esas mismas chicas, o mucho más jóvenes aún, a clientes del otro lado del Mediterráneo, en el norte de África se pagaba muy bien por una niña de rasgos caucásicos, pero él no conocía los canales para llegar de origen a destino y se sentía demasiado cansado del oficio tras casi dos décadas en el sector. El nuevo negocio es más seguro, fácil y a la vez productivo. En cada comisaría se pueden encontrar algunas piezas de mucho valor que se han incautado en contenedores marítimos o casas de políticos corruptos u horteras narcotraficantes, obras de arte que estarían mejor en un museo o en la colección privada de un magnate que las apreciase y cuidase. En muchos casos, ni siquiera se sabía el valor de las mismas cuando se catalogaban a toda prisa y guardaban en una sucia y oscura estantería de los sótanos de la comisaría, como si se tratase de un simple Lladro sacado del recibidor de una folclórica de la era del destape. Esos magnates mencionados, o sus marchantes de arte, estaban ojo avizor para descubrir el malogrado destino de las piezas. Entonces llamaban a Mihai y su organización se encargaba de estudiar durante meses la forma de acceder a la obra de arte, sustraerla y sacar un beneficio jugoso por la operación.

Menuda sorpresa se llevó al saber que en esa misma comisaría trabajaba una chica de las que había compartido destino con él en el pasado, una que acabó mejor que el resto. Mihai todavía recordaba los ojos asustadizos, la nariz perfecta y la boquita jugosa de Livia, aunque ahora ya no fuese tan joven. Con veinte años no podría colocarla en ningún burdel de los que pagase medianamente bien, solo en aquellos para clientes con gustos “diferentes”, de los que no sabes cuánto sobrevivirá la puta a la heroína una vez la has colocado.

Quedan muchas horas para la entrega, toda la noche, pero eso no hará que pueda conciliar el sueño con facilidad, ya que se juega mucho. Un comprador que pone medio millón sobre la mesa son palabras mayores.

La operación ha sido sencilla. Suele sobornar con una cantidad que oscila entre diez mil y veinticinco mil euros a los responsables de los almacenes. Ellos sustraen la pieza, borran la entrada del registro en la base de datos y nadie se entera jamás de lo que ha ocurrido. Esa obra de arte nunca ha sido incautada ni ha pasado por el lugar. Saber que Livia estaba dentro de la comisaría fue toda una sorpresa, se ahorraría el dinero del soborno, y solo tendría que usar los medios a su alcance, los que siempre estaban ahí. El video de cara a la galería, la falsa petición de rescate que tanto policía como ministerio nunca aceptarían y, bajo todo eso, una joven policía cuyos recuerdos de infancia lograrían doblegarla para hacer lo que ella considerase correcto. Ahora Mihai daría el último paso. Una llamada, una orden y trabajo solucionado.

Sí, la putita rumana robará la estatuilla para él y luego morirá.

Eso último aún no lo tiene del todo claro. Es una norma no escrita, pero grabada a fuego sobre la piel de todo empresario al margen de la ley, que no se puede acabar con un policía, eso provoca un fuego interior en todos sus compañeros, un deseo de venganza que los hace mucho más concienzudos, persistentes, eficaces. Cualquier policía teme, por encima de todo, acabar con una bala en el cuerpo y desangrándose hasta la muerte en un callejón, dejar viuda e hijos... Así que actúa con dureza y efectividad para detener o matar a un asesino de policías, con la misma que ellos querrían que usasen sus compañeros si se tratara de su propia venganza.

Pero, ¿cómo cerrar el negocio sin dejar atado el cabo suelto principal? La putita policía sabrá quién se ha llevado la estatuilla y quién es el responsable del secuestro de la niña para extorsionarles. Hará un retrato robot, o lo que sea que hagan ahora, y lo pondrán en busca y captura. No quiere salir de España para evitar percances. Este es un país perfecto no solo para vivir, también para delinquir; las leyes son laxas, los juicios lentos y hay miles de oportunidades de negocio a la vuelta de la esquina.

Bueno, aún tiene toda la noche para decidir si acaba con ella o no tras la entrega de la mercancía.

«Qué curioso, pequeña *cățea*, un día fuiste tú misma mi mercancía. Ahora me la proporcionarás gratis».

El pasado nunca queda atrás

No la han llevado a una sala de interrogatorios, ni la han esposado y leído sus derechos, pero ella se siente como si lo hubieran hecho, sobre todo por las miradas que ahora soporta de sus compañeros. Si antes, con la noticia de que su nombre aparecía en el papel con el enlace del vídeo, habían comenzado a observarla con recelo, en este momento ya no tienen la más mínima duda sobre ella. Parece que sus ojos emiten un mensaje, como un cartel luminoso en mitad de la noche, que dice «eres culpable, estás implicada».

Solo entra una persona en la cocina, la esperaba, no vienen el comisario y los demás junto a ella, tampoco la han hecho esperar una hora o más para que se derrumbe. No hay tiempo para tanto.

Cristina se sienta a su lado, en silencio y seria, observa unos documentos durante unos segundos y lanza su pregunta.

—¿Por qué?

—No, no hagas eso, no me trates como una delincuente habitual; tampoco como a una hija adolescente que ha pasado la noche entera con su novio sin avisar.

—¿Y cómo quieres que te trate? Dímelo tú.

—Como a una persona que lo ha aprendido todo de ti, al menos lo más importante.

La cámara frente a ella graba y los tabiques de cristal no dan mucho margen a la imaginación de los que observan desde el otro lado. En el despacho del comisario, a Marcos Navarro lo acompañan Nuria, Víctor e Irene. A Livia tampoco le importa, no tiene nada que ocultar, ni lo haría en caso contrario.

Huele a magdalenas de chocolate y ya es la hora de la cena, pero ella no tiene hambre.

—¿Has pensado que podrías salvar a la niña tú sola? ¿Por qué? Cuéntame lo que sabes. — Livia observa en silencio, duda durante unos segundos—. Ya has visto la cuenta atrás, no perdamos más tiempo, por favor.

La mirada de Cris es amigable, bondadosa incluso. Ojalá fuese de ira, eso sí que se lo merece. Pero la inspectora sabe cómo comportarse para provocar las reacciones que necesita obtener. Livia le cuenta lo de la llamada, el vínculo con Mihai y le da todos los detalles de la entrega. Entre ellas y sobre la mesa está la estatuilla.

—...y solo quedan unas pocas horas para hacer el canje.

—Bien, eso explica tu nombre en el correo recibido, aunque no debiste actuar sin nuestro apoyo, habría sido una locura.

—Lo sé, me di cuenta cuando estaba ante el taxi. He sido una estúpida y quizás he desperdiciado unas horas muy valiosas.

—Así es.

Cristina lo ha dicho con frialdad.

—Lo siento...

—Esto no es una regañina por no limpiar tu cuarto, puede morir una niña de la forma más horrible. ¿Lo entiendes? Eres policía, así que formas parte de un operativo, tú solo eres un eslabón, sin el resto de la cadena no tienes fuerza. Aprende la lección.

—Pero tú...

—Yo he cruzado la línea muchas veces, más de las que me gustaría, pero todas con el apoyo de mis compañeros. Ahora explícame de nuevo y con más detalle todo lo que te une a ese tal Mihai y luego lo que has hablado con él para la entrega de esta... cosa —dijo, señalando la estatuilla.

A pocos metros, aunque pareciesen kilómetros para los que estaban en el despacho del comisario, Nuria se llevaba las manos a la boca al oír la historia de la chica. Marcos, Víctor e Irene aguantaron el tipo como pudieron. Livia dio tantos detalles que la mayoría eran innecesarios, algunos demasiado escabrosos como para que ellos conciliasen el sueño tras oírlos, y eso que le ponían cuerpo de veinte años a la chica, no el que realmente tenía cuando todo sucedió, siete años atrás.

—Seguiremos con el plan de Mihai.

—¿Cómo has dicho?

—Es lo más inteligente, Livia, que él piense que todo sigue adelante. Mañana a primera hora harás la entrega de esto, a cambio de que te entreguen a la niña o te digan dónde la tienen. Pero no estarás sola, toda la comisaría seguirá tu pista, estaremos tan cerca de ti que olerás nuestros alientos. Incluso helicópteros. Te vamos a monitorizar hasta debajo de la piel, no vas a poder suspirar sin que sepamos el motivo que te lo provoca.

—Me parece bien.

—No pedía tu opinión. Recuerda que eres parte de esto, no quien da las órdenes. Si algo sale mal, es mi responsabilidad, por eso debes obedecerme. —La chica asiente con la cabeza—. ¿Tienes miedo? Sería normal tenerlo.

—Lo tenía cuando estaba con ese tipo hace años, pero estaba sola y era una niña asustada. Muchas cosas han cambiado desde entonces.

—Y lo más importante es que ya no estás sola.

—No, lo más importante es que ya no soy una niña asustada.

—Cuidado, no hagas una tontería, nuestro tiempo de reacción para sacarte de un apuro es infinitamente más lento que la velocidad de una bala. Mañana tendrás que obrar con cabeza, cosa que no has hecho hoy.

—Lo siento.

—Olvida las lamentaciones y piensa que aquí todos te tienen bajo una lupa; no porque seas joven, ni por ser mujer, tampoco porque yo te haya metido en la brigada tras conseguir la placa, ni por ser la primera de la promoción, ni la ascendida a oficial más rápido de la historia de la Policía Nacional.

—¿Por qué, entonces, estoy bajo esa lupa?

—Por una puta mezcla de todo lo anterior. Estás bajo una lupa solo por respirar, así que hazlo de la forma adecuada. Y ahora vete al departamento de la científica, allí van a comenzar con la monitorización.

Livia no dice una palabra más, observa los ojos de Cristina, en los que no ve un ápice de enfado o decepción por sus actos; luego echa un vistazo fugaz a la estatuilla, que para muchos parece más valiosa que la vida de una pobre niña, y se marcha. Al salir se cruza con sus compañeros, que la miran de soslayo. Eso le duele más que haber sido descubierta por Cristina. Se sienten traicionados, sobre todo Nuria, que ni se molesta en disimular. Le costará una eternidad que la perdone por no confiar en ella y decirle la verdad, a pesar de haberla implicado de forma directa para que entretuviese a Julián.

Livia no tiene que preguntar a nadie cómo la han atrapado, entre su actuación patética —no ganará nunca un Óscar— y que Julián y una docena de personas más verían su incursión en el

almacén... Menos mal que eligió ser policía, como ladrona no hubiese durado un solo golpe. Claro que como policía tampoco lo estaba haciendo como para presumir.

Hace dos meses, poco después de obtener el ascenso por resolver el caso del asesino en serie que disolvía a sus víctimas con una solución ácida y corrosiva, Cristina le dijo que no se durmiese, que los ascensos no vienen si no hay implicación, talento y coordinación con los compañeros. Le dijo también que muchos casos, incluso algunos que parecen muy fáciles, acaban sin resolverse porque no están hechos para ella como inspectora.

Livia comprendió lo de que necesita la coordinación con los compañeros, cosa que no había tenido en cuenta esta vez, además de pensar que se requiere más cabeza y menos estómago a la hora de tomar decisiones. Pero no alcanzó a comprender que algunos casos no estuvieran hechos para ella. ¿Qué demonios significaba eso? Un buen inspector debe resolver cualquier caso que se le asigne. Cristina sonrió, estaban dando un paseo con la niña por el parque en ese momento, luego le dijo: «Sé que el ejemplo que te voy a dar parece ridículo, pero te ayudará a comprenderlo. Sherlock Holmes no aceptaba cualquier caso, los elegía de entre todos los que le proponían por correo o en entrevistas».

—¿Sherlock Holmes? Ese hombre no existió —respondió ella.

—Eso no importa, solo la sabiduría tras esa decisión.

—¿Decisión? ¿Elegía los casos que sería capaz de descubrir y así ser el mejor?

—Todo lo contrario, elegía los que no se sentía capaz de solucionar, los que veía imposibles.

—Eso es absurdo.

—No, porque para él solo merecían la pena los que supusieran un reto, los que implicaran demostrarse a sí mismo que podría salir vencedor, en contra de su propio pronóstico. ¿Qué pensaste cuando te viste en mitad del caso del asesino en serie?

—Que jamás lo encontraría —respondió la chica en un susurro.

—¿Y por qué no abandonaste el caso?

—Porque necesitaba resolverlo, necesitaba...

—Demostrarte a ti misma que podías hacer cualquier cosa que te propusieras. Y te esforzaste al máximo, así como la coordinación con todo el equipo que tenías a tu disposición.

Livia piensa en ello ahora, mientras sube a la planta superior para que le coloquen micrófonos y rastreadores.

«Menuda cagada. Lo he hecho fatal. Me he dejado llevar por impulsos que no llegaban de mí, sino de la niña que fui hace años. Y ahora no me lo puedo permitir. Soy yo la que debería resolver el caso, no aquella niña asustada, enfadada y con ganas de venganza, pero sin los medios a su alcance para lograrla».

Marcos toma del brazo a Cristina, esta ve lo que hay tras su mirada, y esperan a que el resto se marche a sus mesas para poder hablar a solas.

—Ponme otro café para mí, de todas formas no vamos a dormir esta noche.

—Laura te va a matar.

—Sí, lo hará, o me obligará a dejar la Policía y a convertirme en una especie de marido florero. Ahora vende tantos libros que mi sueldo resulta ridículo e innecesario para nuestra economía familiar.

—Me alegro por ella, pero ni se te ocurra pensar en mí para tu puesto. Me muero si me sacas de la calle.

—Lo sé. No, no, mejor con sacarina, que menuda barriga he echado con esto de no moverme

del sillón.

Cristina sonríe y obedece, aunque para su propio café sí usa azúcar, le vendrá bien para una noche sin dormir. Le tiende la taza a Navarro y se sienta a su lado.

—Hace unos días que no voy a ver a David —confiesa en voz baja el comisario, como si se avergonzase.

—Tenemos mucho trabajo.

—Pero fue idea mía que fuésemos todos por turnos para que escuchase nuestra voz a diario.

—Saldrá de esta, te lo aseguro. Yo también llevo dos días sin ir, aunque Nuria no se pierde un turno y nos cubre a los demás.

—Me parece muy bonito lo que hace, a la vez que insano, espero que no le perjudique.

Cristina asiente.

—Pienso igual. Si David no sale del coma o muere, Nuria nunca se recuperará.

—Dejemos eso al margen, ¿lo tienes todo claro para lo de mañana?

—Contaba con tenerte a mi lado, por si se me escapa algún fleco.

—Eso está hecho. —Marcos sonríe.

—Quiero estar ahí fuera, con los mejores *soldados* que tenemos, todos preparados para que nos sintamos orgullosos de su eficacia y rapidez, pero para eso necesito un cerebro pensante aquí. Víctor es bueno, pero lo que muestra el vídeo de la niña me hace poner la piel de gallina. Unos desalmados que hicieron a Livia, y a cientos de niñas más, aquello no parpadearán ante la idea de que una bestia devore viva a esa pequeña.

—Está bien, no te dejaré sola, seré tus ojos y tus oídos mientras estás ahí fuera, al acecho. Tienes mi máxima confianza, después de todo, no te equivocaste con tu impresión inicial. Me dijiste que toda la planificación del caso sería una distracción para Livia, que todas las tareas debían centrarse en observarla sin que ella se diese cuenta, y ha sido un acierto.

—Espero que ella no lo sepa nunca.

—No lo hará por mí.

—Pero lo intuirá, es más lista de lo que pensaba, más que nosotros, pero demasiado impulsiva, ese es su talón de Aquiles. ¿Cómo llevamos la búsqueda de ese número de teléfono?

—El móvil de Livia no muestra ningún registro y los informáticos no pueden destripar el terminal porque eso lo inutilizaría durante demasiadas horas, impediría que pudieran llamarla de nuevo, así que están haciendo lo que pueden, pero ya me han advertido que no será sencillo. Quizás nunca puedan dar con el número desde el que llamaron.

—Mierda, es lo más seguro que teníamos, porque dejar que la chica se meta en esa trampa...

La sustituta

A pesar del mal rato, el peor sufrido en años, Livia ahora solo puede centrarse en disfrutar de todo lo que se le viene encima. No solo será la que se enfrente casi en solitario a Mihai y los suyos, la punta de lanza del contraataque policial, sino que lo hará rodeada de una tecnología y un grupo de actuación de los que solo había visto en las películas americanas.

En cuanto se sentó ante Márquez, al que todos en la comisaría llaman *Cerocerosiete*, pensó que debía haberlo grabado todo para su Instagram. Le metieron un programa especial de seguimiento por GPS a su teléfono móvil, pero eso no era nada, también una pastilla que tuvo que tragarse, con un localizador que actuaría de forma eficaz hasta el momento en que... bueno, tarde o temprano iría al baño a expulsarlo. Lo último, lo que más la alucinó, fue un tatuaje tribal, cuyo diseño ella eligió, en la base de la espalda, en el límite con el trasero, y cuya tinta negra emitía una señal secundaria, por si todo lo anterior fallaba.

—Si algo sale mal y te atrapan, lo primero que te quitarán será el móvil. Tal vez te cagues encima de miedo, quién sabe, ha pasado muchas veces. Pero el tatuaje no lo detectarán y dura dos semanas en la piel.

—¡Genial! ¿Y me vas a dar un boli explosivo o algo así?

—Claro, y un traje de cocodrilo que sirve de submarino. Anda y lárgate de aquí.

Cristina tuvo que insistir, enfadarse y, por último, usar su rango, para obligarla a marcharse a casa. Aunque todos los demás se quedarían en la comisaría toda la noche, ella debía dormir y estar fresca para la misión más importante de su vida, una de la que tenía pocas opciones de salir con vida.

«Claro, ¿quién coño va a dormir esta noche con todo esto en la cabeza?».

Si el momento con Márquez fue algo que no podría olvidar, el camino a casa fue aún mejor. Solo tuvo que mirar de reojo sobre las azoteas de cada edificio que compone su ruta desde el trabajo hasta donde vive de alquiler con su compañera. Había compañeros francotiradores cubriendo cada paso que daba, ocultos a la inocente vista de los transeúntes, pero no a la suya. Tras la emoción inicial, le llegó un leve temor a que alguno de ellos estornudara en mal momento, con el dedo en el gatillo del rifle mientras la observaban por el visor. Algo que no sucedería jamás, pero ella iba montándose su propia película. Incluso pensó al llegar a casa que la cerradura de su puerta había sido forzada, a pesar de que los arañazos llevaban allí más años de los que ella tenía.

Al meterse en la ducha, pues Márquez le había asegurado que solo desollándola podrían quitarle el tatuaje antes de que este se desprendiese por sí solo, se tapó con las manos con todo el pudor del mundo, no fuera que hubiesen instalado cámaras también por su casa. Hasta el ordenador portátil le pareció que arrancaba antes de la cuenta. «¿Habéis limpiado el disco duro, chicos? Os aseguro que las páginas porno del historial son de Nuria Carvalho», dijo al aire, por si hubiera alguien oyéndola.

Ahora son las doce y media de la noche, casi no ha cenado por los nervios y trata por enésima vez de comunicarse con Nuria. Ya solo le falta mandarle una disculpa por no haber sido sincera, y eso es lo que hace en este momento.

Unos segundos más tarde:

<¿En serio? ¿Crees que eso es lo que me ha enfadado?>

<Joder, Nuria, sentía pánico ante la idea de contar lo que iba a hacer y que me frenases. Te lo habría contado, y a Cris, pero... ¿No es eso?>

<Claro que no, hacer el idiota con un caso es algo que todos hacemos una o dos veces al año. Al menos yo. Me refiero a tu pasado. ¿De verdad me he tenido que enterar a través de una cámara de lo que te sucedió siendo niña? ¡Y al mismo tiempo que Irene, Marcos y Víctor! No me lo puedo creer>

<Hay detalles que ni siquiera sabía Cristina>

<Lo sé, me lo dijo hace un rato, por eso te he respondido. Ya se me está pasando el enfado. Pero no te hagas ilusiones, no se me ha pasado del todo>

<¿Sigues en la comisaría?>

<Sí, Marcos se ha estirado y nos ha traído dos docenas de pizzas familiares. Voy a tener el estómago pesado hasta las cinco de la madrugada>

<A David le hubiera gustado, aunque él seguro que se habría pedido dos menús del Burger King de segundo plato>

<Sí, menudo saque tiene>

«Habla de él en presente, no asimila su situación. Aunque, por otro lado, David sigue vivo. Soy yo la que no debería pensar en él en pasado. Quizás lo hago porque no lo conocí antes del atentado que lo dejó en coma, porque no es importante para mí».

<Nuria, deberíais descansar, no entiendo qué es tan importante como para teneros a todos trabajando sin parar>

<No insistas, nadie se marchará hoy a dormir, eso es un privilegio solo para la superoficial que mañana arriesgará su vida>

<Suena mejor en mi mente que como lo has dicho tú>

<Eso es porque estás igual de loca que Cristina, parece que fuese realmente tu hermana>

<¿Cómo está ella ahora? No quiero llamarla, seguirá defraudada>

<No digas tonterías, la conocemos y seguro que siente orgullo por tu valor>

<Pero no por mi estupidez y mis impulsos. Prefiero no llamarla al móvil, seguro que me echa una bronca por no estar durmiendo>

<Seguro. Aquí no hace más que gritar. A mí me ha pedido que revise el protocolo de seguimiento de tus localizadores, además del plan de veinte coches camuflados, dos helicópteros y veinte francotiradores que mañana no te perderán de vista>

<Joder, los verán, ellos los verán y todo se habrá acabado para la niña>

<Cristina ha reunido a un buen equipo, somos doce personas haciendo simulaciones, controlando los semáforos y el tráfico en todo momento en toda la provincia. Jamás se ha visto algo así. Hacemos cientos de cálculos por minuto para prever el comportamiento del entorno, la idea es lograr una efectividad total, que nadie se dé cuenta de lo que pasa; ni siquiera bajo imprevistos de accidentes de tráfico. Hace siete minutos hemos obtenido un noventa y cinco por ciento de efectividad>

<¿Noventa y cinco? Odio ese número>

<Tu nota en la prueba de tiro en el examen. Yo tuve un setenta y dos. No te quejes>

<Ya tenéis una probabilidad fantástica, todo saldrá bien mañana>

<Irás sin armas, eso ha pedido Mihai. Así que Cristina ha exigido un cien por cien de efectividad en todos los pasos a seguir. Nadie dejará de trabajar hasta lograrlo, aunque ella no desee que suceda>

<¿Ella? ¿Cris no quiere que haya un cien por cien de efectividad?>

<No debí decírtelo>

<Desembucha>

<Ya lo han hablado entre Cris y Marcos, si no llegamos al cien por cien antes de la entrega, la operación la hará tu sustituta>

<¿Mi qué? ¿Cómo...? No, no me digas que. No, por favor>

Intercambio

Cristina Collado mira hacia arriba, el cielo sobre la ciudad de Huelva se muestra aún de un cobalto muy oscuro, reticente a dejarse arrastrar por la primera ola malva que precede al amanecer. La humedad en el aire hace casi imposible de detectar los olores, ni de los desayunos en los bares cercanos, ni de los tubos de escape de los pocos coches que circulan por la calle, ni de su propio miedo, a pesar de martillear en su pecho como un tambor en una feria.

Ha salido a la calle muy enfurecida. Necesita respirar.

«Joder, un puto cien por cien. Voy a matarte, Nuria».

Cuando la oficial de apoyo informático le puso el informe sobre su mesa, pensó que era una broma, luego deseó que fuese una broma, ahora mataría porque fuese una broma. Se había hecho a la idea de ser ella la que entregase la estatuilla a cambio de la libertad de la niña, pero ahora tendría que cumplir su palabra con el comisario y tocar madera para que esa efectividad plena del dispositivo no sufriese un imprevisto de última hora.

Según la simulación, a la hora prevista para el contacto de Livia con los secuestradores habrá un veintinueve por ciento de tráfico de media en la ciudad. Nuria ha creado ciento cuarenta y siete rutas posibles para moverse por la capital y salir de ella, cada una de ellas con la probabilidad progresiva del tráfico de la zona por minutos y el grado de ayuda en la intervención policial rodado —en coches camuflados—, además del apoyo de los dos pájaros y la dispersión de los francotiradores; estos últimos se ubicarán en las azoteas elegidas con más probabilidad de entre todas las rutas. Sumado a los tres dispositivos de seguimiento que llevará Livia, aun siendo estos detectados y suprimidos de su cuerpo, impedirán que la perdiesen de vista.

Cristina chasquea la lengua, algo no le cuadra, algo no saldrá bien en menos de una hora, algo que no sabe qué es. Quizás se trate de desconfianza, mezclada con una pizca de amor incondicional por la oficial, más un toque de preocupación maternal, la siente, no la comprende, pero está ahí. No puede desprenderse de la desazón que le provoca pensar en la pérdida de la chica.

Mira su reloj de pulsera, quedan casi diez minutos para la hora a la que debe llegar Livia a la comisaría y comenzar su misión. Sobre el edificio de enfrente, el que hace esquina en la calle que da acceso a la plaza de La Merced, aguarda el más cercano de los francotiradores. Sabe que está despierto y alerta, como los demás, pero eso no es suficiente. Una armadura de Ironman para Livia le parecería poco. Saca el teléfono móvil y hace una última llamada.

—¿Sí?

—¿Te he despertado?

—No importa. Cuéntame, ¿ha pasado algo? —Es la respuesta que daría siempre un policía de primera.

—En menos de media hora voy a arriesgar la vida de Livia como jamás he arriesgado la mía propia.

Se oye al otro lado cómo Pablo Aguilar se ha levantado y ahora enciende su cafetera Nespresso. Si Cristina se aparta del móvil, seguro que puede oírla igualmente en la distancia. Pablo parece leer sus pensamientos y dice:

—Tranquila, ni un misil nuclear despertaría a la pequeña después de haber estado anoche

dibujando el mapa del tesoro.

—¿Qué mapa?

—Ya te lo contaré. Ahora háblame del caso, ¿qué te tiene tan preocupada? ¿Habéis realizado una simulación completa?

—Claro.

—¿De todas las posibles rutas?

—Sí.

—¿Al menos con un noventa por ciento de efectividad?

—Cien por cien.

—Pues relájate, es una excelente policía, lo sabías desde el principio. La recomendaste para estar en la brigada desde que le dieron el chupete tras el examen.

—Pero... no sé... hay algo que no logro quitarme de la cabeza.

—Eso siempre estará ahí, es la sensación de que hayas cometido un error y eso le cueste la vida a ella. Todos los responsables de policías lo tenemos, pero en tu caso se trata de alguien que es tu familia.

—¿Eso se va algún día?

—No lo sé, ya me lo dirás tú.

—¿Qué pasa si hemos cometido un error y Livia muere?

—Pues que muere, que la lloramos, que seguimos adelante y la recordamos. Eso pasa.

—Joder.

—Sí, es una mierda y suena muy frío, pero es lo que hay, es lo que aparece en la letra pequeña de todo contrato al entrar en la policía.

—Lo sé.

—Pero es la primera vez que te enfrentas a ello.

Cristina no responde.

—¿Te parece difícil vivir con eso? —añade el capitán.

—¿Difícil? Me parece imposible.

—Pues no lo es, yo llevo haciéndolo desde el día en que te conocí.

Cristina se despide de forma mecánica. A todos sus miedos se ha añadido ese nuevo dato, el de que su marido teme cada día por perderla. Aunque ella se sienta segura tras sus decisiones, no siempre muy acertadas ni seguras, hay siempre quien sufre por la incertidumbre que acarrea una posible decisión equivocada. Pablo lleva más de dos años sufriendo lo que para ella es una tortura, y solo la ha experimentado durante esta noche.

«Este oficio te da lo mejor y lo peor a la vez... Con Fran nunca tuve este miedo, era más joven y no había experimentado lo que es saber que, cuando te despides una tarde o una mañana de un ser querido, puede ser la última vez que lo veas, que le puedas decir te quiero. Ahora, tras aquel infierno vivido, tengo miedo por mis seres queridos. No quiero perder a nadie más».

Livia Craciun aparece ante ella, las ojeras y la forma de caminar le indican que no ha descansado lo que debía, pero no le dice nada, solo lanza una sonrisa amistosa. La oficial se la devuelve y le da un abrazo. Sobran las disculpas entre ellas, sobre todo ante una misión que pudiera separarlas para siempre.

Entran en el edificio, quedan solo veinte minutos para repasar una vez más todos los pasos a seguir.

Livia no necesita motivación alguna, solo el nombre de Mihai sirve para activar sus cinco

sentidos. Aun así ha pedido que le pongan en el monitor de la cocina la señal en directo de la niña. Está dormida, parece un ángel, y el diablo de Tasmania también descansa en el suelo, a su derecha. No tiene que odiarlo, solo es un animal que pronto tendrá hambre, un simple instinto primario, y solo hay una cosa para comer en esa sala.

—¿Lo tienes todo claro?

—Cristalino.

—Eso es de una película. Mírame a los ojos y dime que todo saldrá bien.

Livia observa a Cristina, a su alrededor están los demás, incluso el comisario, todos en silencio.

—Estoy perfectamente.

—Bien, repasemos los escenarios posibles:

»1- Se hace la entrega, te quedas en la calle y nosotros perseguimos el coche.

»2- Se hace la entrega y te llevan con ellos, nosotros seguimos el coche.

»3- No hay entrega porque no se presentan.

»4- Se hace la entrega y te disparan.

»Ese último escenario es el más problemático, y para él hemos apostado los francotiradores. Abatirán a los secuestradores si les ven hacer algún movimiento brusco.

—Contemos con el primer escenario.

—Esa es la idea, pero no siempre salen los planes como uno desea. Yo puedo...

—Mihai me conoce, ha hablado conmigo y es a mí a quien espera. Así que iré yo o no irá nadie. Ahora dime tú que el operativo no tendrá fallos.

—Jamás hemos tenido algo semejante a lo que va a suceder a tu alrededor, y tampoco tan ensayado por los mejores.

—Entonces decid a vuestras parejas que esta noche no regresaréis a casa, hay una fiesta épica que celebrar.

Cristina trata de sonreír sin éxito, no las tiene todas consigo, a pesar de confiar en el equipo, en las predicciones de Nuria, en el optimismo de Marcos, en las docenas de agentes que la seguirán por tierra, aire y sistemas informáticos, y en la propia Livia, que parece por fin formar parte del todo que la envuelve.

—Esta noche invito a una ronda de chupitos —dice Cristina, fingiendo un entusiasmo que no engaña ni a Livia ni a Marcos.

Dos manos delgadas, como de maniquí, igual de frías, pero ásperas como solo la inspectora jefe conoce, toman su cara con cuidado y la obligan a levantar la mirada. Cristina sabe que no puede resistirse, así que se deja hacer y conecta con los ojos de Livia. Esta sonríe.

—No me pasará nada. Y si me pasase, es cosa mía, no cargues con más peso del que te corresponde. —Es solo un susurro, pero lo ha oído perfectamente.

—Bien. —Cristina se repone y alza la voz—. Estamos todos preparados y vamos adelante, ¿entendido? Esto está ensayado mil veces, así que no quiero el más mínimo error.

Livia observa cómo su única familia se separa de ella, dando órdenes a las docenas de agentes que les rodean, y siente como si el calor y la luz abandonaran su cuerpo, como si no fuera a percibirlos nunca más. No, eso no sucederá. Volverá con la niña sana y salva y atraparán a Mihai y al resto de la organización. Luego se irán de vacaciones, quizás a Brasil, le encantaría ver Brasil cuando en España fuese otoño o invierno. No sabe por qué, pero así se lo ha dicho a Cristina muchas veces esos años.

—Toma. —El comisario le da una caja—. Es la estatuilla. Cuando estés con ellos y veas a la niña, o cuando te sientas en peligro, di «esta mierda no me gusta». Intenta buscar el contexto para

que no parezca forzado, ya que el tiempo de actuación del equipo será de varios segundos, quizás medio minuto. Estaremos cerca, te lo prometo.

—Lo sé.

—Cris se ha marchado, ella quería ir en tu lugar, ha movido cielo y tierra para lograrlo, pero Nuria ha hecho un trabajo con la simulación impecable.

Livia asiente sin hablar. Para Marcos es una niña, piensa que pronto su pequeña Sofia estará así ante él. No, la amarrará a la pata de la cama y la tendrá encerrada hasta que decida ser abogada o ingeniera, muerta de aburrimiento en una oficina, con muchos fines de semana libres y, sobre todo, lejos del peligro.

—No puedes toser sin que lo sepamos nosotros primero —añade—. Así que finge miedo ante ellos, es lo que esperan.

Livia se despide de sus compañeros con una mirada de fingida seguridad, se gira y camina hacia la entrada, allí emprenderá el camino hacia el punto que Mihai le indicó en su última conversación. Siente algo de miedo, aunque no sea capaz de reconocerlo, ni a Cris antes, ni ahora al comisario. Siente miedo porque todos allí tienen a Mihai por un proxeneta de mala muerte, de esos que van en una furgoneta con una niña llorando detrás. Ellos no han visto sus ojos, sus manos, sus sonrisas macabras. Ellos no lo han sufrido. Ellos no han sentido el aliento del demonio tras sus silencios. Mihai no es un delincuente común, no ha organizado aquello para dejarse arrestar tras un intercambio fallido.

«No. Ellos no te conocen, no saben cómo suena tu voz cuando susurras tras hacer sangrar a una niña. Ellos no lo comprenderían sin pasar dos semanas en ese nivel del infierno. Al final esto será entre tú y yo. La diferencia entre entonces y ahora es que hoy no pienso rezar para seguir viva un día más».

Las ciudades de esta región europea, bañadas por el océano Atlántico, experimentan durante el verano un curioso fenómeno cada mañana de finales de verano. Y este año el verano se está prolongando durante el mes de septiembre, quizás llegue hasta octubre, como en años anteriores. Amanece algo nublado, incluso se aprecia algo de frío, pero en un abrir y cerrar de ojos, a eso de las once o doce del mediodía, las nubes desaparecen y el sol aprieta con todas sus fuerzas. Los lugareños, por la similitud de esas nubes bajas, casi niebla, con las tormentas de arena que a veces llegan desde el norte de África, denominan como calima a este fenómeno atmosférico.

Livia detecta esos casi imperceptibles cambios en el ambiente y sabe que el día será soporífero, aunque por ahora no lo parezca. Entonces reza para sus adentros para que ese cambio solo afecte al clima, no a sus posibilidades, calculadas al detalle por Nuria, de salir con vida de la misión, además de regresar con la niña.

Mira hacia el cielo, la niebla es mínima, no supondrá un inconveniente para quienes seguirán sus pasos en unos minutos desde las alturas.

Se aferra a la caja que le ha dado Marcos y evita mirar hacia la azotea donde sabe que está el primer francotirador. No oye el más mínimo rumor de los dos helicópteros que la siguen desde el aire, seguro que tampoco podría verlos si alzase la mirada, pero no lo hará por si está siendo vigilada. Debe comportarse como si estuviera sola.

Cruza la carretera por el paso de peatones y comienza a dirigirse hacia el punto de encuentro, quedan quince minutos. Una eternidad.

«Que salga todo bien, que salga todo bien, que salga todo bien».

Un camión de reparto pita a su derecha y provoca que ella dé un respingo. Le dan ganas de

insultar al idiota del conductor, pero se contiene y sigue caminando. Atraviesa la calle y tuerce a la izquierda. La zona, cercana a la plaza de La Merced, tiene mucho movimiento a esa hora. A pesar de ello, y de saber cuánta gente la observa y monitoriza, Livia se siente más sola que nunca. O casi. Hace unos años fue mucho peor, pero llegó un ángel rubio a salvarla. Un ángel que ahora está al acecho y pendiente de que no le ocurra nada. ¿Será suficiente contra el demonio de Mihai?

Quedan unos doscientos metros, llegar al final de la estrecha calle, y comprobar si todo el operativo ha sido planificado como...

El coche derrapa a su izquierda, un frenazo que la pone en guardia. Echa mano a su cinturón de forma instintiva, pero no lleva el arma, requisito imprescindible número siete en las condiciones del secuestrador. Se prepara para un ataque, responder con todo lo que sabe sobre lucha cuerpo a cuerpo. Un tipo se baja en cuestión de segundos y le dice una frase que derriba todas sus defensas en el acto:

—Entra en el coche sin dar problemas o la niña morirá.

Dos rusos

—Entra en el coche sin dar problemas o la niña morirá.

—¿Está con vosotros? ¿La lleváis ahí dentro? Contesta, hijo de puta.

El tipo sonríe y muestra dos dientes de plata que producen escalofríos a la oficial. Pero en este momento no puede pensar en esa dentadura horrenda, ni en lo que ha dicho el tipo, solo en que ha tardado unos ocho segundos en frenar el coche, abrir la puerta y soltar la frase. Un tiempo fabuloso para un delincuente, para ganar unos juegos olímpicos del hampa, si es que estos se celebran algún día. Pero es una eternidad en comparación con el tiempo de reacción de un comando de élite de la policía; más aún si ha sido diseñado por Nuria Carvallo y llevado a la práctica por la inspectora Collado.

Cuando aquel imbécil empezaba a pronunciar la palabra «morirá», ya había veinte armas automáticas apuntando a las cabezas de los tres delincuentes, más cuatro rifles de francotirador y dos helicópteros volando tan bajo que parecían a punto de posarse en las azoteas de los pisos. Ni siquiera se dieron cuenta de que la calle se había cortado y desalojado diez segundos antes de que ellos frenaran.

El que va en el asiento del acompañante, vestido con un pantalón vaquero azul y una camiseta del Real Madrid, sale a toda prisa con una pistola en la mano y apuntando a uno de los policías. Catorce balas en menos de un segundo convierten su camiseta en la del Manchester United. El conductor deja las manos al volante, sin mover una pestaña. El tipo de los dos dientes de plata se lleva las manos a la nuca a la velocidad de las placas tectónicas.

Livia no sonríe mientras los esposan, allí no está Mihai. Lo esperaba. Y ahora toca la parte más difícil. Si no logran hacerlos hablar, la niña morirá. Nuria y los de la forense informática están tratando de buscar el origen del vídeo, pero el tiempo se agota y no tienen ninguna pista aún, salvo lo que cuenten estos dos; y sabe que no será fácil hacerlos cantar.

«No, estos dos serán mudos todo el tiempo que puedan permitirselo».

—¿Estás bien? —Es Cristina, aunque irreconocible con el casco aún puesto.

Livia reprime el impulso de darle un abrazo, se limita a asentir y darle la bolsa con la estatuilla. Cristina la toma y la tira a la papelera más cercana.

—¿Qué haces...? Entiendo, no es la estatuilla.

—No, solo dos tazas horribles que había en la cocina y que nadie usaba desde hace muchos meses. Si te hubiesen capturado, si nosotros fallábamos y ellos escapaban, al tener la estatuilla en su poder, la niña y tú ya no seríais más que cabos sueltos por atar. La única forma de manteneros aún con vida era que ellos negociaran con vosotras de rehenes para una nueva entrega.

—¿Eso quiere decir que iba a pasar un día o dos con un bicho de esos de Tasmania?

—Mejor no pensemos en eso. Tenemos prisa. Vamos.

Ha pasado casi una hora desde la detención y no han podido hablar aún con los dos detenidos. En inglés, han pedido un abogado; y este, al llegar, ha solicitado un intérprete de ruso.

Cristina arde en deseos de romper algo, a ser posible la cabeza de un ruso.

—No me puedo creer que aún no podamos hablar con esos dos. Menuda mierda de burocracia

y leyes.

—Tranquila, Cristina, hablarán.

—El tiempo se agota, Marcos, tenemos que entrar ahí y sacarles dónde está la niña, y también dónde está su jefe.

—¿Qué te hace pensar que hay alguien más?

—Míralos bien, son matones. Observa cómo visten, cómo miran; estos son gentuza de poca monta, antiguos militares que ahora se venden a quien pague mejor. No tenemos una tasación fiable de la estatuilla, pero montar todo esto para robarla de una comisaría, implicar a una oficial y secuestrar a una niña... Tú también lo ves. Seguro que hay un perista de obras de arte detrás, con millones como comisión a repartir entre él y el tipo que lo ha organizado todo: el jefe de esos dos. Livia asegura que hay un tal Mihai, ya lo oíste en su confesión en la cocina ayer. Pero Mihai no está aquí.

—¿Podría equivocarse?

—¿Livia? ¿Oíste lo que le hizo? ¿Crees que olvidaría a alguien así?

—No, tienes razón.

—Sigo aquí, podéis hablar de mí sin que eso me haga sentir invisible. Y ya os aseguro que esos dos son peones del juego.

Livia, Nuria y Víctor acompañan a la inspectora jefe y al comisario en la sala contigua a la de interrogatorio, escuchando en silencio la conversación mientras no quitan ojo a través del falso espejo que les separa de los dos detenidos y su abogado.

—Es una sensación de impotencia horrible. Si la niña muere, a esos dos les caerá, además de la acusación de secuestro, la de homicidio.

—Cristina, los dos sabemos que cuando las huellas dactilares de esos dos entren en el sistema, saldrán docenas de delitos, y eso solo en España. ¿Tú los ves con pinta de que les importe lo que le pase a la niña? Para ellos es la comida de su mascota.

—Lo que más me jode de todo es la sonrisa de ese mequetrefe de abogado con traje barato. ¿De qué coño se ríe? Si pudiera entrar ahí dentro con las cámaras apagadas, te juro que ese sería el primero en caer al suelo, tras mearse encima.

—Será mejor que salgamos un rato fuera para que nos dé el aire, en cuanto llegue el intérprete comenzaremos con el interrogatorio.

—Me quedo aquí —dice Livia—, por si se les escapa algún comentario en castellano.

—Ya sabemos que hablan castellano, pero no podemos obligarlos, el reglamento exige que les traigamos un intérprete si lo solicitan.

Víctor se queda con la chica en la sala, tenía pensado preguntarle cómo se siente tras el operativo para capturar a los secuestradores, pero en lugar de eso decide indagar por otro lado.

—¿Qué piensas hacer si se acerca la hora límite y no hemos descubierto dónde está la niña?

Livia no responde, pero le dedica una mirada de angustia que el subinspector ya esperaba. Se hace un silencio de varios e incómodos segundos cuando vuelve a hablar.

—En casos como este, tener a Cristina ya era complicado, es una bomba de relojería cuando no se puede esperar nada positivo de la justicia, cuando lo justo es cruzar la línea que separa el bien del mal. Tú tienes su misma mirada en este momento. —Livia trata de no mirarle—. Ahora tenemos dos bombas a punto de estallar y tengo miedo.

—¿Por qué?

Víctor se sorprende, no esperaba que ella participase, y menos con una pregunta así.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué te da miedo?

—¿Acaso a ti no hay nada que te lo dé?

Ella muestra una sonrisa demencial, su compañero incluso aguanta la respiración para hacerse aún más invisible de lo habitual.

—Si te refieres a la muerte, al dolor extremo y esas cosas, no; ya me vacunaron hace unos años. Ya estuve muerta, en varios niveles del infierno, compartiendo viaje de dos semanas con el diablo y dos de sus demonios. Y al llegar a mi destino me esperaron cuatro años aún peores. ¿Sabes qué? —Víctor no es capaz de responder—. No hay nada en el mundo que me puedan hacer y que me genere miedo, otra cosa es lo que le puedan hacer a Cris. A ella no, a ella no puede pasarle nada. Eso sí que me da miedo, vivir sin ella.

Al otro lado del falso espejo cuchichean entre los dos detenidos, el abogado parece tratar de hacer una llamada, revisar el correo o vete a saber, pero en el sótano no encontrará cobertura por más que lo intente. Pasan un par de minutos, en silencio, y entra en la sala una desconocida junto con Marcos y Cristina. La señora, de unos cuarenta años, alta, delgada y con el cabello tan negro como blanca la piel, debe de ser la intérprete de ruso.

Nuria entra en la sala contigua, y junto a Livia y Víctor observan cómo todos se sientan alrededor de la mesa y comienzan las preguntas, que lanza Cristina y traduce la mujer. En primer lugar la obligatoria «¿le han leído los derechos?» para evitar sorpresas y luego se lanzan al grano. Cristina no tiene piedad, les cuenta todo lo que saben sobre ellos, todos los delitos que están surgiendo, tanto de España como de otros países, y finaliza con un trato:

—Decid dónde está la niña e iréis a juicio en España, además de cumplir condena en una cárcel cercana. Si no habláis, se os extraditará al país con las leyes más duras que os reclamen, eso os garantizaría la perpetua en una cárcel turca o la pena de muerte en Libia.

Tras la traducción, cuchichean entre ellos. El abogado parece completamente perdido, no sabe si intervenir y que la traductora comunique sus consejos a los detenidos o limitarse a esperar acontecimientos. No quiere perder el caso, pero tras lo que ha oído de los dos personajes que tiene como clientes, lo único en lo que ahora piensa es en poder sentarse algo más alejado de ellos.

El tipo de los dos dientes de plata, que parece tener autoridad sobre el otro, responde un par de frases. Antes de que la traductora haga su trabajo, la puerta se abre de golpe.

—¿Livia?

—!!!*Nu sunteți ruși, sunteți români, mui!!!*

Marcos se levanta para contenerla. Los dos detenidos sonrían y Cristina y la traductora no saben qué hacer.

—Relájate o tendrás que marcharte.

—No son rusos, son rumanos. Nos están haciendo perder el tiempo.

—Tiene razón, dice la traductora. El ruso que ha empleado ese señor hace unos segundos es muy rudimentario y con acento rumano; además, ha intercalado palabras rumanas en las frases.

—Abogado —apunta Cristina—, está quedando grabado que sus clientes no solo no cooperan, sino que hacen perder el tiempo para que una niña de ocho años que tienen secuestrada muera de una forma terrible.

—Eso del secuestro no está demostrado, y mis clientes no están cometiendo ningún delito en este momento, el protocolo de interrogatorios garantiza que ningún detenido se quede sin...

—¿Pero qué protocolo ni qué cojones? —Livia está tan furiosa que Marcos, con treinta kilos más de peso, casi no es capaz de contenerla.

—Espera fuera.

—¿Cómo?

—Que esperes fuera.

—Comisario, el tiempo se agota, no podemos permitir que...

—He dicho que esperes fuera —no es solo el tono calmado y las palabras tan espaciadas, lo que a la chica más le impacta es la mirada de Navarro—. Señora Alekseev, ya no la necesitaremos, muchísimas gracias por su colaboración. Le ruego que abandone la sala.

Livia se queda fuera, en el pasillo, sin saber a qué demonios viene eso, pero confiando en Navarro. La intérprete se marcha murmurando algo por lo bajo. Entonces sucede. La puerta se abre de nuevo y el abogado parece sacado a empujones de allí.

—¿Pero qué hace? ¿Está loco? Esto le costará el puesto.

—Mire, señor Pedrero, mientras dure el corte de luz en el edificio, no podremos seguir con la entrevista, así que puede salir a dar un paseo o ir a la máquina de café.

—¿Qué corte de luz? Usted me ha sacado de la sala sin autoridad alguna y ha apagado la cámara. El fiscal y el juez lo sabrán inmediatamente.

—Le garantizo que no tenemos electricidad, salvo en el generador secundario, el que abastece las lámparas del techo y las cerraduras electrónicas de los calabozos.

—¿Me toma por idiota?

Livia contiene como puede la sonrisa.

—En absoluto.

—Déjeme entrar ahí dentro o no pararé hasta ver cómo les echan a todos ustedes del Cuerpo.

—Está bien, le dejaré entrar, ya que insiste tanto, pero antes quiero que mire algo. —Le susurra algo al oído a Livia y esta regresa tan rápido como partió, esta vez con un iPad en las manos.

—¿Qué... qué es eso? ¿Qué me está enseñando?

—Quizás a usted le importó muy poco lo que decíamos ahí dentro, pero ahora tendrá que vivir habiéndolo visto con sus propios ojos. Eso que ve es una niña atada a una silla, una niña de ocho años que morirá cuando ese reloj se ponga a cero, quedan menos de siete horas.

—Pero... pero... ¿Eso es una rata?

—No, es un demonio de Tasmania de diez kilos, omnívoro, hambriento y con una presión de mordida, si la Wikipedia no se equivoca, de las más potentes del planeta. Se la comerá con huesos y todo.

—Imposible... —Está sudando y temblando, al borde de un ataque—. No puede estar viva, no puede... ¡Oh, Dios mío, Dios mío, se ha movido! ¡La niña está viva!

—Pues claro que sí, aunque solo por menos de siete horas.

Un fuerte golpe seguido de un quejido llegó del otro lado de la puerta.

—¿Qué ha sido eso?

—Yo no he oído nada.

Más golpes y súplicas.

—¿Cómo que no? Se oyen golpes ahí dentro.

—Debe de ser una silla que se ha caído.

—¿Están golpeando a mis clientes? ¡Oiga!

—No, óigame usted a mí. La puerta está abierta y yo no le impediré entrar si usted lo desea, pero tendrá que elegir entre dos opciones. Entrar, ver lo que ocurre dentro y denunciarnos, además de vivir toda su vida sabiendo que usted ha contribuido activamente en la salvaje muerte de esta niña; me encargaré personalmente de que vea la parte final del vídeo, ya me comprende. O, por el contrario, acompañar a la oficial Craciun a tomarse un café o infusión, ya que los dos parecen alterados.

—No sé... no sé... esto... esto...

—Esto no lo enseñan en la facultad de Derecho, lo sé. Tampoco en la academia de policía, doy fe. Esto es el mundo real. Y usted tiene que decidir ahora lo que piensa hacer.

Al otro lado de la puerta se han intensificado los sonidos de los golpes y los gritos de dolor. El abogado no los oye más que unos segundos mientras se aleja de allí con la oficial. Livia, a pesar de lo alterada que estaba segundos atrás, solo puede pensar en la frase que les ha gritado a los detenidos al entrar en la sala.

«*Muei, ¿muei?* Joder, qué vergüenza, ¿no se me ha ocurrido otra cosa mejor que pedirles que me chuparan el pene. Necesito aprender más insultos en rumano».

En la cocina de la comisaría, y alrededor de una cafetera recién hecha, Marcos se frota la cara con rabia. El resto permanece en silencio.

—Eso está muy lejos, demasiado.

—Son tres horas y media en helicóptero —responde Cristina, con las manos metidas en bolsas de hielo que Irene ha ido a comprarle al súper de la esquina.

—No se trata solo del tiempo de vuelo, hay que organizarlo con los mapas del terreno, pedir permisos al juez, esperar a los pájaros, coordinar el ataque sobre el lugar... tendremos escasos minutos para el rescate.

—Pues no los perdamos aquí. Vamos a movernos y llegaremos antes del anochecer.

Los dos detenidos habían cantado, vaya que sí, y lo hicieron en castellano y en rumano, por si eso daba puntos extra. Cuando Marcos, dos minutos después del comienzo del espectáculo, notó que los ruidos habían cesado, entró en lo que antes era una sala de interrogatorio y tuvo que contener la exclamación. Cristina le explicó lo ocurrido:

—Les he quitado las esposas y les he dicho «si llegáis a la puerta que está tras de mí, será fácil salir del edificio. Si no lo lográis, os tocará cantar para mí».

—Estás loca.

—Un poco, sí.

Ahora mismo deben de estar llegando en ambulancia al hospital. Entre mandíbulas, dientes, narices, costillas y brazos, tendrán que pasar una buena temporada sobre sendas camillas antes de volver a ser una sombra de los despojos que han sido.

Cantaron, vaya si cantaron.

—¿Y si es mentira? ¿Y si nos han engañado? —pregunta Irene.

—No, no lo han hecho. —Todos miran a Livia.

—¿Cómo estás tan segura?

—Son gente de honor, de respeto. Miserables que no dan un céntimo por una vida humana, pero honorables a su manera de ver la vida. Esos serían capaces de dejarse desollar vivos antes de contar dónde se esconde su jefe, pero el lugar en el que está la niña es diferente. Además, ellos no valoran lo más mínimo a las mujeres, y una les acaba de dar una paliza épica; eso eleva a Cristina a la categoría de persona merecedora del máximo respeto posible. No han mentido, la niña está allí.

Livia sale con el resto de compañeros de la cocina, tiene mucho que hacer y no hay tiempo. Cristina la llama a su espalda.

—¿Puedes venir un segundo?

Ella se extraña pero no desobedece, se acerca a la inspectora.

—¿Sí? ¿Tienes algo más para mí?

—Se podría decir que sí. Un recuerdo.

—¿Un...? ¿Cómo dices?

—Toma. —Extiende la mano cerrada y deja caer algo sobre su palma. Cristina cierra la mano de la chica en ese momento y se marcha con una sonrisa. Livia no comprende, pero abre la mano despacio, en ella hay dos dientes de plata ensangrentados. Sonríe.

Mira a Cristina desde la distancia, como un niño amante de los cómics de superhéroes miraría al Capitán América, su meta a alcanzar.

«Tal vez los haga fundir para hacerme unos pendientes».

Nicoleta

Pasan otros dos días más viajando en el coche, circulan cerca de la playa, que se ve entre los árboles, al otro lado de una roca o bajo un acantilado cada pocos minutos, sin parar salvo para comer algo y dormir unas pocas horas. Ya no la tratan tan bien; bueno, nunca lo han hecho, pero ahora es peor; la despiertan de una patada y no le compran comida, se limitan a ofrecerle las sobras de la suya. Casi no le dan agua, para que no se orine en el coche o proteste pidiendo que paren y hacerlo en la cuneta.

Está muy sucia, su pelo largo y rubio se ha convertido en una masa apestosa y le pica cada centímetro cuadrado de su cuerpo.

Y lo peor es el interior. Poco a poco, hora tras hora, Nicoleta se va hundiendo entre pensamientos sin sentido y recuerdos en los que ya mezcla personas, lugares y tiempos.

Luego está el bicho, lo llevan encerrado en una caja en el maletero y le dan algo de comer de vez en cuando, más que a ella. No lo ha visto, pero lo oye gruñir cada dos por tres y se le eriza el vello de la espalda. No para de preguntarse qué es lo que llevan ahí y qué piensan hacer con él. Claro que su mayor preocupación es averiguar qué ocurrirá con ella.

Se han alejado de la playa cuando despierta. No solo no consigue verla por ningún recoveco entre los árboles o a lo lejos, también percibe que el paisaje árido y con encinas que atraviesan no le recuerda a los que ha estado viendo durante el camino los días anteriores. Hace calor, lo siente a pesar de que van con el aire acondicionado a toda potencia. Al otro lado de las ventanillas no se ve más que arena y encinas. La carretera ahora está en mal estado, con tramos de tierra llenos de baches que provocan que le duela la espalda y que el hombre de los dos dientes de plata se queje al conductor con muy malos modos.

Tras unos minutos, divisa una pequeña construcción blanca al final del camino. A medida que se acerca el coche, Nicoleta comprueba que aquello no es nada pequeño. Nunca había visto una vivienda de semejante tamaño. En el patio interior al que acceden con el coche podrían edificarse veinte casas como la suya, la que no volverá a ver jamás. Pasean sueltos varios perros enormes y enfurecidos, además de observar caballos preciosos que asoman sus cabezas con curiosidad por los pórticos de sus cuadras. Todo está limpio y, a pesar de los amenazadores ladridos, se ve que allí vive mucha gente; pero hay un respeto o miedo tremendo que produce un silencio incómodo, incluso de los tres que van con ella en el coche. Sí, miedo y respeto es lo que respira Nicoleta dentro del coche y también al salir fuera, junto con la bofetada tremenda de calor y el pánico que siente a que alguno de esos perros la muerda.

Un chico joven, delgado y muy moreno de piel y cabello se acerca para dar una patada a uno de los perros, dice algo en un idioma que ella no conoce y los canes salen despavoridos hasta un rincón a la sombra, donde se echan a descansar.

Otro hombre, más mayor y bien vestido, aparece y conversa con los tres acompañantes del coche, esta vez en rumano. No para de secarse el sudor de la cara con un pañuelo de tela.

—Habéis tardado mucho.

—Tuvimos que parar a por el puto bicho ese y a comprar el vestido.

—Menos mal, porque Mihai nos despelleja si mostramos en el vídeo a la pordiosera que lleváis ahí. Llevadla dentro y bañadla, que la peinen y le pongan el vestido nuevo, así parecerá

una niña de bien y dará más pena.

—¿Puedo preguntar para qué es el bicho?

—No, no puedes preguntar. Haz lo que te he pedido.

El de los dos dientes de plata lanza una mirada acerada a sus dos acompañantes y estos cumplen con la tarea, llevándose a la niña de allí a empujones hacia dentro de la casa. Ella logra oír desde lejos el final de la conversación.

—Mihai ha pedido que vayáis con él para el canje.

—¿Por qué no lo hacen sus hombres?

—¿Quieres preguntárselo tú?

La conducen por interminables pasillos hasta un cuarto de baño que tiene eco, y la bañera es tan grande como para nadar en ella. Dentro del lugar no hace tanto calor, pero se oye el sonido de las cigarras con más intensidad, si cabe, que en el exterior. La desnudan sin miramientos cuando la bañera está llena hasta la mitad. Sabe bañarse sola, y le da mucha vergüenza que la vean desnuda esos dos asquerosos que la miran de esa forma, pero se calla para no empeorar las cosas. Se mete en el agua, que está templada, y comienza a frotarse el cuerpo con una pastilla de jabón que huele a jazmín. Pronto el agua se vuelve negra. Los dos cerdos la miran de un modo que le da miedo, como si ella fuese su postre favorito. Termina con el cuerpo y empieza con el pelo, que se le ha apelmazado hasta volverse un estropajo de color pajizo.

—Tú también quieres divertirte con ella, se te nota en la cara.

—No podemos, Mihai la quiere intacta.

—No jodas, no ha dicho eso.

—¿Para qué crees que la quiere tan aseada y con un vestido bonito? Si nos divertimos con ella como solemos hacer siempre, la dejaremos como un guiñapo, eso si sobrevive.

—Joder, podemos tener cuidado.

—Yo tengo las mismas ganas que tú, llevo semanas sin follar, pero prefiero aguantar y calmarme esta noche en un burdel que acabar con el cuello cortado por desobedecer a Mihai y joderle un negocio.

—A la mierda.

Nicoleta se ha comportado como si no oyera la conversación. Temblando, eso sí, además de rezando para que no le hiciesen daño. Siente alivio al saber que finalmente no se *divertirán* con ella. Un alivio muy liviano, ya que sigue sin saber qué le depara el destino; y si ahora le toca pasar a manos de quienes provocan miedo a estos tipos...

El vestido es malva y le queda muy bonito, nunca ha tenido nada tan bello en su vida. Se ha secado el pelo y peinado, aunque les ha costado lo suyo a ella y a una señora, hediendo a sudor y queso, que ha aparecido para ayudarla. Ha intentado comunicarse con ella, pero no habla su idioma. Ahora esa misma mujer la conduce hasta una cocina enorme y que huele de un modo exquisito. Le señala con el dedo una silla y ella se sienta. Sobre la mesa comienzan a aparecer todo tipo de manjares, la mayoría no los había visto jamás. Come queso, huevos fritos, carne guisada, todo con las manos, sin importarle que estas se manchen, pero cuidando el vestido. Es tan bonito... También prueba unas lonchas de cerdo curado con un exquisito sabor. Bebe un sorbo de agua cada pocos minutos para no ahogarse y sigue con el atracón. La mujer la mira con cara de lástima, pero Nicoleta prefiere centrarse en el único momento feliz que ha vivido en los últimos días. Cuando cree que no puede comer más, la mujer le pone delante un trozo de pastel de chocolate y decide que es mejor reventar a quedarse sin probarlo. Tal vez no se lo ofrezcan nunca más, o se pase otros muchos días en el coche comiendo bocadillos duros o restos que dejan sus acompañantes.

La mujer le dice algo, cada vez muestra más cara de pena, y eso no le gusta a ella. No la entiende, pero le da las gracias. Puestos a elegir, tras salir de casa en la forma que lo hizo, no estaría mal que aquella mujer fuese su madre a partir de ahora. Eso le pregunta, si quiere ser su nueva madre, pero la mujer no comprende y se marcha sin responderle.

No sabe qué hora es, pero siente un sueño terrible tras el atracón de comer y cuenta con la posibilidad de dormir en un sitio que no sea el asiento trasero del coche, donde ya olía peor que la cochiguera de sus vecinos en el pueblo. Los dos que la observaban en la bañera aparecen para conducirla a un dormitorio, tiene miedo a que entren con ella, pero se quedan fuera finalmente y cierran la puerta con llave. Una gran cama se aprecia al fondo, todo lo que necesita. Al otro lado de la madera oye a esos dos por última vez:

—Aprovecha para descansar, es tu última oportunidad. —Y se marchan riendo.

Rescate

Los dos helicópteros sobrevuelan la extensa finca cordobesa a toda velocidad. Desde arriba solo se ven encinas y más encinas. Livia Craciun no puede controlar el temblor del pie derecho, lo que hace que Cristina trate de calmarla, sin éxito, hasta que decide pulsar una tecla quizás más efectiva.

—Livia.

—Dime.

—No sabemos qué nos vamos a encontrar al llegar, quizás un páramo vacío o un infierno como la guerra de Irak. Hará un calor infernal, no tendremos parapetos y el equipo pesa más de veinticinco kilos.

—Ya lo sé, ¿por qué me lo cuentas?

—Porque, si sigues en este estado, te consideraré un estorbo y te quedarás en el pájaro a la espera.

—¿Eso es una broma?

—¿Te parezco un payaso?

—Necesitarás a todos los activos disponibles. ¿Quién aquí, además de ti, tiene una precisión de disparo como la mía?

—Me importa una mierda tu puntería. Una cosa es acertar a un blanco en una prueba y otra ser consciente de que formas parte de un todo, de que la cosa no va de ti, sino de nosotros, y que tienes que cubrir las espaldas de tus compañeros o morirán, y sus familias llorarán porque te has comportado como una gilipollas que cree estar jugando a la videoconsola.

—¿Qué te hace pensar que yo no daré la talla?

—Ese temblor de piernas indica impaciencia, temor y ansiedad. Un policía de verdad, aunque no llegue a tu 95 en la prueba de tiro, trata de calmarse para que todos sus sentidos estén alerta y no acabe sorprendido en una emboscada.

—Pero...

—¿No me has oído? Si sigues así cuando llegemos, no bajas del pájaro.

Livia va a protestar de nuevo, lo lleva en su ADN y le cuesta mucho tragarse el orgullo, pero divisa al fondo la construcción y hace el esfuerzo con sus cinco sentidos para relajarse en tiempo récord. Los dos helicópteros van descendiendo a medida que se acercan a su destino. En el interior, salvo los pilotos, todos comprueban por última vez sus armas.

Los estómagos se comprimen con la ausencia de gravedad durante el rápido descenso, pero ninguno hace el más mínimo gesto de desagrado.

Cristina mira su reloj, les quedan treinta y siete minutos y unos pocos segundos para llegar a la niña antes de que Duquesa tenga hambre. Parece mucho tiempo, pero eso dependerá finalmente de muchos factores: de la resistencia que tengan por parte de los secuestradores, de la distancia a la que esté encerrada la niña, de lo difícil que sea descubrir ese lugar y del fácil o difícil acceso que haya al zulo o cuarto. Demasiados factores y la inspectora jefe no controla todas las variables.

—Ya casi estamos —dice el piloto a través de la radio interna.

—Te copio —responde Cristina. Todos se colocan el casco y le dan un golpe con el dedo índice para indicar que están listos.

—¿Aterrizamos?

—No, primero lanzad un aviso con las *impacientes* a ese patio central.

En cada helicóptero se abre la puerta izquierda, y de allí surgen los rifles de asalto HK G36 del calibre 5,56 escupiendo 750 balas por minuto sobre la arena del patio.

—Ya saben que hemos venido y no precisamente para dialogar —dice Cristina.

—¿Aterrizamos en el patio, inspectora?

—No, allí es donde nos esperarán y estaríamos rodeados. Déjanos en la fachada oeste, esas ventanas sin rejas son un caramelo que no voy a dejar pasar. No sabemos con qué armamento cuentan y eso quiere decir que os largáis cagando leches en cuanto estemos en tierra.

Los dos pilotos dan el OK por radio y aterrizan tan rápido en el suelo que todo el comando de asalto siente que ha caído de culo sobre el duro suelo sin avisar. Dos segundos y los diez policías están fuera. Otros cuatro y ya casi no se ven a los pájaros que han retomado el vuelo.

—Estamos solos, repito, estamos solos. Cada uno sabe lo que tiene que hacer. Las ventanas son el punto de incursión.

No tiene que repetirlo, se mueven tan rápido como lo hicieron para capturar y neutralizar a los secuestradores en el coche horas antes. El orgullo del Cuerpo, aunque nadie los tiene nunca en consideración. En silencio, sin discutir, sin parpadear. Arriesgando la vida en cada misión.

Cuatro ventanas, cuatro granadas de humo, cuatro agentes entrando de un salto, otros cuatro cubriendo con los fusiles de asalto mientras los compañeros se reponen tras rodar sobre el suelo lleno de cristales. Entran como una plaga de langostas en un campo de maíz, sin pedir permiso, sin frenar en ningún momento, sin retroceder ni para tomar impulso, barren la zona hasta asegurarla. Eso quiere decir que cualquiera que lleve un arma en la mano acabará muerto; el resto, detenido hasta que demuestre su inocencia.

Comienzan a oírse las voces de los agentes:

—Rodríguez, estancia asegurada.

—Herrera, estancia asegurada.

—Gómez, estancia asegurada.

—Vázquez, estancia y sector primero asegurados.

No hay más que observar a Cristina y a Livia para saber que se mueren por ir en vanguardia, pero están en el extremo opuesto. Ellas han recibido una formación diferente, tienen otros atributos igual de válidos, se han formado para tomar decisiones, mandar. Y eso hacen.

—Adelante, sin miedo.

—¡Señor, sí, señor!

Y así barren la construcción en menos de cuatro minutos. No encuentran un alma allí.

—¡Mierda! Es imposible, buscad de nuevo.

—¡Sí, señor!

A Cristina no le importa esa chorrada de señor o señora, mientras cumplan con su objetivo.

—No está aquí, Cris.

—¿Cómo dices? Este es el lugar.

Livia se quita el casco y el chaleco antibalas, está empapada de sudor, como todos sus compañeros.

—Digo que no está aquí, pero sí que está aquí o ha estado.

—¿Qué significa eso? No me vengas con adivinanzas.

—Mira a tu alrededor, la capa de polvo indica que hace meses que nadie limpia ni camina por este lugar. Además, si la niña está aquí, puede que no esté a la vista. ¿Cuánto tiempo tenemos?

Responden por radio, es la voz de Marcos Navarro.

—Solo seis minutos y cincuenta segundos.

—Pues busquemos donde no se vea.

—¿Un sótano?

—Sótano, zulo, altillo, pared falsa...

—A todos los operarios, arrancad cada alfombra, mirad tras cada tapiz en las paredes y muebles grandes. No importa lo que rompáis, buscad una puerta o trampilla secreta.

—¡Señor, sí, señor!

En el despacho del comisario hay dos monitores en esta ocasión, en uno se muestra en pantalla partida lo que ven Cristina y Livia a través de cámaras en sus cascos, en el otro sigue la cuenta atrás con la niña desesperada, aunque no lo parece tanto como el animal que camina alrededor de ella con cada vez más gruñidos, tal vez salidos de su garganta, tal vez de su estómago vacío.

Cinco minutos y medio.

—¿Quién coño sabe cuándo tendrá hambre un bicho como ese? —pregunta Nuria, sentada con el comisario y Víctor en el despacho.

—Tal vez el malnacido que lo ha maltratado para que aguante sin comer todo ese tiempo y sin protestar demasiado.

El comisario toma el micrófono de nuevo, no quiere hacerlo, sabe que en una incursión las prisas que se meten desde arriba suelen provocar el efecto contrario, pero Cristina sabrá contenerse y dosificar la información.

—Cris, el diablo de Tasmania está muy nervioso, nos quedan poco más de cinco minutos.

—Te copio, estoy en ello. —Y la inspectora jefe empieza a caminar más deprisa.

El lugar es enorme, estancias de más de veinte metros cuadrados, algunos salones de casi cien, y no se termina nunca. Muebles, cuadros, tapices, alfombras.

No dejan nada sin remover y escudriñar.

Cuatro minutos y medio.

El diablo de Tasmania grita, antes no lo habían oído hacerlo y Nuria comienza a llorar.

Un salón, un dormitorio, otro, una biblioteca, un cuarto donde guardan trofeos de caza, otro dormitorio.

Tres minutos.

El Diablo de Tasmania comienza a convulsionarse y correr como si estuviese persiguiendo una presa alrededor de la niña. Nuria no mira, Víctor se muerde las uñas, le tiemblan las manos.

Dos minutos.

Cristina llama a Livia.

—Dime.

—Esto es muy grande.

—Busquemos donde sea más fácil para ellos meter a la chica.

—A la chica o a cualquiera que encierren en un zulo.

—Comida.

—¿Qué dices?

—Si encierras a alguien, tienes que alimentarlo para que no se muera; y mejor tenerlo cerca para no recorrer toda la casa cada vez que le llesves comida.

—La cocina.

—¡La cocina!

Un minuto.

El diablo se para frente a la niña, esta grita de una forma desgarradora, como si supiera lo que está a punto de pasar. A Marcos, Víctor y Nuria se les para el pulso y la respiración. No quieren

mirar, pero tampoco son capaces de apartar la vista. El diablo se lanza, le muerde una pierna a la altura del muslo y la pequeña ahoga un grito sordo. Nuria se desmaya cuando ve el trozo de carne del mordisco. Víctor vomita en el suelo. La niña se ha desmayado también. Solo Marcos aguanta, como puede, y grita:

—¡Por Dios, entrad ya! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Entrad ya!

Cristina encuentra una puerta oculta tras una alacena en la cocina, no tiene cerrojo, abre y se adentra en la oscuridad sin importarle las consecuencias, sin saber quién la podría esperar al otro lado. A su espalda, igual de suicidas, la siguen Livia y cuatro agentes más.

Una mascota

Cuando despierta; o mejor dicho, cuando la despiertan, Nicoleta piensa que sigue en aquella cama tan cómoda, pero no es así. Ojalá.

No puede moverse, al menos no puede mover las manos y las piernas. Está sentada en un lugar oscuro y húmedo, hay un olor raro a su alrededor y le cuesta un tiempo asimilar todo lo que la rodea, especialmente el horrible animal que la mira con pequeños ojos oscuros y un hocico que parece tratar de analizar cada una de sus células, seguramente para saber si son comestibles.

Se queda quieta, tanto como puede, mientras el bicho camina a su alrededor emitiendo una respiración muy fuerte. Ante ella, además de un molesto foco de luz, hay una cámara de vídeo, pero Nicoleta no sabe lo que es y no le presta atención.

Tiene ganas de llorar, pero se contiene. Lo hace porque no quiere enfadar al bicho, lo hace porque no quiere enfadar a los que la han metido allí, lo hace porque el miedo es sabio y susurra a su oído. Lo hace porque descubrió el secreto de Santa Claus. Sí, es eso. Está convencida. Ha tenido mucho tiempo para pensarlo durante el viaje. Se levantó esa noche demasiado pronto y recibió el castigo por su impaciencia: un jersey feo en lugar de la bonita muñeca. Lo que le dijo su madre entre sueños fue para mortificarla. Ahora lo ha perdido todo, familia, casa, seguridad...

Nunca debió levantarse tan temprano, nunca debió cuestionar a Santa, nunca volverá a protestar.

Llora, llora de forma comedida, se siente estúpida. Llora pensando que eso servirá como muestra de arrepentimiento.

Llora hasta que oye la voz por el altavoz. Una voz que conoce a la perfección.

—Seguro que siempre quisiste tener una mascota —dice el tipo de los dos dientes de plata—, disfruta ahora de su compañía, se quedará contigo hasta el final.

Y la conexión se corta tras una risa sádica.

Engaño

Marcos grita con todas sus fuerzas, aunque no puede describir lo que el diablo de Tasmania le está haciendo a la niña, ni siquiera encontraría las palabras para hacerlo. Al otro lado de la conexión, un grupo de policías arriesga su vida corriendo escaleras abajo en la oscuridad.

Cristina llega a una puerta de madera, parece maciza pero huele a podrido. El pomo no se abre, así que le da una patada, con tanta fuerza que la parte en dos. Siente el ímpetu de Livia tras ella, empujando por atravesar incluso su cuerpo y ocupar su posición. Se frena un segundo e impulsa con su cuerpo a la oficial hacia atrás. Oye cómo la chica cae sobre los agentes que la siguen. Aprovecha esos segundos de ventaja y entra con el arma en la sala, esperando abatir al pobre diablo, nunca mejor dicho, que está a punto de devorar a la niña.

Y, de repente:

—¡Atrás! ¡Atrás! —grita.

Livia solo ve oscuridad al otro lado de la inspectora.

—¡Atrás, es una orden!

Obedecen todos menos la oficial, que espera el momento de poder avanzar cuando la inspectora se descuide. Lo hace en un arrebato.

¿Quién podría impedirle ver lo que pasa allí? Su nombre estaba en el papel donde aparecía el enlace al vídeo. Ella es el motivo de que Mihai haya llamado y programado esta locura. Ella comenzó el ciclo y ella lo terminará. Nada ni nadie en este mundo le impedirán ver el resultado, llegar la primera, ser la que redacte el informe o la que reciba la primera bala en la incursión. Y en su vida.

Y la merecería.

«Vaya si la merezco».

Livia no sabe cómo ha sido capaz de zafarse de las tenazas de acero que suponen las manos de Cris, pero es consciente de que ha cumplido su objetivo, de que está donde quiere estar. Abre los ojos en la oscuridad, observa, olfatea, trata de sacar alguna conjetura válida a lo que tiene delante. No lo consigue. Y se agacha a vomitar.

Marcos sigue observando las dos pantallas, en las dos se muestra el mismo escenario, pero con diferentes espectáculos. Nuria y Víctor siguen con sus estómagos vueltos del revés, pero tratan de ayudar al comisario a descifrar lo que ocurre ante sus ojos.

En la pantalla de la derecha, iluminado por un foco, hay un monstruo hambriento devorando a una pobre niña, ya muerta.

En la pantalla de la izquierda, la que muestra lo que Cristina y Livia ven, hay un cuarto a oscuras y con docenas de huesos en el suelo, alrededor de la misma silla que ocupa la niña en la otra pantalla. Es el mismo escenario, pero no muestran la misma función.

—Nos la han jugado —murmura Marcos, Nuria asiente—. Malditos hijos de puta.

Un teléfono móvil sin porno

Tras el viaje de regreso, en silencio y con la sensación de haber caído en la estafa de un trilero aficionado, Cristina y Livia trataron de dormir unas horas, claro que la noticia de que todo había ocurrido meses atrás les impidió conciliar el sueño a pesar del cansancio acumulado. Unas horas más tarde tenían una reunión en la comisaría, otra dura y larga jornada de trabajo. Aunque los ánimos y la motivación habían desaparecido casi por completo.

«¿Qué importa ya? La niña no va a resucitar».

El cerebro trata de buscar la solución más lógica para solventar las carencias del organismo. Abandonarse y descansar, tanto cuerpo como mente, y recuperarse al cien por cien. Pero luego están el corazón y el estómago, que se alían para no olvidar lo vivido y empujar con fuerza, como un chute de adrenalina, hasta desempolvar esa caja tantas veces enterrada dentro de una fosa de hormigón armado, la caja de la venganza.

«La niña no va a resucitar, pero ellos no volverán a hacer daño nunca más».

La forense Maite Redondo se ha desplazado a la comisaría para detallar todo lo obtenido y analizado por uno de sus colegas en el escenario del crimen. Ya han pasado tres días del fallido rescate y de las reuniones posteriores para intentar descubrir en qué habían fallado. Rostros alicaídos y gritos de frustración que se mezclaron con susurros de fracaso. Necesitaban un respiro y Marcos se lo concedió; ¿qué otra cosa podrían hacer? El caso se había malogrado y la siguiente línea de investigación necesitaba planificarse desde cero.

Tras ese breve pero merecido descanso, vuelven a coincidir en la cocina para una reunión y afrontar el caso como nuevo. Ya no se trata de un rescate, sino de capturar a un secuestrador y asesino. Toda la planificación y estructura del caso ha cambiado radicalmente. En la gran televisión se muestran las fotos al detalle de lo que el doctor encontró sobre la escena y luego el trabajo en el Instituto Anatómico Forense.

—Mirad la disección de este hueso, parece un trozo de tibia y lleva unos tres meses descomponiéndose. El análisis de una sección de un fémur del diablo de Tasmania nos ha dado el mismo periodo. ¿Veis este detalle de la mandíbula? Pues indica que...

—Maite, por favor, haz un resumen para que nos sea más llevadera toda esta mierda.

—Cristina, yo no tengo la culpa de que vuestros estómagos sean tan delicados, ¿vale? Me habéis llamado para saber todo lo que ha ocurrido y eso es lo que trato de detallar. No creáis que me gusta venir aquí para esta mierda y...

—El pequeño tiene cólicos otra vez.

—Cómo me conoces. Sí, estuvimos anoche en urgencias, se pone fatal algunas veces con determinadas mezclas de alimentos. Menuda noche nos ha dado, no he pegado ojo. Seguro que el día de mañana necesita un trasplante de hígado.

—Lo bueno es que su madre podrá conseguirle un hígado fresco en cuestión de pocos días, ¿verdad?

Todos en la cocina observan a Cristina con un semblante aterrado. Ella les devuelve la mirada sin parpadear.

—Y ahora que tengo la atención de todos, sigamos con esta mierda de caso. Quiero atrapar al cabrón responsable de la muerte de la niña.

—Joder, Cristina —suspira Víctor—, me habías asustado con todo eso de los órganos.

Cristina, Marcos, Livia y Maite no dicen una palabra, ni mueven un músculo cuando la primera pide a la forense que continúe.

—Hace tres meses que falleció la niña, a consecuencia de ser devorada casi por completo por el diablo de Tasmania, que murió días después por no tener suficiente agua para hidratarse. La bombilla del foco que iluminaba el cuarto se fundió después, semanas o meses, eso no importa.

—¿Y dónde está la cámara de vídeo? —pregunta Cristina en nombre de todos.

—Lo sabes perfectamente —murmura Marcos—. Grabaron la escena para usar el vídeo como extorsión.

—Un solo vídeo y podrían usarlo como chantaje para conseguir lo que quisieran. Una y otra vez, incluso.

—Eso es.

—Burlaron a nuestros informáticos haciéndoles creer que se trataba de una señal en directo, eso no es algo sencillo. Ahora se lo tomarán como algo personal y tratarán de encontrar con más ahínco que nunca el origen de la señal desde la que se emite. Dudo que cambien de ruta en el servidor, eso es demasiado caro. Si damos con el origen del vídeo, damos con el paradero de Mihai, tal vez también del perista que lo ha contratado y del millonario que está detrás de todo.

—Cristina, no vayas tan deprisa, esa gente cubre sus huellas de un modo que hace casi imposible dar con ellos. Pero podemos conformarnos con Mihai.

—Yo sí me conformo con él —dice Livia.

Marcos interviene para que la reunión no se le escape de las manos.

—Irene, fotocopias de cada avance para todos. Cristina, sigues al mando, gestiona los recursos como estimes oportuno. Nuria, sigue buscando la señal. Livia, cálmate y espera tu momento. Los demás, seguid así. Y ahora... todos a trabajar.

Livia no va a su mesa, sino a la planta superior, busca al responsable de la brigada forense informática, Gonzalo Herrera. Antes atraviesa la Nave Enterprise, así llaman en la comisaría a la zona donde la policía científica tiene sus instalaciones, decorada íntegramente con cristal, aluminio y muebles lacados en blanco. A través del pasillo, Livia observa los cubículos que se mantienen siempre a la misma temperatura, humedad y libre de agentes externos para realizar los análisis sobre las pruebas obtenidas en los casos. La chica siempre ha pensado que todo lo interesante que parece aquello no es más que un espejismo, pues los agentes solo salen de allí para analizar lugares con esos trajes de astronauta que deben dar un calor horrible, además de pasarse luego horas mirando por el microscopio o lo que sea que hagan aquí.

«Qué horrible, buscar basura entre las uñas de un muerto para luego analizar durante horas cada átomo que hayan sacado».

Ya ha llegado a su destino y Herrera la ve entrar con cara de pocos amigos.

—Eh, no pagues conmigo lo que sea que te ha hecho o dicho otro.

Ella lo señala con el dedo y él se estremece.

—Tranquilo, eres tú el que me ha fastidiado estos tres días. ¿Sabes lo difícil que es para alguien de mi edad no tener móvil?

—Lo imagino. Pensaba que tendrías otro en casa o lo pedirías prestado para que yo te duplicara la tarjeta.

—¿Puedes hacer eso?

—Claro.

—¿Y por qué no me lo dijiste? ¡Tres días ociosa sin teléfono!

—Pregunta la próxima vez. Por cierto, hablando de tu teléfono, se ha roto al intentar manipularlo para extraer la información.

—¿Qué?!

—Es broma, menuda cara has puesto.

—Tío, tenéis aquí un concepto de bromas que no comparto. Un día saco el arma y le disparo a la rodilla al gracioso que me pille en un mal momento.

—Venga, mujer, no te lo tomes así, que vas a recuperar el teléfono ahora mismo. —El técnico rebusca entre sus cajones, todos llenos de cachivaches, cables y aparatos a medio montar o desmontar.

—Tío, menudo caos, no sé cómo no te lías con todo eso.

—Es imposible, cuando tú mismo eres el que pone esta mierda aquí, sabes dónde está cada cosa a la perfección.

—¿Sí? Pues llevas cuatro cajones y todavía no has dado con mi teléfono.

—Aquí, por fin.

—Ese no es. Déjate de bromas.

—¿Cómo que no? He estado horas destripándolo y teniéndolo conectado a mi ordenador.

—Pues no es ese. ¿Me lo has perdido?

—A ver, no nos pongamos nerviosos...

—Que sí es ese, te estoy tomando el pelo. No me mires así, empezaste tú.

—Joder, ya pensaba que tendría que estar otros tres días haciendo exactamente lo mismo con otro terminal. Por cierto, para que te lo puedas llevar y seguir con tu trabajo, te comento lo que he encontrado. De las dos llamadas recibidas del sospechoso no hay constancia. El emisor usó un programa que crea una imagen, llámala fantasma, en el terminal del receptor. Tú ves que entra una llamada con número oculto o desconocido, aceptas la llamada y hablas; luego, al colgar, la imagen desaparece de tu terminal al cabo de unos segundos y se lleva todo rastro.

—No sabía que eso se podía hacer.

—Se puede hacer de todo. El caso es que existen muchos programas en la red para conseguirlo. La mayoría son chapuceros y solo engañan al receptor, pero son fáciles de descifrar por técnicos como yo. Pero no ha sido así en este caso, para llamarte usaron un programa de muy alto nivel.

—¿Quieres decir que puede llamarme las veces que quiera y nunca podríamos rastrear la llamada?

—Ahora ya no podrá hacerlo. Es lo segundo que quería decirte. He instalado un programa de mi propia creación, lo llamo Tela de Araña. Cuando vuelva a llamarte, si lo hace, la imagen fantasma quedará atrapada y no podrá borrarse. Es la forma más sencilla que tengo de explicártelo.

«¡Eso es genial!».

—¿Pero eso es genial! Tendremos su posición y podremos seguir sus movimientos.

—No tan rápido. Cuando el emisor de la llamada cuelgue, el programa le notificará un error en la ejecución, así que tu criminal se deshará del teléfono en el acto. Solo tendréis el punto desde el que hizo la llamada.

—No es poco. Si ese imbécil de Mihai me llama desde su casa, un negocio propio o algún sitio donde lo conozcan, será sencillo atraparle.

—Me alegro de serte de ayuda. Por cierto, si hubieras venido tras la primera llamada, te habría instalado el programa y lo habríamos podido localizar cuando te llamó por segunda vez.

—Ya lo sé, es lo que pasa cuando obras por tu cuenta, sin contar con el resto del equipo.

Herrera la mira de forma paternal, como casi todos en la comisaría.

—Tu equipo no sois tú y tu compañero, o tú y la brigada de homicidios. Sino todos los que estamos en este edificio, más los del anatómico forense y más de dos mil asesores externos para consultar. Esto no es una película ni una novela negra americana de los años treinta, aquí hay que usar la cabeza, no las tripas.

—Hablas como Navarro.

—Gracias.

Livia le regala su mejor sonrisa como despedida y se levanta de la silla.

—Espera.

—¿Sí? ¿Hay algo más?

—Lo más inquietante de todo, de hecho, es lo más raro que he visto jamás en todo el tiempo que llevo aquí.

Livia se preocupa, mira su teléfono en la mano como si fuera a explotar en ese momento. Herrera nota su desasosiego y añade:

—Tu móvil es el único que no tiene porno de los que he inspeccionado en mi vida. Ni fotos y vídeos personales, ni descargados de internet o recibidos de contactos, ni siquiera hay páginas porno en el registro de tu navegación.

—¿Tú miras eso?

—Procedimiento estándar.

—Pero qué guarros sois todos en esta comisaría, solo pensáis en eso.

—No me has dado una explicación.

Ella se marcha y desde lejos grita, oyéndola todos los del departamento:

—¡Tengo veinte años y estoy muy buena, no necesito porno cuando estoy caliente!

Coma

—¿Qué tal estás, grandullón? Cada día te veo más delgado. Y creo que necesitas un afeitado para perfilar la barba y dejar ese cráneo pelón, ¿verdad? Como a ti te gusta. Pues me pongo con ello en cuanto termine de comer, que estoy famélica.

Hace meses que Nuria no va al bar Manolo, casi ni recuerda qué conversaciones mantuvo con sus compañeros esa última vez. Le viene bien para la dieta que se ha propuesto seguir; hoy comerá una ensalada de arroz con atún, maíz y dados de queso feta, acompañada de una botella de agua mineral. Si estuviese en el bar restaurante al que suelen acudir más de la mitad de los policías, se habría zampado dos platos de los que prepara la mujer de Manolo para saciar a un policía patrullero de noventa kilos, no para una chica de cincuenta y cinco kilos que no se mueve del escritorio en casi todo el día. Había perdido ya cuatro kilos, pero el inspector David Sobrá la superaba con más de quince.

—La dieta de suero te está dejando en los huesos, no te vas a reconocer cuando despiertes. Ya me estoy imaginando el atracón que te vas a dar en cuanto te dejen salir. Creo que Marcos hablaba el otro día de colar una pata de jamón en el hospital. Dice que lo más complicado será el cuchillo jamonero. Bueno, ya pensaremos en algo, yo creo que te aviarás con los dientes, ¿verdad?

Unos minutos antes, por el camino, Nuria ha saludado a todos los guardias de seguridad y a la mayoría de enfermeros y celadores con los que se ha cruzado por los pasillos, ascensor y salas, ya los conoce por sus nombres de pila y la confianza adquirida hace que incluso se pregunten por cómo les va, cómo está la familia o qué han hecho el fin de semana. Eso no suaviza en absoluto la inquietud que le hormiguea bajo la piel cada vez que recorre esos pasillos. Si antes no le gustaban los hospitales —¿a quién sí?—, ahora mucho menos.

Lo único bonito, si puede definirse así, es que sueña con que entrará en la habitación una tarde de estas y verá a David despierto, o que despertará estando ella allí. Lo abrazará y llorará como una boba, incluso tendrá que contenerse para no decirle que le quiere.

—Solo a mí se me ocurre enamorarme de alguien justo cuando entra en coma. Qué desastre. Pero no me voy a rendir, él no lo haría tampoco, ¿verdad?

—Hola guapa, otra vez te pillo hablando sola.

—Es verdad, tendría que hablarle a él. —Nuria se levanta y le da dos besos a Salvador, el padre de David. No se parecen en nada, se trata de un hombre enjuto, entrado en la sesentena y con una mata de cabello negro en la cabeza por la que su hijo mataría.

—No sabía que venías hoy.

Nuria no le cuenta que va prácticamente todos los días, aunque no siempre a la misma hora.

—Me alegro de coincidir contigo, Salvador, así me sigues contando cosas de David, te quedaste la última vez en los doce años, cuando se partió un brazo tras caerse de la rama de un árbol.

—De pequeño era una cabra loca, no paraba de saltar, subirse a los árboles y capturar todo tipo de bichos. Por cierto, cuando despierte, se sorprenderá de que conozcas más de su vida que él mismo. Pero antes de seguir con la biografía que me estás sacando por capítulos, y mientras te terminas la comida, te cuento el del tipo que entra en una librería y pregunta por libros para el cansancio; el librero le responde que sí tiene, pero están todos agotados.

—Ese es más malo que el de la última vez. Pero, al menos, no me cuentas chistes guarros como los de David.

—Jamás a una dama.

«Dios, qué buen cóctel saldría si este hombre cediera detalles tan bonitos de su personalidad a su hijo».

—Al final harás que me sonroje.

—Las chicas de ahora no os avergonzáis por nada, habéis visto y escuchado de todo. ¿Qué dijiste? Ah, sí, que me había quedado en los doce años. Pues a los trece David entró en el instituto, y le dio por dejarse el pelo largo. Aquí, en Huelva, sin ser un *heavy* de esos, todos en el barrio pensaron que se había vuelto marica, pero ese rumor no duró ni un mes, porque empezó bien rápido a coleccionar novias como los chicos de su edad aún coleccionaban cromos. A veces se le veía con cinco o seis chicas la misma semana. ¡Y tenía trece años! Su madre y yo pensábamos que acabaríamos teniendo un disgusto. Ya sabes, temíamos que apareciese algún día una niña con sus padres en la puerta de casa, pidiendo explicaciones por la barriga de la cría. Pero fíjate, han pasado más de dos décadas y no ha tenido hijos. Que yo sepa, claro. A David no le gustaba mucho estudiar, salvo libros de animales, así que dejó de ir a clase muy pronto y...

Una visita

Cristina se marcha del bar restaurante tras terminarse el primer plato, no necesita comer más. En la comisaría, al regresar, se encuentra con la dotación mínima para atender denuncias, que milagrosamente se reducen un ochenta por ciento durante la hora de la comida.

Camina hasta su despacho y cierra la puerta tras entrar. Se sienta en su sillón y trata de concentrarse bajo el relativo silencio que puede disfrutarse en momentos como este. Por toda la pared de cristal que separa el despacho de la sala común, hay fotos de personas y lugares, relaciones de movimientos, informes de forenses y científica, fechas... En el centro de esa maraña de información, por ahora caótica, está la foto de Mihai, el malnacido que cambió la vida de Livia, además de arruinar —o acabar, directamente— con la de centenares o miles de niñas y adolescentes en las últimas décadas. Hay muchos como él, la trata de mujeres es un cáncer que pudre el continente, aunque todo se calla para que, tanto los países exportadores de vidas como los que las importan, sigan vendiendo la utopía de que son seguros y sus ciudadanos disfrutan de un bienestar ejemplar. La realidad es que en pleno 2021 la vida de una niña guapa no vale ni dos mil euros en Rumanía, Croacia, República Checa o Ucrania; lo que le ocurra luego en España, Francia, Alemania o Libia, es lo de menos. Una vez el secuestrador haya cobrado cinco mil por ella, su futuro no le importa a nadie, como si la usan para grabar un vídeo en el que varios perros de presa la despedazan. Hay enfermos de todo tipo buscando por la red ese tipo de contenidos, pagan lo que sea por él.

A medida que la inspectora avanza en su periplo por el oficio que eligió, va dándose cuenta de lo podrida que está una parte cada vez más grande del mundo. Y lo que ocurre con cualquier fruta es lo que acabará sucediendo a su alrededor, que el contacto hará que todo se pudra y hieda.

Mihai tenía una red de trata de blancas, especialmente niñas y preadolescentes, las vendía en burdeles clandestinos, de esos con clientes que llegan con chófer y no piden el listado de precios, así como los que regentan los negocios tampoco ponen pegas ni hacen preguntas sobre lo que el cliente piensa hacer —o ya ha hecho— con la niña. Solo pensarlo y a Cristina le dan ganas de vomitar.

«¿Qué entra y qué sale? ¿Entra una niña inocente y virginal? Seguro que sí. ¿Qué queda de ella cuando un depravado, enfermo y sádico se sacia sin límite alguno? El mundo es horrible. El mundo debería sufrir una catástrofe como la de los dinosaurios y que nos fuésemos todos a la puta mierda».

Ahora Mihai se dedica a conseguir cualquier cosa que no sea especialmente difícil para sus contactos y patrones. Un respiro para las niñas, no muy duradero porque seguro que otro ocupa su lugar ahora. Seguro que las obras de arte incautadas son sus objetivos favoritos. A la inspectora eso le importa una mierda, un lienzo pintado hace quinientos años o un trozo de cerámica creado por el artista de moda en Florencia durante el Renacimiento. No son vidas humanas, menos aún de personas tan vulnerables como las niñas que usa como incentivo para que improvisados colaboradores, como Livia, trabajen para él con presteza, creyendo que pueden salvar a la pobre desgraciada que lleva meses muerta.

Si tuviera un ápice de compasión, Cristina diría que ha sido todo un detalle usar el vídeo de una sola niña para todas las extorsiones que haya cometido, pero con un tipo así no cabe un solo

átomo de compasión.

«Un tipo así debe morir, no ir a la cárcel».

Debe apretar al propietario de la finca en la que encontraron el cuerpo de la niña, que diga todo lo que sabe de quién se la tenía arrendada hace tres meses. Tiene que seguir buscando el servidor donde está alojado el vídeo, eso es un hilo importante del que tirar. También espera la posibilidad de que Mihai quiera vengarse de Livia, por eso la tiene vigilada sin que ella misma lo sepa. Va a exprimir en otro interrogatorio a los dos secuaces, aunque le cueste el puesto, ya que los de asuntos internos han metido el hocico tras la paliza y no pararán de husmear hasta tener un hueso de inspectora entre los dientes para roerlo.

Dos golpes en la puerta, debe de ser alguien ajeno a la comisaría, pues allí nadie llama antes de entrar.

—¿Se puede?

A Cristina se le ilumina la cara, ante ella están dos de las personas que más quiere en el mundo.

—¿Qué hacéis aquí?

Pablo Aguilar responde acercándose a ella y dándole un beso en los labios. La pequeña Evita salta y se abraza a su madre.

—¡Mamá! Hoy hemos encontrado un tesoro alucinante en la isla de los piratas, tenías que haber venido. No sabes cuánto dinero, soy rica.

Cristina mira a Pablo con intriga, este le guiña un ojo.

—¿Sí? Pues a ver si te llega el dinero para pagar toda la hipoteca y así mamá dejará de trabajar.

—¡Sí! Había muchas monedas, ya lo verás.

Besa a la niña, esta no suelta en ningún momento a la muñeca que abraza, y luego se pone de nuevo en pie para hablar con su marido.

—¿Mucho lío? —pregunta él—. Pensé que, tras el descanso de estos tres días, te lo tomarías con más calma.

—¿Cómo sabes que no me lo estoy tomando con calma?

—Recuerda que soy el mejor policía que conoces.

—Ilústrame, *monsieur* Poirot.

—No están Marcos, Víctor ni Nuria, así que, o no has almorzado o has vuelto tras comer lo justo y poder continuar con el caso. Además, no solo no nos has visto mientras nos acercábamos por el pasillo, sino que tenías esa cara que pones siempre al calcular ecuaciones de tercer grado.

—¿De tercer grado? Las matemáticas se me daban fatal.

—Por eso, deberías respirar hondo antes de tratar de descifrar el caso cuando queda mucho por averiguar.

—Está bien, está bien. Y vosotros, ¿habéis comido?

—¡Sííí! —La niña está jugando con la muñeca sobre la impecablemente limpia y recogida mesa de Víctor—. Hemos comido croquetas y empanadillas.

—¿En serio? Creo que el capitán Aguilar y yo vamos a tener una seria charla esta noche.

Pablo siente que hace más calor que nunca en aquel despacho, conoce a la perfección la mirada que Cristina le está dedicando.

—Bueno, en mi defensa tengo que decir que ir a la isla de los piratas nos ha llevado mucho tiempo y quemado muchas calorías. Y todos sabemos que no hay nada mejor para reponer energía que unas buenas croquetas. De todas formas, en lugar de dormir la siesta, hemos venido a pasear para hacer ejercicio. Luego, a la noche, ya tomaremos una ensaladita.

—Jo, ensaladita, no. Yo quiero patatas fritas y salchichas con ketchup.

Cristina deja de fingir enfado y sonrío. ¿Quién le iba a decir que el estirado y tímido capitán que conoció hace dos años en el despacho de Marcos iba a convertirse en el mejor padre del mundo para su hija?

«Os amo, a los dos por igual, por darme lo que me hace seguir pensando que la vida es maravillosa y que la humanidad tiene su punto positivo, después de todo».

Fue a decir algo, pero Pablo se adelantó.

—No te interrumpimos más, seguimos con nuestro paseo por la zona.

—Llegaré pronto para cenar. ¿Has dicho ensalada?

—Tu plato llevará como ingrediente extra tacos de pavo a la plancha.

—Iba a preguntar si habían sobrado croquetas, pero me vale con eso. —Abraza a Pablo con fuerza, a la vez que lo besa, y le arranca un quejido de protesta.

—Inspectora, no se extralimite.

La niña los observa, como siempre cuando se dan arrumacos. Sonríe como si acabara de descubrir un secreto inconfesable y a la vez repugnante. Luego se despide de su madre y esta ve marchar a su familia por el pasillo.

Otra vez a solas.

«Debería marcharme a pasear con ellos. ¿Qué hago aquí?».

Entonces se asoma a la puerta y mira la mesa de Livia, aún vacía, y recuerda el motivo que la ata al trabajo. La sangre vuelve a hervir en sus venas, el estómago se comprime, el pecho siente la presión y las ganas por acumular más aire para dar oxígeno a sus pensamientos; otra persona vomitaría por la reacción física de su cuerpo sumada a toda la información sobre el caso, sobre lo que Mihai ha hecho y seguirá haciendo.

Ella no, solo se sienta y respira hondo mientras mantiene la mirada fija en la fotografía en blanco y negro de la pared, la que ocupa el centro del mural del caso, la única que han podido conseguir del criminal a través de la policía rumana. Cristina no olvidará jamás la cara que puso Livia cuando le enseñó la foto, que tendrá más de quince años; la chica se descompuso al volver a ver al mismo diablo, a su diablo personal.

El suyo y el de innumerables niñas inocentes. La mayoría muertas.

Mihai

Tenía que ser el trabajo más sencillo de cuantos había afrontado. ¿El problema? Haber sometido bajo su autoridad y hasta el infinito a aquella niña de ojos grandes y temerosos durante más de dos semanas. Haber hecho con ella todo lo que quiso y más, y haberla destruido —o eso pensaba hasta hace unas horas— hasta las cenizas, le provocó un exceso de confianza. Un error a la postre imperdonable.

«¿Cómo has podido cometer semejante error, pedazo de imbécil?».

Solo tenía que poner un puñado de billetes en las manos de cualquiera de los agentes asignados al almacén de pruebas de la comisaría, pero quiso ahorrarse el dinero y demostrar su poder sobre la chica, acabó eligiendo el plan B. Usar el vídeo de la niña, por séptima vez desde que lo rodó, y contactar con Livia para que robase la estatuilla para él.

—*Porca miseria.* —A Mihai le gustan más los insultos en italiano que en castellano, y la mayoría de las veces lo hace también para parecer más interesante ante los palurdos de sus empleados.

Se bebe de un sorbo el vaso de vodka que tiene en la mano, sin hielo y caliente, como a él le gusta, un vodka que le traen desde Odesa, en Ucrania, y que le recuerda los tiempos de su niñez, cuando sus padres le hablaban de la miseria que la patria, Rumanía, había provocado para que ellos emigrasen. Como si el sur de Ucrania —el país entero— no fuese un puto vertedero. Allí permaneció hasta los veintitrés años, para entonces ya llevaba seis trabajando en una pequeña organización, aprendiendo el oficio, endureciéndose para sobrevivir en un mundo difícil en el que comes o te comen. Vives o mueres.

Nunca olvidará a la primera niña que vendió, fue una prueba para sí mismo y para los socios que contactaron con él, mayores, obviamente, y que cuestionaban su valía. Estaba a punto de cumplir los diecisiete y le pidieron que raptara a Daryna, de quince. Su novia.

Sí, su propia novia.

Casi tres semanas en un destartado y pequeño Fiat Uno azul marino cuya caja de cambios crujía cada vez que metía la segunda marcha. Casi tres semanas pasando frío y luego calor. Casi tres semanas hediendo por no ducharse ni cambiarse de ropa más que dos o tres veces. Casi tres semanas temiendo ser parados por la policía de cualquier país que cruzaban. Casi tres semanas oyendo las súplicas y llantos de Daryna, sobre todo por las noches, cuando sus dos compañeros de viaje la violaban. Él no lo hizo, le daba mucho asco, ya que él tendría que hacerlo el último. Era el nuevo, él siempre sería el último.

«A la mierda, nunca más seré el último, sino el primero».

Casi tres semanas de viaje para endurecerse al ochenta por ciento.

Cuando ya se había pulido los mil euros —esa era su parte por la venta de la chica—, una fortuna tanto en Ucrania como en Rumanía, decidió establecerse en su país de origen, mejor clima y chicas menos huesudas. Entonces volvió a viajar, esta vez con una niña de doce años, siempre rubia, de ojos azules y piel muy blanca; requisitos esenciales de los clientes. Él no lo comprendía, en su país era algo corriente y sin especial valor, pero no discutía. El cliente siempre tiene razón. ¿No?

Al entregar a la niña de doce años, le dijeron que Daryna había muerto dos días atrás de una

sobredosis de heroína. Tanto el dueño del burdel como sus dos socios examinaron su reacción. No parpadeó, luego él dijo: «espero que amortizaras lo que pagaste por ella». Todos rieron y brindaron por futuros negocios.

Ahí se endureció el veinte por ciento restante.

Mihai recuerda aquellos años. Conduciendo de una forma más loca esos coches pequeños y potentes. Sintiendo invencible junto a sus acompañantes. Se gastaban el dinero de semanas en una noche de póker o en cualquier otra apuesta absurda. Camaradería, honor, disciplina, casi como en el ejército en el que nunca estuvo, pero oía las anécdotas personales de sus compañeros, que pronto se convirtieron en sus empleados. Ninguno de aquellos dos sigue vivo, los primeros, cuando empezaba y no era más que un chaval. Así es el oficio. Por descartes, pronto se convirtió en el jefe y llegaron más subalternos, siempre fieles, obedientes, fuertes, sin escrúpulos. Eso último es esencial.

Correría el año 2002 o 2003 —¿qué importa?— cuando apareció Vasile pidiendo una oportunidad. Mihai, ese día borracho, le dijo que para demostrar su lealtad tenía que secuestrar y vender a su hermana pequeña. Aún hoy no sabe si se lo dijo en broma o en serio, pero ese cabrón lo hizo, incluso la violó durante el camino, como si fuese una desconocida. Puto loco ese Vasile... con esos dos dientes asquerosos de plata.

Con Vasile trabajó unas treinta veces, hasta dejarle el mando y pasar a otros negocios más lucrativos. Hasta hace unos meses. Ahora Vasile está en un calabozo de la comisaría por no comprender que hay que dar el salto hacia arriba a tiempo, dejar de ser un puto recadero o esbirro para dar órdenes y esperar en la seguridad de una casa que casi nadie conoce, esperar a que otros hagan el trabajo sucio. Esperar a que uno se vuelva tan invisible como inteligente en el negocio. Seguro que Vasile cuenta las horas que tardará Mihai en rescatarlo.

Pues que siga contando, pero sentado.

La puerta se abre y entra uno de los hombres de confianza de Mihai, en silencio y despacio, se acerca hasta inclinarse y susurrarle al oído:

—Está todo preparado.

—Bien, avísame llegado el momento. Si nos hacemos con la zorra, adelante con el resto del plan. Si algo sale mal, hay que abandonar el país antes de la noche. Joder, no quiero dejar este lugar, así que asegúrate de que todo salga bien.

El empleado asiente y se marcha en silencio. Mihai se escancia otro vaso de veneno de setenta grados, el único vicio que le queda, y que no logra desprenderse de él, especialmente en los días más complicados.

«Era una puta operación sencilla, ¿cómo coño se ha torcido todo hasta este extremo? No importa cuánto tiempo lleve uno en esto, ni lo bien que haya salido todo antes, no te puedes dormir sin tener una oreja alzada».

Se bebe el pequeño vaso de un sorbo, nota el fuego bajando por el esófago hasta explotar en su vientre, cada vez más hinchado. Se levanta del sillón con dificultad y camina hasta la ventana que da al jardín principal. Observa con una sonrisa amarga. Le gusta aquel lugar, lo ha convertido en lo más parecido a un hogar que ha tenido nunca. Una vez oyó que aquella ciudad remota y casi desconocida de España era la región de Europa con más horas de sol. Eso, unido a la playa infinita de arena blanca, hizo que no se pensara dos veces dónde comprar una casa para descansar de una vez. Se acabaron los viajes interminables en coche, con el culo apretado cada vez que pasaban ante la policía y soportando llantos desde el asiento trasero.

—Muy poco tiempo me han dejado descansar, ni una década siquiera.

Piensa en Livia, en el pánico que le tenía durante el viaje.

—¿Quién iba a pensar que un dulce *pizdã* como el tuyo iba a darme tantos problemas? Claro que te espera una última sorpresa, no voy a marcharme sin enviarte de nuevo al infierno del que nunca debiste salir.

Un llavero con forma de unicornio

La reunión es más por cumplir con la planificación que para informar de avances sobre el caso, ya que no hay ninguno. Los inspectores saben que las redes de trata de humanos, fuesen para sexo o esclavitud, se dividen en dos principales grupos: los que cuentan con una gran organización, con policía e incluso políticos comprados; y los de poca monta que viajan en coche durante tres mil kilómetros con la pobre desgraciada de turno que se hayan encontrado. Tanto las primeras, por contar con millones de euros en sobornos; como las segundas, por su ridículo impacto social, son completamente invisibles.

En la actualidad Mihai se dedica a otros menesteres, quizás por ahí fuese más fácil encontrarlo, pero eso no quiere decir que lo logren. Cometer errores suele ser algo relacionado con la mente, con la toma de decisiones, con la seguridad y la confianza, que son dos ases en la mano, a la espera de que la baraja entregue uno o dos más: suerte y buen hacer, pero que a menudo pueden dejarte con el culo al aire con una miserable pareja frente a un trío ganador. La organización de Mihai ha obrado tan bien durante décadas, que la policía no los tiene fichados ni por una multa de tráfico. Tantos años, quizás décadas, demuestran el talento y la precisión de sus acciones. Pero acaban de cometer un error, intentaron secuestrar a una oficial de la Policía. Si Cristina no hubiera estado siguiendo cada paso de Livia...

El caso es que han cometido el error y eso no es lo habitual.

Los dos detenidos siguen en el hospital, aunque no han dicho una palabra de la organización, menos aún de su jefe ni de dónde se esconde.

—Entonces, ¿no tenemos nada? —Marcos quiere volver a sus tareas y apremia a Cristina. Allí también están Víctor, Livia y Nuria.

—Quiero volver a hablar con los dos detenidos, quiero hacerlo las veces que haga falta, es lo mejor que tenemos para llegar a Mihai y dismantelar su organización.

—¿No has sacado nada del alquiler de la finca en Córdoba?

—Se alquiló hace un año a nombre de un ciudadano ruso, la policía de Moscú nos ha confirmado que se trata de un exmilitar fallecido hace doce años. Quien alquilase la finca lo hizo con documentación falsa. El propietario estaba asustado porque lo hizo sin legalizar el contrato para no pagar impuestos. He hablado con él por teléfono y nos asegura que eran tipos bien vestidos, educados, extranjeros sin saber de dónde y que pagaban en efectivo a través de envíos en sobres a su domicilio. No sabe nada más, aparte de que se marcharon sin decir nada y él se dio cuenta cuando dejó de recibir la mensualidad.

—¿Ha reconocido a los dos detenidos?

—No. Dice no haberlos visto nunca. Me lo creo, el de los dos dientes de plata tiene una cara de esas que uno no olvida.

—¿Habéis identificado a la niña?

—Tampoco; las autoridades rumanas, polacas y del resto de países en los que operaba esta banda no tienen ningún caso de desaparición que se corresponda con la fotografía que enviamos de la niña: el fotograma del vídeo. Algunos de los inspectores con los que he hablado me han dicho que es posible que fuese huérfana, secuestrada de un hospicio que no haya denunciado el caso, o que toda su familia pueda haber sido asesinada para llevarse a la cría.

—Joder... Bueno, seguid insistiendo. Si hay un familiar que quiera saber de ella o tener sus restos en su ciudad, en lugar en la otra punta del continente, pues tenemos que hacer lo que esté en nuestra mano por ello. —Cristina asiente—. ¿Tenéis algo más?

—Eso es todo.

—Pues espero que el caso avance más deprisa. No confío mucho en la línea de interrogatorio a los dos detenidos, pero intentadlo por si logramos algo, yo presionaré al juez para daros el permiso pertinente.

—Tal vez si los interrogas tú —apunta Cristina mirando a Livia.

Los presentes miran a la joven oficial, que está dibujando un círculo infinito con el dedo sobre un poco de azúcar que se ha derramado sobre la mesa.

Esta levanta la mirada y vuelve a la mesa, y sigue con los círculos.

—No. —Es tajante y Cristina no insiste más.

—¿Y la señal del vídeo? ¿Huellas en el coche en el que intentaron el secuestro? ¿El teléfono de Livia?

—Aún nada.

—Ya me lo temía. Seguid con el caso unos días más, dadme progresos esta semana, ¿entendido?

No espera respuesta, el comisario se marcha de la cocina.

—¿Qué ha querido decir con unos días más? —pregunta Livia, con el dedo detenido en mitad de un círculo.

—Los casos tienen una vigencia, si no se avanza con ellos, se deben archivar.

—¿Archivar? ¿Es una puta broma?

—Livia...

—Intentaron secuestrarme, querían una obra de arte incautada, mataron a esa niña... ¿Cómo vamos a dejar que se archive el caso?

—Teníamos la obligación o responsabilidad de llegar a tiempo y salvar a la niña, ese era el caso primario. Una vez encontrado su cuerpo, el caso es otro, el de descubrir a los asesinos. Si no avanzamos estos días, pasaremos a otro caso.

—Joder, joder.

—Tranquilízate, ya es una suerte que Navarro y yo no te hayamos apartado por la implicación emocional con tu pasado. Haz tu trabajo y deja la toma de decisiones para los demás. Bastante has provocado ya con la idea que tuviste de solucionar esto en solitario y por la vía rápida.

Livia agacha la cabeza.

—Vamos, todos sabéis lo que hay que hacer: mover el culo y encontrar algo que nos acerque a Mihai antes de que acabe la semana, o todo este esfuerzo no habrá valido para nada.

Cristina observa cómo se marchan en silencio. No le gusta ser dura con Livia, con ella ni con nadie, pero es lo que debe hacer para evitar que se descontrole la brigada. La tarea debería ser de Víctor, pero es mucho pedir que el subinspector alce la voz y se imponga ante un compañero, mucho más si se trata de la bomba de relojería rubia que, en tan solo unos pocos meses, ha revolucionado por completo la comisaría.

Quiere atrapar a Mihai, quiere mirarlo a los ojos y decirle que todo lo que ha hecho le ha estallado en la cara y que tendrá que pagar por ello. Pero para lograr su objetivo necesita que cometa un error o que ellos tengan suerte en la búsqueda de las pruebas que tienen. Cristina no es optimista. Nunca. Ahora mucho menos. El registro del vehículo indicará que fue robado un par de horas antes y que solo tiene huellas y fibras de los tres ocupantes. La señal de vídeo de la niña seguirá oculta entre un mar infinito de conexiones por el mundo, la mayoría en países que no

ponen las cosas fáciles a la hora de colaborar. Y el teléfono de Livia no volverá a sonar nunca más.

Seguro que la semana que viene estará con otro caso, detallando las tareas a realizar de cada colaborador y sin prestar atención a los semblantes de decepción —enfado en el caso de Livia—. Pero jamás, ninguno de ellos, será capaz de olvidar la cara de la niña del vídeo.

Jamás.

Marcos ha informado esta mañana a la inspectora jefe sobre la denuncia interpuesta por los dos detenidos. Ya tardaban demasiado. Lo cierto es que el comisario no está del todo convencido de que pueda salir indemne de esta situación, quizás le caigan unos meses de inhabilitación, pagar los costes del hospital y perder las opciones de ser comisaria el día de mañana. Eso último es lo que menos le preocupa, y unos meses de inhabilitación le vendrán bien para pasarlos con Pablo y la pequeña.

«¿Quién sabe? Tal vez funcione si me hago la víctima y pregunto al juez por las posibilidades que tendría una chica frágil como yo contra esos dos enormes delincuentes. “Señoría, no sé cómo se quitaron las esposas, luego comenzaron a pegarse entre ellos cuando supieron que había un corte en la electricidad del edificio y las cámaras no grababan. Pasé mucho miedo”. Si hay suerte y cuento con algunos jueces que conozco...».

Y regresa a su despacho. Lo primero que hace al llegar es llamar a los dos agentes que escoltarán a Livia durante esos días, aunque la chica ni siquiera lo sabrá.

«Livia... la clave está en Livia».

Cuando mira su reloj, a las nueve menos diez de la noche, se dice «¡qué demonios! Aquí poco voy a avanzar», y se marcha. Solo se despide de Irene, con una sonrisa, se siente agotada tras una semana como esa, en la que el caso la ha absorbido como nunca antes otro. El sol está a punto de ponerse, provocando destellos rojizos en su largo pelo rubio. Un taxista pita al pasar a su lado y, unos metros más adelante, desde un coche dos chicos jóvenes le dicen un piropo de dudoso gusto. Ella sonríe, aunque otras veces se ha sentido incómoda con los piropos.

Se dirige a casa, piensa en que no le apetece nada hacer la cena, además de la película que elegirá en Netflix para ver antes de quedarse dormida. Mejor en la cama, porque cuando se duerme en el sofá suele despertarse a las cuatro o cinco de la madrugada con la espalda destrozada.

Enfila el paseo de Buenos Aires, dejando la catedral de la Merced y la plaza a la que da nombre a su izquierda, como cada día, seguro que esa cuesta arriba interminable tiene la culpa de que su culo esté redondo y duro como dos caparazones de tortuga. Gira a la derecha en la calle Ginés Martín y respira al dejar atrás el calor que siente tras subir una pendiente tan pronunciada. Está sudando, pero no le importa, no está pensando en eso ahora. La sensación acuciante de que la están siguiendo monopoliza su mente.

Se lleva la mano despacio al pecho, bajo la cazadora sigue su arma, y quita el enganche de seguridad. Se para ante el escaparate de una agencia de viajes, trata de buscar en el reflejo del cristal a quien no se esté comportando de un modo natural a su espalda. No ve nada sospechoso, solo hay una señora en toda la calle, y sigue su camino.

Tiene hambre, eso es algo habitual, pero no va a comer más de la cuenta durante la cena o pasará una noche pesada.

«Menuda noche la del sábado pasado tras hartarme de costillas a la barbacoa».

Gira de nuevo a la derecha, en la calle Isaac Peral, ya está a pocos metros de casa.

Tengo que entrenar más, debería haber ido hoy al gimnasio. Chasquea la lengua con decepción, se está acomodando demasiado. Cuando estaba en la academia, apenas pisaba la casa para dormir unas pocas horas por las noches. Ahora está deseando llegar para tumbarse en el sofá.

Saca el llavero del bolsillo al llegar a la puerta, es enorme por culpa del unicornio de plástico rosa que le regaló Nuria unos meses atrás. Y entonces lo ve todo, pero sucede más rápido de lo que pudiera imaginar.

Cuatro grandes brazos, todos intentando golpearla, esquiva tres, el cuarto le da de refilón en la mejilla. Siente cómo arde y eso le da adrenalina para moverse más deprisa. Golpea la nariz de uno. El otro es más rápido y esquiva su directo a la mandíbula. Ella sujeta un antebrazo que se movía más deprisa de la cuenta, pero un puño aparece e impacta de lleno en su nariz. El sabor de la sangre a borbotones al tragarla, el mareo, el temblor de piernas. La señora en la calle grita histérica a poco metros.

«Mierda, me han roto la nariz».

No son delincuentes habituales, ni idiotas que presumen en el gimnasio. Se trata de profesionales que han hecho esto muchas veces. No tiene opciones. Lo sabe. Y lo confirma cuando no ve llegar el segundo puñetazo. Definitivo.

Fundido en negro.

El genio de la lámpara

Víctor bosteza mientras se viste, está sentado en el borde de la cama y observa en la penumbra del dormitorio el mueble de Ikea que montó la tarde anterior; bueno, estuvo liado con él hasta las once de la noche. Es una estantería de seis baldas que piensa llenar de cómics, compactos de música y películas en Blu-ray; esa tarea le llevará aún más que montar el puñetero mueble, ya que son seis las cajas de cartón llenas de tesoros que llevan apiladas en el salón desde que llegó a la ciudad, dos años atrás.

Piensa en hacerse un té, pero la urgencia con la que lo han llamado hace que no pierda un minuto más.

Aún no son las seis de la mañana y todos en la comisaría muestran su cansancio de un modo u otro: con bostezos, ojeras, tomar cafés de dos en dos, o suspiros y resoplidos. Pero ninguno de ellos lo hace como quien monopoliza la reunión en la cocina, la persona que los ha traído allí de forma indirecta y sin que ellos sepan qué ha ocurrido aún.

Marcos entra el último, también parece algo cansado, pero, sobre todo, muy preocupado. Igual que el resto de los presentes.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué es eso de máxima urgencia que nos dijiste por teléfono? —pregunta Nuria.

—Tenemos prisa, vamos al grano, Marcos —dice la benjamina del grupo, aunque no por ello la menos respetada.

Marcos levanta las manos para pedir silencio.

—Ayer Cristina salió de la comisaría a las nueve menos cinco, según las cámaras de vigilancia. Se marchó a casa caminando, como cada jornada. Allí la esperaba Pablo, ¿no es así? —El capitán sevillano asiente desde la esquina, temblando como un flan—. Cristina no ha llegado aún. Su móvil está desconectado y solo sabemos que dos tipos la asaltaron desde un coche, un Renault Megane blanco con matrícula FGC-4351, donde una tercera persona, el conductor, esperaba para salir a toda velocidad tras meter a nuestra compañera en el maletero. Lo sabemos porque una testigo lo vio todo, en su declaración afirma que se produjo una fuerte pelea en la puerta del edificio donde viven Cristina y Pablo. Asegura que la chica se defendió golpeándolos, a pesar de que eran grandes y la atacaron por sorpresa por la espalda. No sabemos nada más, la golpearon hasta que perdió el conocimiento y se la llevaron.

La boca abierta de todos, sin poder creerse lo que acaban de oír, aunque ya sospechaban al ver que la inspectora jefe no estaba en la reunión y sí su marido, que no es policía de esa comisaría. Antes de que las preguntas y los gestos de rabia monopolicen el momento, Pablo decide ser más productivo y pregunta:

—¿Qué tenemos del coche?

—Lo han encontrado unos guardiaciviles en un descampado de la zona norte, en Pérez Cubillas —responde el comisario.

—Manda un inspector allí para recabar información, pasarían a otro vehículo o están parapetados en el barrio. —Nadie dice una palabra en contra de que sea el capitán quien dirija el operativo.

—Ya lo he hecho, se encarga un buen policía.

—Y debemos peinar la ciudad entera —apunta Nuria—, todos los operativos a la calle, aunque haya que ir casa por casa.

—Tranquila —intercede Marcos—. Estamos dando el cien por cien, incluso contamos con dotaciones de la Policía Local y la Guardia Civil. Vamos a encontrarla.

—Qué sensación más extraña tengo en el cuerpo, necesito otro café.

—Mejor prepárate una tila, te necesito en el ordenador lo más calmada posible.

Nuria parece a punto de llorar. Igual que Livia y Pablo, pero estos dos lo disimulan con una rabia que no para de crecer en sus estómagos. La oficial de enlace informático prepara la tila para ella y el resto, aunque ellos rechazan sus vasos y estos acaban de vuelta al fregadero.

—¿Qué más tenemos? —pregunta Pablo, a la vez que mira por enésima vez su reloj.

—Los dos secuestradores, los que intentaron llevarse a Livia.

—Esos no hablarán, ya quedó claro en las últimas reuniones.

—Quizás sí. —Todos miran a la chica, más aún por haberse contradicho de su firme y primera opinión, el día anterior.

—Livia, Cristina se enfrentará a un tribunal por lo que les hizo a esos dos, y no sacó nada sobre el paradero de Mihai. No quiero más tonterías, usaremos el procedimiento legal.

—Quizás yo no tenga que tocarlos siquiera para que hablen.

—¿Conseguirías una dirección sin infringir la ley?

—He dicho sin tocarles, no sin infringir la ley. Necesito un pequeño favor.

—Algo me dice que no es tan pequeño.

—Tal vez, pero es lo mejor con lo que podemos contar.

—Dime.

—Quiero ser la Dama Blanca.

Tras el desconcierto inicial, Livia pide calma y unos minutos para poder explicar su plan. Marcos no parece muy convencido, pero Pablo, con una sola mirada, logra que se le dé el voto de confianza que la chica pide.

—No será igual que con Cristina, no podré darte la misma libertad. Además, ella estaba muerta, el criminal que perseguíamos no sabía que la tenía al acecho, así que el efecto no será el mismo.

—No quiero causar ningún efecto, solo que se mire hacia otro lado mientras hago algo ilegal, pero que nos ahorrará mucho tiempo. Y, tratándose de Mihai, cada segundo será importante.

La reunión termina tras dar Livia indicaciones sobre el trabajo de cada uno y Nuria se marcha a toda prisa para buscar dos direcciones que no serán sencillas de localizar, empleará día y noche si es necesario, sin comer, dormir ni ducharse.

Víctor pide activar el código 99, maximizando el dispositivo de búsqueda de Mihai con la Policía Local y la Guardia Civil. Tratándose de un agente secuestrado, herido o asesinado, aumentará de forma exponencial el interés y esfuerzo de los compañeros del Cuerpo y otros colegas. Los agentes y oficiales que patrullan a diario por cada localidad se olvidarán del segundo desayuno, de los momentos de descanso, de ir a casa a hacer algún recado personal y de las horas interminables de conversaciones absurdas o escuchando la radio mientras se espera a que pase algo. Todos tendrán una foto de Cristina y otra de Mihai, en menos de dos horas no quedará un solo ciudadano de ninguna localidad de la provincia sin ser preguntado en persona.

Pablo sale con Marcos a aportar todo lo que puedan; se van a centrar en preguntar por los pueblos de los alrededores, especialmente los de la playa de la zona oeste. Es una intuición de Livia.

Y la propia oficial se marcha también, pero sin decir a nadie adónde va. Sale por la puerta que

da al aparcamiento interior de la comisaría, atraviesa el patio de coches y saluda al oficial Ernesto Arias antes de decirle:

—Voy a llevarme un camuflado, puedes consultarlo con Navarro. Es urgente.

Arias no responde, no se fía de ella. Levanta el teléfono fijo y marca el código interno 001 para llamar al comisario mientras observa cómo Livia se dirige a la caseta de recepción de armas para comprobaciones y reajustes.

—Julio.

—Dime, bonita.

—Necesito un favor.

—Si me lo pides con esos ojos azules más bonitos que el mar... tres te concedo, soy tu genio de la lámpara.

—Pues te tomo la palabra, pero me conformo con dos.

El técnico se inclina hacia ella con una sonrisa, y tras oír la petición se le cambia por completo el semblante.

—Lo de las herramientas puedo dártelo ahora mismo, lo otro es imposible. ¿Estás loca?

—Lo necesito.

—Después de lo que pasó con Nuria en aquella fiesta, si te doy...

—¿Eres imbécil? ¿De verdad crees que te pediría algo así para hacer una estupidez como aquella? ¿Sabes que se ha activado un código 99?

—Lo he oído, pero los que estamos en puestos fijos de la comisaría no conocemos más datos que los rumores.

—Pues no esperes rumores, Cristina Collado ha sido secuestrada, tenemos el tiempo justo y no puedo perderlo discutiendo contigo.

—Si cometes una locura con una *impaciente*, nos caerá un despido fulminante, eso si no hay heridos y muertos, cosa muy probable.

—Tendré cuidado, quizás ni siquiera tenga que usarla.

El técnico que controla el armamento especial se lo piensa durante unos segundos, suspira hondo y accede.

—Está bien, pero no puedo darte lo que me pides aquí, a la vista de todo el mundo. Así, si haces una tontería, juraré ante quien sea que lo robaste.

—Me parece bien. Voy a recoger el camuflado que me ha concedido el comisario y lo aparco en la puerta de ahí detrás, así lo cargamos al maletero sin que nadie lo vea.

—Espero que no tengas que usar el arma. Y más aún que no la pierdas, no te imaginas cuánto vale.

—Después de esta te debo un favor enorme.

—Pues me lo quiero cobrar con una cena.

—¿Una cena?

—Sí, en tu casa.

—Acepto.

—¿En serio?

—Claro, pero con una condición.

—La que sea. Cuenta con ello.

—Que también venga tu mujer.

—¡Mierda!

Con el arma y el estuche con las herramientas en el maletero del coche camuflado, sin saber si será capaz de usarlas, sale de la comisaría sin prisas y se dirige a la zona del puente que comunica la capital con los pueblos de la costa, apuesta por que su destino se encuentra cerca de allí.

Dos horas más tarde, cuando ya no sabe qué hacer para soportar los nervios, suena el teléfono.

—¿Nuria?

—Tengo una dirección.

—Has tardado mucho.

—¿Mucho? Otro estaría dos días, o no lo lograría.

—Tienes razón, perdona. Dime dónde tengo que ir.

—Se trata de una vivienda unifamiliar de alquiler en el pueblo de San Juan del Puerto, aquí al lado.

—Joder.

—¿Cómo?

—Aposté por la costa y estoy ante el puente de Bellavista. Pero dame la dirección exacta, estoy partiendo hacia allá a toda prisa.

Livia apunta la dirección en el GPS, activa la sirena y las luces y sale a toda velocidad hacia el otro extremo de la ciudad. El reloj marca las nueve de la mañana, Cristina lleva desaparecida trece horas, tiempo más que suficiente para que Mihai haya hecho cosas indescriptibles con ella.

Antón

¿Ese olor?

Dios, qué maravilla...

Abre los ojos.

El chico está sobre ella, sin dejarse caer, apoyado con las manos a ambos lados de su cabeza. La vista se adapta a la luz del dormitorio a la vez que logra enfocar bien sus facciones, parece que Fran se acaba de rapar la cabeza y la observa como si ella fuese el más bello atardecer de su vida. La pasada noche hicieron el amor tras una cena especial, la más especial de todas, pues fue en la que celebraron que estaban embarazados. Qué guapo está, y qué feliz, nunca lo ha visto así, y eso que el miedo a que no quisiera tener el bebé la atenazó desde que orinó sobre el Predictor en los baños de la comisaría diez días atrás. Aquel momento sí que podría borrarlo de su memoria, como supone que también desean hacer todas las mujeres al tener que atinar sobre un puñetero bolígrafo de plástico mientras mean, salpicándose la mano y teniendo que esperar con el artefacto mojado unos eternos cuarenta segundos entre las manos. Rezando para que salga un resultado o el otro.

—Buenos días, princesa. —Se agacha y le da un beso suave en los labios. Sabe al dentífrico de clorofila que comparten.

Sí... qué guapo está.

—Buenos días, futuro papá —responde aún amodorrada.

—Te he preparado el desayuno.

—Apuesto a que es Cola Cao con cereales.

—Hoy no. Ven, es una sorpresa.

—Espera, déjame ir al baño primero.

—¿Tienes una náusea?

—No, bruto, tengo que vaciar la vejiga.

No sabe el motivo, pero se da toda la prisa del mundo en terminar, tira de la cisterna y se lava las manos y la cara. Cuando llega a la cocina, Fran no está, tampoco el desayuno. Por la ventana no entra nada de luz, es de noche. Extiende la mano y acciona el pulsador, el neón del techo parpadea unos segundos y luego se estabiliza. Su hija Eva está sentada en la silla frente a la pequeña mesa del rincón, en silencio, de espaldas a ella y con la mirada fija en la pared. A su alrededor todo comienza a arder, las llamas pronto se extienden del suelo al techo, la niña también arde, pero no se inmuta. Tampoco lo hace ella.

—¿Eva? ¿Cariño? ¿Qué haces levantada? ¿Dónde está papá?

La niña gira la cabeza despacio, el fuego la envuelve con su luz anaranjada y unos brillos que le confieren un aspecto demoníaco. Entonces mira a su madre de un modo que provoca escalofríos y responde:

—¿Dónde va a estar? Está muerto, gilipollas.

Y despierta.

Cristina no sabe dónde está, ni qué hora es, cuánto lleva dormida o qué ha pasado. No sabe nada.

«¿Pero qué coño?».

No puede moverse, está tumbada en una cama con las piernas y los brazos extendidos, y amarrada por los tobillos y muñecas a las esquinas. ¿Huele a orina? Sí, aunque en el acto descubre que es ella la responsable. También huele a sangre, ese detalle provoca que todo lo ocurrido en la calle, frente a la puerta de su edificio, regrese como una película visualizada a una velocidad veinte veces superior, pero en la que puede apreciar cada detalle sin problemas.

No tarda mucho más en analizar su situación actual. Está en un cuarto que parece de un niño pequeño, hay pósteres de superhéroes en las paredes, un escritorio con muchos rotuladores, lápices, gomas, y demás; una silla de despacho azul con ruedas; la cama es grande, de matrimonio; y la lámpara del techo, aun apagada, muestra los típicos puntos que proyectan estrellas por todo el cuarto para ayudar al niño a dormir. No logra aflojar los nudos de sus ataduras por más que se está dejando la piel en ello, tampoco parece que la madera maciza de la cama vaya a ceder a sus intentos por romper al menos una de las cuatro esquinas. Lo más incómodo no es la posición, sino el regusto a sangre en su boca; busca con la lengua y comprueba que le falta una muela.

«Espero que haya caído al suelo y no me la haya tragado».

También tiene el cabello apelmazado, con costra y pegado a la frente por la sangre seca del golpe que la dejó sin conocimiento. Eso justifica el dolor de cabeza terrible.

La boca seca, más de lo que la ha sentido nunca.

«Tengo que llevar inconsciente muchas horas para estar tan deshidratada. Al menos el golpe en la cabeza no me mató. Pero, ¿dónde estoy? Esto no se parece a un zulo excavado como el de la niña en aquel cortijo. ¿Por qué no me han matado? ¿Han pedido un rescate por mí? No parece que haya un demonio de Tasmania por aquí».

Esas tres preguntas son las principales, las que lo monopolizan todo en estos momentos. Esas y una cuarta a la que no piensa darle un solo segundo de su mente. No, si desea mantenerse cuerda debe evitar preguntarse qué van a hacer con ella para incentivar dicho rescate, hasta dónde llegarán con las peores torturas para forzar que Marcos, Nuria, Pablo o Livia hagan una locura por recuperarla.

Lo mejor es pensar en positivo, en huir o ser rescatada, es de primero de manual de todo secuestrado.

«¿Me estarán buscando ya? Seguro que sí. Pablo llamaría a la comisaría en cuanto hubieran pasado dos horas sin que apareciese por casa ni respondiera al teléfono móvil. El recepcionista del turno de noche habría informado de que yo no estaba ni me había visto salir. De ahí a Marcos. El comisario llamaría a Nuria, mientras Pablo hacía lo propio con Livia. En pocas horas, de madrugada, todos saldrían hacia la comisaría para comenzar la búsqueda. Otra cosa es que me encuentren. Si estoy en la casa de Mihai, de uno de sus hombres de confianza o en un piso alquilado para sus negocios, dar conmigo no será sencillo, ni siquiera para Nuria. Al menos en el tiempo que yo logre mantenerme con vida».

Un repentino mareo, quizás aún fruto del golpe en la cabeza, provoca que se quede dormida. Despierta sin saber si han pasado cinco minutos o diez horas. No cree que sea mucho, ya que sigue con idéntica sed. Ahora solo se pregunta cuándo harán acto de presencia, quizás cuando ella grite pidiendo auxilio. ¿Lo hará para pedir agua y comida o se callará para evitar que comiencen las torturas? ¿Cuánto más podrá soportar sin desfallecer de forma definitiva?

—Hola.

Levanta la cabeza, tan asustada que contiene la respiración. En la penumbra, frente a ella y ante la puerta abierta del dormitorio hay un tipo enorme, pero la voz que ha oído es...

—¿Cómo te llamas? Yo soy Antón. —Y da un paso al frente.

Cristina observa sus rasgos. Más de cien kilos, pelo negro con calva incipiente, hombros

extraordinariamente caídos, ojos pequeños y redondos, un hilo de baba infinito sobre una camiseta del Recreativo de Huelva cuatro tallas más pequeña de lo recomendable. Unos treinta años, aunque es difícil precisar cuando el sujeto tiene síndrome de Down.

—Me llamo Cristina. ¿Sabes dónde estoy?

—En mi casa. Estás en mi casa. Este es mi cuarto.

—Es muy bonito. Por cierto, ¿dónde está tu casa? ¿En Huelva? —Cristina comprendió lo absurdo de su pregunta, ya que ese conocimiento no le serviría de nada sin poder transmitírselo a sus compañeros o a Pablo.

—En Islantilla.

—Qué bien, una casa al lado de la playa.

—¿La playa? Sí, la playa, aunque a mí no me dejan ir. Solo he visto la playa cuando sale por la tele. Parece muy bonita.

—¿Qué... qué haces aquí?

Él se acerca y se sienta en el colchón, a la izquierda de la cama, lo que hace que esta se incline de golpe hacia ese lado y Cristina se asuste por el atrevimiento.

—Este es mi cuarto. Mi cuarto. Mi cuarto. Yo ahora tendré que dormir en el sofá. El sofá está duro y es pequeño, Antón no cabe en el sofá.

—Lo siento, aunque no lo he decidido yo. ¿Sabes de quién es esta casa?

—De papá.

—¿Y me dirías su nombre?

—Miguel.

Cristina no sacará de aquella conversación más que la posibilidad de tener un amigo, alguien con una mente que pueda manipular lo antes posible para que la ayude a escapar. Antón saca un paquete de tabaco y se enciende un cigarrillo sin dejar de mirarla de reojo, como un adolescente queriendo impresionar a la chica que le gusta. El olor provoca un profundo malestar en el estómago vacío de la inspectora.

—¿Sabes que fumar es malo? ¿No te lo dice tu padre?

—Papá no habla conmigo, nunca. Fumar es bueno. ¿Qué sabes tú? Eres tan tonta que te has hecho tatuajes de los de para siempre. Los míos son mejores, me los quito y me pongo otros diferentes.

Muestra orgulloso sus brazos llenos de calcomanías. Cristina comprende que le ha visto el tribal que lleva bajo el ombligo, la camiseta se ha subido y no se siente del todo cómoda con Antón —o cualquier otro desconocido— tan cerca de ella en un momento tan vulnerable.

—Tus tatuajes son muy bonitos, Antón. Y tienes razón, es mucho mejor poder cambiar que tener que llevarlos para siempre.

Él sonríe, henchido de orgullo y flexionando sus rollizos brazos como si se tratase de un culturista en un concurso.

Cae una ceniza del cigarro sobre la sábana y se asusta. Comienza a limpiarla a manotazos, como si tratase de borrar la prueba de un delito. Cristina imagina que le deben de haber castigado por quemar las sábanas más de una vez. Los castigos de esta gente deben de ser terribles, sobre todo a un hijo que ha nacido como no esperaban y del que se avergüenzan tanto como para no sacarlo de casa ni para ir a la playa. ¿Qué ha dicho? Que su padre no habla nunca con él. Menuda gentuza. Al menos no lo han matado y tirado luego a una cuneta.

—No pasa nada, no se lo diré a nadie. ¿Ves? La sábana no se ha quemado ni ha quedado mancha, nadie lo sabrá nunca. Somos amigos y nos guardaremos secretos.

—¿Sí? ¿Amigos?

—Claro. Si me haces un favor y no le cuentas a nadie lo que hablamos.

—Promesa de meñique.

—No puedo, tengo las manos atadas. Si me desatas una, haremos promesa de meñique.

—No puedo quitarte las cuerdas.

—¿Por qué no?

—Porque mi padre quiere jugar contigo, y se enfadará si te marchas.

—No me marcharé, solo una mano, con eso no puedo irme. ¿Ves? Tengo los pies atados y no puedo caminar. Y sin la promesa de meñique no podré guardarte el secreto de lo que ha pasado en la sábana, casi se ha quemado. Imagina el enfado de tu padre.

Trata de pensar, o eso cree Cristina cuando lo ve balancear su gran cuerpo como un péndulo a la inversa, cierra los ojos con fuerza y mueve los labios, como murmurando pero sin pronunciar palabra. De repente se da dos golpes en la frente, y luego dice:

—Vale. ¿Cómo te desato una mano?

—¿Sabes aflojar el nudo?

—A lo mejor.

—Sería más fácil si acercas la llama de tu mechero, así la cuerda desaparecerá, como en un truco de magia.

—¿Magia? ¡Me gusta la magia!

—Shhh, no hables tan fuerte.

—¡¡Antón!!

La voz desde la distancia hace que él se levante como un militar al ver entrar a su sargento en una inspección sorpresa de los barracones. Se marcha corriendo, y cerrando la puerta tras sus pasos, tan rápido que ella no puede pedirle que vuelva luego a seguir con el juego.

«¡Mierda!».

Livia

Observo la ventana, el día se muestra gris, incluso pesado, como si la gravedad empujase con el doble de fuerza obligando a todo el mundo a caminar encorvado, mirándose los zapatos. Mi madre me dijo que tenía fiebre, que llevaba todo el día delirando y que habían tenido que hacer un esfuerzo para llamar al médico. Menudo alivio. Me recomendó reposo, sueño, tomar mucha agua, comer algo caliente y esperar unas horas más antes de llamarlo de nuevo, si seguía empeorando.

Si mis padres estaban enfadados por pagar el sueldo de medio mes a un tipejo sudoroso por media hora de trabajo, mucho más al comprender que este no había traído una medicina milagrosa que me hiciera recuperar la salud al instante.

Fue durante el otoño del dos mil... no sé, pero apostaría a que tendría unos once años. Por algún motivo, mis padres comenzaron a tratarme de una forma diferente que a mis hermanos a raíz de recuperarme de aquella fuerte gripe; quizás pensando que yo solo traería gastos extra a un hogar que no podía casi con los habituales. Tal vez porque una niña enfermiza puede ser una mala inversión, no me podrían casar con un yerno fuerte que aportara esfuerzo y dinero en el futuro. Lo más probable es que muriese en la siguiente gripe o enfermedad diferente. Más de una década alimentándome y pagándome la ropa para nada.

Al día siguiente me encontraba mejor, y al otro me levanté para ayudar a mi madre en las tareas de la casa, aunque no la acompañé a hacer la compra ni fui al colegio, estaba demasiado débil aún. Mi padre no lo comprendía y así se lo hacía saber a todos, hablando de mí en tercera persona, como si yo no estuviese allí, a su lado, durante la cena.

—Solo dormir, descansar, comer, hacer el vago. Pues yo jamás he enfermado, jamás he faltado al trabajo en la mina. Antes los niños enfermizos se abandonaban en la calle. Los perros también tienen que alimentarse.

Mi madre se santiguó, pero no cambió su semblante, no le reprendió por esas palabras y tampoco me miró. Desde entonces siempre fue así. Desde entonces hasta el día que me vendieron, dos años después. Supongo que sacaron mucho más dinero del que pensaban obtener cuando tuve aquella gripe. Dos mil euros era el salario anual de mi padre.

Aquella enfermedad me recordó un libro que había tomado de la biblioteca del colegio, a pesar de que la profesora me dijo que era demasiado complicado para mi edad. El retrato de Dorian Gray trata de un chico de diecinueve años que se vuelve inmortal cuando un amigo pinta su retrato. Me fascinó la lectura, a pesar de no entender la mitad de las palabras, pero me quedaba con el contexto de lo que ocurría. Que una bala, cuchillo, fuego o una caída no pudiera matarme... eso sería fabuloso. Tampoco tendría enfermedades. El cuadro, la imagen pintada, cargaba con los daños que el cuerpo sufriese, incluso el envejecimiento. Eso último no me pareció tan interesante, ya que no quería ser una niña eternamente.

Durante las fiebres más altas pinté varios dibujos, dijo mi madre, pero no pude verlos porque los usaron para prender el fuego de la chimenea por las tardes. ¿Sería verdad? Nunca he pintado nada tras aquello, ni antes tampoco. Quizás, como decía la abuela Helga, cuando uno duerme o tiene fiebre se transforma en otra persona, en otra que fue en otra vida o en alguien que se te mete en el cuerpo cuando la mente está descuidada, y así obrar a su antojo.

Eso explicaría que los sueños sean tan extraños cuando uno los recuerda, así como los delirios

de las fiebres.

Nunca más volví a enfermar, y cuando me sentía algo cansada o somnolienta, me daba unas bofetadas en la cara para espabilar. Sentía tal pánico a repetir la experiencia, que incluso le dije en una ocasión a mi madre:

—Mamá, no quiero estar enferma nunca más, no quiero que me dejéis en la calle para que me coman los perros.

Ella me miró muy seria y siguió fregando los platos.

«Nunca más, los perros tendrán que comerse a otra niña».

La oficial Livia Craciun sigue conduciendo a toda velocidad hacia el destino indicado por Nuria.

Dos bolsas de plástico

Apaga la sirena y la luz azul estroboscópica de la calandra y del cristal delantero antes de entrar en el pueblo, no sirve de mucho un vehículo camuflado si te acercas a los delincuentes con esas señales. Aún está en la autopista A-49, pero el GPS indica que está a novecientos metros de su destino y ahora todo pasa por lograr la máxima invisibilidad. Cristina le ha dicho en varias ocasiones que antes era más complicado, los coches camuflados llevaban una seta, una especie de semiesfera de cristal azul con una base magnética. El procedimiento era bajar la ventanilla mientras conducías, sacar la seta para pegarla al techo, luego repetir el proceso a la inversa, y eso a toda velocidad, con el riesgo de tener un accidente por descuidar el volante. La sirena, además, sonaba también dentro del vehículo y volvía locos a los policías.

El Citroën C4 gris aparca a dos casas de la que marca el GPS. Solo hay una madre con dos niños en toda la calle, los tres caminan hasta llegar a un todoterreno pequeño y se montan, o más bien es ella la que monta a los hijos en sus sillitas en el asiento trasero. Al cabo de dos minutos arranca y comienza a salir sin haberse percatado de la presencia de la oficial.

En una ocasión Pablo Aguilar le dijo, mientras pasaban un día navegando en el velero, que el mejor policía es el que se muestra invisible. Ella respondió que eso era absurdo, ya que los grandes policías tenían carisma y presencia, que los famosos polis de la televisión y el cine llenaban la escena, incluso Cristina, Marcos o él eran como soles, todo el mundo se maravillaba en la comisaría al verlos entrar y salir. Pablo respondió: «invisibles para el resto del mundo, no para sus compañeros. Invisibles como fue la Dama Blanca».

Livia no se mueve del coche hasta que el todoterreno abandona la calle. Observa a su alrededor. Nadie. Se baja y camina despacio, como si paseara por su propia calle, solo la delata el extraño estuche que lleva en la mano.

No sabe usar la ganzúa, ¿cuándo demonios piensa aprender? Marcos le ha dicho mil veces que debe hacer el cursillo.

«Debo hacer el cursillo, joder».

Al llegar a la puerta, vuelve a asegurarse de que no hay nadie por la calle, pero no puede hacer nada con los que puedan estar mirando desde las ventanas. Nunca se controlan todas las variables de la ecuación. Llama a la puerta con dos golpes secos y espera, otros dos más. Nada, como esperaba.

«Estos cerdos no suelen tener familia, pero al menos me he asegurado de que tampoco haya un perro».

La vivienda es un adosado en mitad de una calle con todas las casas idénticas. A Livia le recuerda la casa de los tíos de Harry Potter, pero estas son mucho más estrechas y cutres, con algunas paredes desconchadas, en lugar de piedra vista, y toldos de rayas horrorosos. Ni siquiera tienen jardín delantero, solo tres o cuatro míseros metros cuadrados de cemento que la chica no sabe qué utilidad pueden tener.

Coloca el estuche en el suelo, lo abre y saca el pistón metálico, tira de la espoleta hasta que hace clic, conecta el tubo de goma de la pequeña bombona de gas y apunta, como si se tratase de una pistola, al bombín de la cerradura de la puerta. El sonido es fuerte, ni de lejos como un disparo de su nueve milímetros reglamentaria, pero suficiente para llamar la atención de los

vecinos. Con la puerta ya abierta, solo tarda tres segundos en recogerlo todo, entrar y cerrar a su espalda.

«Ya estoy dentro y sé lo que tengo que buscar».

Manda un mensaje a Nuria:

<Estoy dentro, busca la otra dirección en esta misma calle o en las cercanas. Dudo de que estos idiotas vivan muy lejos el uno del otro>

Nuria responde en el acto con un escueto OK y ella se pone a buscar por la vivienda sin contemplaciones. Una vez puestos los guantes de látex, comienza a abrir cajones de muebles, mover los mismos para mirar detrás, levantar alfombras. Lo revuelve todo a su paso, dejando un reguero de caos absoluto, desde la cocina hasta el salón, pasando por el pasillo y luego el cuarto de baño y los dormitorios, en el principal encuentra lo que busca, solo le ha llevado unos cuarenta minutos. En la cocina había encontrado bolsas de plástico vacías, una de ellas le servirá.

Sonríe al llenar la bolsa.

Debe marcharse lo antes posible porque, aunque Marcos la ha hecho invisible, puede que algún guardiacivil o policía local despistado llegue a la casa tras una llamada de un vecino que la haya visto entrar. No es cuestión de arriesgarse. Ya lo ha metido todo en la bolsa y se marcha, antes coge una botella de agua mineral del frigorífico, tiene sed.

Guarda el estuche de las herramientas y la bolsa de plástico en el maletero, se ha asegurado antes de que no hubiera nadie por la calle. Con la gorra calada hasta las orejas, se mete en el coche y se quita los guantes de látex, arranca y sale de la zona. Dos barrios más allá aparca y manda otro mensaje a Nuria, mientras tira los guantes a una papelera.

<Esto está hecho, ¿tienes la otra dirección? No tardes o la calle se llenará de curiosos y me pueden ver>

<Me doy toda la prisa que puedo, no es sencillo ver qué pisos son en propiedad y cuáles en alquiler, y mucho menos descubrir el nombre de los inquilinos>

<Vale, vale, no te estreses. Me quedo a la espera>

Daban las once menos veinte cuando llegó el mensaje con la segunda dirección. Como Livia había supuesto, en la calle de al lado de la vivienda anterior. Repitió la operación, aunque ahora se cruzó con más personas que la hicieron tardar algo más, y se marchó a la comisaría. Allí dejó las dos bolsas de plástico, con más de seiscientos setenta mil euros, en su taquilla de los vestuarios y partió hacia el hospital.

Un encuentro inesperado

«¿Y ahora qué?».

Nuria se cruza de brazos. Tras más de tres horas intensas de búsqueda de las dos viviendas, trabajo que le ha costado lo suyo, no sabe por dónde continuar en la investigación. Víctor está en la zona de playas del este de la provincia, junto con el comandante de la Guardia Civil. Marcos y Pablo patrullan por los pueblos costeros de la zona oeste, junto a una docena de patrullas de la Policía Local y otra de la Guardia Civil. El interior de la provincia, donde menos opciones piensan tener, es barrido por todas las dotaciones disponibles de cada localidad. Conocer a los habitantes del pueblo o aldea es importante a la hora de saber si hay extranjeros y nuevos vecinos. Por muy discretos que fuesen Mihai y los suyos, a los lugareños de esta región del país no se les escapa que ha llegado alguien nuevo, menos aún si son extranjeros; o forasteros, como se les llama aquí. Preguntarán casa por casa hasta que un vecino les ponga en la pista acertada.

Suspira hondo.

«Livia jugando a los espías, espero que su corazonada le lleve a buen término. David sigue en el hospital, ojalá se despierte pronto. Y Cristina secuestrada. ¿Seremos suficientes para encontrarla a tiempo... sana y salva?».

Al otro lado de la ventana, tras dos hileras de edificios más bajos que la comisaría y luego el puerto, se ve la ría de un azul tan intenso que parece irreal. Como estrellas en el cielo, varias barcas blancas se mecen despacio. Todo un lujo de panorama que puede disfrutar a diario, pero ella ya está acostumbrada, además, ¿cómo iba a pensar en disfrutar de las vistas cuando tiene a su mejor amiga a punto de morir y no sabe qué más hacer para ayudar?

Tomó el bolso, hibernó el ordenador y salió de la comisaría. Antes había llamado a varios agentes de patrullas para saber por dónde estaban, el cuarto la hizo sonreír. Al salir por la puerta, comprueba que Fernando ya está esperándola.

—¿A dónde te llevo, guapa?

—Al Juan Ramón Jiménez.

—¿Vas a ver a David? Yo me había hecho ilusiones de que quisieras dar un paseo por la playa conmigo. —El compañero de Fernando Solís, Miguel Tebas, se sonroja por vergüenza ajena.

—Anda, calla y arranca.

—Bueno, oficial, un poquito menos de soberbia, que nos jugamos Miguel y yo una amonestación por hacer de taxistas en lugar de trabajar.

—Pues dejad de mirarme el escote por el espejo retrovisor y observad la calle, así trabajáis buscando al secuestrador de Cristina.

El ambiente distendido, la broma, desaparece en cuando se menciona a la inspectora. El silencio se extiende hasta llegar a las puertas del hospital, donde la oficial se baja y le da las gracias a los compañeros por ahorrarle el precio del taxi.

Saluda al vigilante, a la recepcionista de la UCI, a dos enfermeras que caminan por un pasillo y entra en el ascensor. Antes de que se cierre la puerta, ve pasar de soslayo una cara conocida. Trata de impedir que se cierre la cabina como hace todo el mundo: se pone nerviosa, toca las superficies de las puertas mientras estas se cierran y, cuando comprende que la forma correcta es meter una mano en medio para cortar la conexión de seguridad por infrarrojos, ya es tarde y la

cabina ha comenzado a subir.

«Mierda, el botón de parada. Seré idiota».

Pulsa el botón y las cuatro personas que comparten el espacio con ella resoplan. Nuria no les hace caso y a continuación pulsa el botón de la planta baja. Con lo rápido que se había cerrado la puerta antes, ahora parece abrirse con la mayor parsimonia posible.

Mira hacia ambos lados en el pasillo. Ya no está. ¿Habrá subido en el otro ascensor?, se pregunta. Hay otras dos posibilidades: a la derecha del pasillo y a la izquierda. Apuesta por la izquierda, si es que ha continuado por el mismo camino que cuando la vio antes. Corre durante un par de minutos, hasta que la encuentra.

¿Livia? ¿A dónde irá? Se supone que está investigando sin restricciones, lo que ha provocado que Marcos le diera unos días de vacaciones y haya toda una red de personas que le sirven de coartada por si es acusada de cometer alguna infracción. Conociendo a la chica, Nuria sabe que no dará dos pasos seguidos sin cruzar la línea que delimita lo legal de lo ilegal. La chica gira a la derecha, Nuria la sigue a unos treinta pasos, tratando de ocultarse tras médicos, enfermeras y visitantes que se encuentra por el camino. Es una suerte que Livia no sospeche que alguien pudiera seguirla en aquel lugar, o estaría más atenta y la hubiera descubierto.

Tras subir una planta por las escaleras y atravesar dos pasillos más, llega ante una puerta custodiada por un agente de policía de uniforme. Nuria observa cómo Livia enseña su identificación y el agente, sin molestarse mucho en comprobar su autenticidad, la deja entrar.

No ha estado nunca en esa zona del hospital, pero sabe que en aquel extremo se ubican las habitaciones reservadas a criminales que requieren custodia para evitar su fuga. Nuria no necesita acercarse al agente para preguntar quién es el huésped de la habitación. Solo hay dos opciones y ella conoce a los dos candidatos.

Se recoge el cabello en un moño y se sienta en un banco del pasillo, a unos treinta metros de la habitación, de espaldas y con una polvera cuyo espejo usa para estar al corriente de lo que suceda en la puerta. Finge maquillarse cuando observa una reacción del agente, como si hubiera oído algo en el interior de la habitación. Este parece aguzar el oído, luego vuelve a lo que sea que mire en su teléfono móvil.

Livia sale tras un tiempo que Nuria calcula de unos diez minutos, no camina hacia ella, sino hacia el otro extremo del pasillo. Gira a la izquierda y se detiene ante otra puerta custodiada por otro agente y repite el proceso. Nuria también rehace su actuación anterior. Al cabo de unos segundos, comprende que no hay más salida que aquella y que Livia la descubrirá al salir del hospital, así que decide ir a la zona de la UCI y tocar madera para que su amiga salga por donde ha entrado.

Tiene unos minutos de margen, así que envía un mensaje a Víctor y a Marcos:

<Estoy disponible aunque ahora no esté en la comisaría. Si necesitáis algo, llamadme>

Víctor responde en el acto con un OK. Marcos le hace una llamada.

—¿Marcos? ¿Ha pasado algo?

—¿Dónde estás?

—En el hospital.

—Pensaba que hacías la cobertura a Livia y al resto.

—Es difícil de explicar, pero eso es lo que estoy haciendo.

—¿Cómo? Bueno, olvídalo, sé que contamos contigo. Por cierto, ¿has localizado la vivienda de Mihai?

—Por ahora resulta imposible. No tiene ningún bien inmueble a su nombre en España ni en otro país de Europa, esta mañana a las nueve y media me llegaron los informes de la Europol y la

Interpol.

—Debe de tener algo comprado o alquilado a nombre de un colaborador de confianza.

—Según los informes policiales de media Europa, ha tenido más de cuarenta colaboradores en las últimas décadas, la mayoría están muertos o repartidos por prisiones de todo el mundo. Yo me decanto por algo más inteligente.

—Ilústrame.

—Te daré dos opciones: Mihai se ha cambiado el nombre de forma ilegal pero con un DNI registrado en la base de datos, a todos los efectos es un ciudadano español y será difícil dar con su nueva identidad. La otra es que haya comprado o alquilado una vivienda a nombre de un lugareño.

—¿Crees que un vecino de un pueblo ha alquilado o comprado a su nombre para Mihai?

—Imagina que vives en un pueblo como Mazagón o Isla Cristina, con una pensión de jubilación miserable. De pronto aparece un tipo simpático que te ofrece veinte o treinta mil euros en fajos de billetes a cambio de que firmes en las escrituras o en el contrato de alquiler de una vivienda a modo de testafarro. ¿Qué harías?

—Te comprendo.

—Y no descarto que haya hecho las dos cosas, cambiar de nombre y comprar a nombre de otra persona.

—Está bien, pero no descuides cualquier vivienda que se asocie a sus hombres de confianza.

—Eso mismo he estado haciendo esta mañana por petición de Livia.

—¿Sabes dónde está ella?

—Casi con total seguridad.

—Bien, tengo que dejarte. Hablamos en unas horas.

Nuria cuelga y está a punto de girarse cuando Livia pasa de largo a pocos metros de ella. Con la distracción de la llamada, se ha confiado y casi la ha descubierto. Ahora seguirá a la chica para ver cuál es el siguiente destino.

El aparcamiento, un coche camuflado. No, no puede ser...

«Necesito un taxi con urgencia, y que Livia no vaya muy lejos, no tengo tanto dinero como para invertirlo en seguirla durante todo el día».

Un trato imposible de rechazar

Media hora antes:

Livia aparca a pocos metros de la puerta de la UCI, es el acceso que mejor conoce al hospital tras haber visitado al inspector David Sobrá en varias ocasiones; también es el punto de entrada al Anatómico Forense. Llega a la recepción, enseña la placa y pide los números de habitación de dos pacientes. Atraviesa el interminable pasillo y gira a la derecha, sube por las escaleras hasta la primera planta y ve al fondo de un segundo pasillo al agente sentado a la puerta de la habitación; ha llegado a su primer destino.

—¿A dónde vas? —Ni ha levantado la vista del teléfono móvil. Tendrá unos cincuenta años y aún va de uniforme, físico muy descuidado y calva a lo Gárgamel.

—¿Es esta la discoteca Alameda 9? Tengo esta invitación VIP.

El agente apenas levanta la vista para observar la placa que le han puesto a veinte centímetros de su cara. A pesar del error, ni parpadea, se limita a decir:

—Adelante, oficial.

«Es lo que tienen estos personajes, que se pasan la vida haciendo trabajo de oficina o custodia de delincuentes hospitalizados, nada complicado ni peligroso. Como opositar a ser administrativo en una sede de Hacienda. Estos no son policías, son *paseaplacas*, como los llama Cristina. La vergüenza del cuerpo. Cristina dice que aun así son útiles porque alguien tiene que hacer este trabajo. Bueno, vale, pero no los llames policías, mejor oficinistas y *seguratas* con placa».

El interior de la habitación está en penumbra. Livia camina hacia la ventana y usa la manivela, que encuentra sobre el mueble del fondo, para subir por completo la persiana. La luz del sol es molesta a esa hora del día, mucho más para el paciente, que se queja con un gruñido.

—Joder, ¿qué haces, zorra? Baja eso.

—Me encanta cuando me dicen cosas tan bonitas. ¿Cómo estás, Ladislao? Espero que podamos hablar bien en castellano o rumano, el polaco nunca lo he controlado muy bien.

—Acércate y te daré dos besitos.

—Claro.

Sin tener en cuenta las magulladuras, el aspecto del tipo ya es para pensárselo dos veces antes de acercarse a él, pero Livia camina con seguridad y rapidez hasta el borde derecho de la cama, donde él tiene la mano libre, la otra está esposada al filo metálico, y se sienta como si lo hiciese al lado de un amigo.

Ladislao trata de golpearla, ella detiene el golpe sin dificultad y le lanza un puñetazo a la cara, luego le tapona la boca para que no grite.

—Vamos, vamos, grandullón, que no se diga que estás llorando. ¿Duele? ¿En serio? Tampoco te he dado tan fuerte. ¿Ya tenías la nariz rota antes? Pues me temo que no te va a quedar muy bonita tras este nuevo golpe. ¿A ver? Uf... qué mala pinta. Mejor no te traigo un espejo de mano. Venga, no lloriquees, gilipollas. Te quito la mano de la boca si no gritas. Pero te doy permiso para susurrarme cochinas.

Ladislao contiene la rabia como puede, se sabe en desventaja por las fracturas de las que trata de curarse, y tampoco sabe si esta chica pelea tan bien como la que les dio la paliza a él y a Vasile, así que asiente con la cabeza y da muestras de estar más calmado.

—¿Qué coño haces aquí? ¿Qué quieres? No pienso hablar.

—Pero si aún no te he preguntado nada. ¿Cómo sabes que vengo a sacarte información?

—Zorra.

—Me encanta esa palabra, me recuerda a mi niñez. ¿Podrías decir *pizdă*? Me hace ilusión volver a oírlo.

—Tú eres la putita policía que Mihai trajo hace años.

—La misma, ¿has visto qué guapa estoy ahora?

—Mihai te triturará.

—Bueno, ¿quién sabe? Uno nunca debería apostar fuerte sin saber qué cartas tendrá al final de la partida, ni las que podrían tener sus adversarios. Por lo pronto voy a aceptar que me digas dónde vive Mihai y dónde podría tener secuestrada a una amiga mía.

—Que te jodan, zorra.

—No tengo tiempo para jugar, y que conste que, en otras circunstancias, me quedaría aquí muchas horas contigo haciéndote una cara nueva. Vamos a resolverlo rápido. Doscientos nueve mil trescientos.

—¿Cómo?

—¿No sabes de qué te hablo? ¿Eres imbécil? Es la cantidad de dinero que tienes escondido tras un hueco en la pared de la casa que has alquilado en San Juan del Puerto. Ya sabes, tras la cómoda del dormitorio principal. Casi todo está en billetes de cien y de cincuenta. ¿Necesitas más datos?

Ladislao está blanco como la nieve.

—Ese dinero sigue allí, tranquilo. Por cierto, deberías confiar más en los bancos, no sea que entre alguna policía fisgona y pueda llevarse los ahorros de tu mierda de vida. ¿Te imaginas que sales dentro de veinte años de la cárcel y no tienes un puto euro para pasar los años que te queden de vida?

—Te voy a denunciar.

—¿A quién? ¿A mis compañeros de la policía? ¿Qué les dirás? Socorro, agentes, me han robado el dinero que había ahorrado vendiendo niñas a burdeles. Seguro que te conviertes en el personaje del año en los noticiarios de todo el mundo, y no sabes lo que te van a respetar los compañeros de profesión.

Livia deja que el polaco rumie la información, debe de estar sintiendo ahora un dolor mucho mayor que el causado por el puñetazo, más aún que el infligido por Cristina en la paliza de la comisaría. Estos miserables se gastan el ochenta por ciento de lo que ganan en fiestas con prostitutas y droga, pero siempre reservan el resto para el futuro; lo recuerda de las conversaciones durante el viaje en que la llevaron desde Rumanía a España. Ese dinero siempre viaja con ellos, nunca se desprenden de él. Ese posible futuro con una cantidad respetable de dinero parece estar desapareciendo de la mente del polaco a medida que comprende su situación.

—Mihai me matará.

—Mihai no estará vivo cuando tú salgas de la cárcel, quizás no lo esté cuando tú entres. Mihai no es nadie, solo un pobre diablo como tú, quizás más estúpido por haberse metido con los policías equivocados.

—¿Tú qué sabes?

—Yo lo oía todo cuando iba en el coche, más de dos semanas de conversaciones, como si yo no fuese nadie importante, como si no existiese o lo que oyera no duraría mucho en mi mente; ya sabes, en el oficio de puta la esperanza de vida de una niña no es muy alta. Mihai hablaba con aquellos dos idiotas de entonces, seguro que ahora están muertos. Mihai ha metido la pata y lo

sabes, pues toda la operación, todo el negocio, se basa en que la policía se quede al margen. Es la ley fundamental, ¿verdad? No te cuento nada que no sepas. Mihai la aprendió y luego la inculcó en las nuevas generaciones. La ley fundamental: la policía fuera. Y ahora se enfrenta a la policía por una mierda de estatuilla, implicando a toda la organización. Estás aquí por su culpa, por seguir las órdenes de quien ha perdido la cabeza y ya no sabe lo que hace. Te vas a comer veinte años en la cárcel por un viejo que disfrutará de la playa, el sol, las putas y todo lo demás mientras tú te pudres.

Deja que Ladislao siga dando vueltas a la información en la cabeza dos minutos más. Sabe que ese tiempo en silencio será como un alud que desmoronará la sólida nieve de sus principios y lealtad. Un alud provocado por el miedo a quedarse sin sus ahorros. Y toneladas de nieve fluirán hacia abajo: información que ella recogerá con una sonrisa.

—¿Cómo sé que no te has llevado ya mi dinero o que no lo harás?

—No lo sabes, solo puedes confiar en mi palabra. Es mucho más de lo que te ofrece Mihai. Imagina que sales de la cárcel dentro de veinte años, ¿estará Mihai vivo para darte trabajo?, ¿para reponerte el dinero perdido?, ¿para compensarte con medio millón por no haberle delatado?, ¿lo conoces?, ¿pagará tu fidelidad? —Una pausa de varios segundos—. Yo creo que pagará, te lo digo en serio, pero no en el sentido que tú estás pensando. Él pagará, pero para que un sicario te corte el cuello en cuanto pises los calabozos y estés a la espera de juicio. Mihai no se ha hecho fuerte confiando en la gente, sino quitándolos de en medio para que no hablen y le perjudiquen. Tu vida no vale ahora un euro. Dame una dirección y tendrás el dinero esperando en casa, además de la posibilidad de reducir la condena a quince años por colaborar con la justicia. Quince años... con buena conducta saldrás en ocho y medio. Piénsatelo, pero no mucho, tengo prisa.

Ladislao suda como un cerdo, ya no parece tan contrariado por la nariz que le han vuelto a romper, y eso que traga cada pocos segundos la sangre que siente llegar a la garganta. Su cabeza es una calculadora científica haciendo una ecuación de cinco incógnitas: dinero, futuro, seguridad, fidelidad y conveniencia.

La respuesta es la que espera Livia, aunque no puede fiarse de su palabra, aún no.

La chica apunta la dirección y no se molesta en despedirse. Cuando está a punto de abrir la puerta.

—Confío en que no me engañes, el dinero sigue en la casa, ¿verdad?

—¿Para qué iba a mentirte? —Y se marcha. No se molesta en despedirse del poli de la puerta.

Continúa hasta el final del pasillo, gira a la izquierda y encuentra a otro agente sentado a la puerta de otra habitación. Toca repetir el ritual.

Livia, cuando ve sonreír al matón de una forma que seguro él sabe que es muy intimidante, comprueba que le faltan cinco dientes, dos de ellos, los más relucientes, los guarda ella como recuerdo.

—No hablé con la otra, y eso que pegaba como un boxeador profesional, así que menos lo haré con una zorra como tú.

—¿No os enseñan más insultos en la academia de matones, proxenetas y resto de gentuza? No te preocupes, luego busco un papel y un bolígrafo y te hago un listado, así no resulta tan repetitivo hablar con vosotros.

—¿Has hablado con Ladislao? No le has sacado nada, lo aseguro, ese polaco es un tipo duro. —El aire se le escapa entre los dientes al hablar; eso, además del acento, provoca que su voz suene como una corneta rota: «*Faf haflado con Ladiflao? No le haf facado nada, lo afeguro, efe polaco ef un tipo durof*».

—Claro que no, es un tipo muy duro. Por eso vengo a verte.

—Estoy falto de cariño, hazme una mamada y a lo mejor me lo pienso.

—¿Una mamada? *¿Quieref que te haga unaf mamadaf?*

—¡Zorra!

—*¿Forra?* ¿Qué es eso? Vocaliza, hombre, pareces un imbécil.

—Quítame las esposas de la mano y veremos lo imbécil que soy.

Livia se acerca hasta sentarse en el borde de la cama, como con Ladislao. Sonríe.

—¿De verdad quieres que te quite las esposas? Vosotros no aprendéis nunca, ¿verdad?

—No eres tan dura como la otra, veo el miedo en tus ojos, me he follado a tantas como tú que ya os distingo aunque hayan pasado años. Seguro que aún recuerdas el olor y la presión encima de tu pecho mientras te la metían por todas partes. Eso no se olvida nunca, zorra.

Esta vez no espera a que trate de golpearla, le sacude dos puñetazos en la mandíbula. Él no se queja, solo tose durante un rato, hasta que escupe tres dientes podridos, dejando la sábana y la almohada manchadas de sangre.

—Con la boquita que te está quedando, seguro que te dan el premio a la mejor mamada de la cárcel este año. Tus compañeros de pabellón, cuando desde la Policía filtremos que eres un violador de niñas, te buscarán más agujeros donde metértela. ¿Quién sabe? Tal vez te den más premios, como el del culito más caliente del sector sur. No vas a pasar frío, cada noche tendrás a cinco o seis cariñosos ositos deseando abrazarte la espalda, soltando su cálido aliento en tu nuca mientras tratas de agradecerlo, pero no podrás hablar porque tendrás también la boca llena de carne bien dura.

—¿Crees que me asusta eso? ¿Crees que no sabría cuidarme en una cárcel de nenazas como las de España? En un “balneario” de los de aquí sería el puto amo.

—Tal vez, no te lo voy a discutir, pero para ser el puto amo hay que contar con dinero.

—¿Y tú qué sabes?

—¿Yo? —La sonrisa de Livia hizo que el tipo desconfiase, y no solía hacerlo fácilmente—. ¿Y si jugamos a adivinar la cifra que estás pensando? Seguro que te gusta. Pregúntame una cifra, a ver si yo digo la que estás pensando.

—Qué te follen.

—Eso no es un número. Venga, no te hagas de rogar, joder.

—Largo de aquí.

—Me iré cuando tenga lo que he venido a buscar.

—No te diré nada, nunca.

—Nunca se aleja mucho de los treinta segundos que vas a tardar en cantar. Venga, piensa en un número, uno al azar, dame la oportunidad. Si no acierto, me marchó.

Él calla.

—Vale, pues pienso decirlo igualmente. Cuatrocientos sesenta y ocho mil doscientos.

La cara pálida es un *déjà vu* para Livia, que se levanta de la cama y toma del bolsillo una libreta y un bolígrafo.

—Dime si quieres que apunte insultos para que aprendas otros nuevos o alguna dirección en concreto. ¿La de Mihai?

—Si te has llevado mi dinero...

—¿Qué? ¿Qué vas a hacer? Saldrás en veinte años, si sobrevives al trato de los presos y... Por cierto, ¿qué edad tienes? A lo mejor sales siendo un anciano con bastón, además de arruinado.

—Zorra...

—Ese vocabulario hay que ampliarlo, ya cansa oír siempre el mismo cumplido. ¿Qué me dices? Me das la dirección de Mihai y yo hago que te reduzcan la pena por colaborar, serán

quince años, ocho y medio con buena conducta. Y te doy mi palabra de que tu dinero estará esperándote cuando salgas.

—Tu palabra no vale una mierda.

—A ver si la tuya vale millones, no te jode. Venga, ¿qué respondes? ¿Me das la dirección o me compro una casa en la playa con tu dinero?

Masculla algo ininteligible, su mirada es fuego, si pudiera matarla con sus propias manos allí mismo...

—Apunta...

Un albino y un ojo azul

El póster de *Spiderman* de su derecha es de las primeras películas, las de Sam Raimi que vio con Fran en el piso de alquiler al que se mudaron para comenzar la vida en común. Solo han pasado cuatro años y medio, pero tantas experiencias desde aquellos despreocupados días le hacen sentir que hayan sido veinte. A Cristina le gustó Tobey Maguire en *Las normas de la casa de la sidra*, pero le parecía —y le sigue pareciendo— un *pringao* harto de collejas en la peli del superhéroe. Los demás que llegaron después no elevaron el listón, precisamente; aunque el último es divertido. Por algún extraño motivo, lo que más obsesiona en este momento a la inspectora es que las películas que veían eran piratas, sacadas de páginas de descargas ilegales. Qué absurdo tener tal desazón en un momento como este.

Desde que despertó, amarrada a la cama, ha dado dos cabezadas rápidas, se ha vuelto a orinar encima y hace todo el esfuerzo del mundo para no moverse y así no agotarse de forma innecesaria. La garganta y la lengua son como papel de lija y la vista se le nubla cada pocos minutos. Aún no sabe por qué le están llegando tantos recuerdos de su época de relación y convivencia con Fran, quizás porque la sed y el agotamiento extremos, unidos al miedo y la incertidumbre, han creado un cóctel químico en su cerebro que ha activado archivos de su memoria que consideraba perdidos.

«¿Quién anda ahí?»

¿Lo ha dicho o pensado? No lo sabe, ya no tiene una percepción clara del presente, su cuerpo necesita agua, sales minerales y vitaminas, principalmente, y eso provoca que se refugie en pensamientos del pasado.

Unos ojos azules tan grandes y profundos como triste la mirada que los envuelve. Cabello rubio como el suyo, pero sucio y despeinado. Cuerpo aún de niña bajo ropa raída.

—Recoge, te vienes conmigo.

—¿A dónde?

—No hay tiempo, recoge lo imprescindible y nos vamos.

La chica obedece. Una pequeña bolsa que no llevará ni cuatro trapos y una maceta bajo el brazo. A Cristina le recordó a Natalie Portman en *León: el profesional*. Livia era mayor que la actriz, pero se veía igual de desamparada, asustada y deseosa, a la vez, de aferrarse a lo que llegara. ¿Quién hace eso? Solo quienes están metidos en un fango a punto de cubrirlos por completo. La chica se marchó con una desconocida en mitad de una tarde fría de otoño, solo dudó unos instantes cuando vio el coche patrulla en la calle, conducido por el agente de uniforme. «No tengo papeles» parecía decir su mirada, como si le hubieran inculcado el miedo a un destino peor si la pillaba la policía por la calle. Un método más para amarrarla a aquel piso que era su infierno personal. Un método muy usado por desechos humanos que se erigen en demonios sobre seres indefensos. Ese es básicamente su poder, el de destruir las mentes, descomponerlas y luego rehacerlas a su antojo y deseo.

«Ven conmigo».

«¿A dónde?».

«¿Dónde te gustaría ir?».

«¿Contigo? Al infinito».

Ama a su hija Eva con toda su alma, también a Pablo, a sus padres y su hermana, al recuerdo

de Fran, a sus amigos y compañeros... Pero no hay nada en el mundo más bonito, ni lo habrá nunca, que la sonrisa que emiten los ojos de Livia cuando cree que ella no se da cuenta de que la está observando. Nada en el mundo.

Livia estará removiendo cielo y tierra para encontrarla. Eso le preocupa, no quiere que cometa una estupidez que acabe con su vida, aún es demasiado impulsiva. Y lo peor de todo, cuanto más se enfada, menos usa el cerebro prodigioso que tiene.

«Mente fría. Mente fría, mi niña. Si te serenas, me encontrarás pronto».

Da un respingo.

Hay alguien observándola desde la puerta, no es Antón. Cristina se ha puesto muy nerviosa, pero no mueve un párpado, solo se mantiene alerta. No le servirá de mucho en su situación, pero no puede evitar mantener el tipo. Jamás se había sentido tan a merced de lo que sucediera, sin control alguno, es la peor sensación del mundo.

—¿Quién eres? —Casi no reconoce su voz, como si fuese un árbol seco el que hubiera hablado, un árbol que estuviese siendo cortado por un serrucho oxidado.

—Espero no haber tardado mucho, lo siento si ha sido así.

—No me has respondido. ¿Quién eres?

—Eso no es lo importante.

—¿Y qué es lo importante? —pregunta con miedo.

—¿Eso quieres saber? Bueno... parece que va siendo hora de hacer un vídeo, y creo que tú serás la protagonista.

«¿Un vídeo? Dios, espero que no se refiera a uno de esos *snuff* en los que torturan y matan en directo».

—¿Sabes qué? A tu amiga Livia le gustará verlo, y también al resto de tus compañeros.

—¿Vas a matarme?

—No tengas tanta prisa, antes tendremos que divertirnos.

Aparece otra persona tras él, ya son dos siluetas en la penumbra de la habitación. El otro tampoco es Antón. Cuando se acercan a ella, logra reconocer al que ha hablado antes, es Mihai, aunque está mucho más gordo y viejo que en las fotos que han logrado en la comisaría, tiene menos cabello y algo canoso, además de unas facciones laxas en la cara que le recuerdan a Antón. Sí, Mihai sin duda es Miguel, el padre de Antón. El otro tipo es mucho más joven, treinta como mucho, y es albino. El segundo albino que Cristina ve en su vida; o son pocos o casi no salen de casa. En una provincia con más de trescientos días de sol al año y con temperaturas de más de cuarenta grados durante los meses de junio a septiembre tampoco es un disparate.

—¿Vais a violarme, hijos de puta?

—No nos des ideas. Antón ya nos ha dicho que le gustas. Que no se te suba a la cabeza, ese retrasado se la metería a una anciana de cien años, si pudiera.

—¿Entonces?

—Tranquila, no seas impaciente, pronto lo verás.

Mihai enciende la luz del techo y, sin prisas, coloca un pequeño trípode en el suelo, a los pies de la cama, lo gradúa en altura y le acopla un accesorio, una especie de pinza de plástico negro. Allí sujeta un teléfono móvil.

Mihai se queda tras el teléfono y el albino se acerca a ella, saca de su bolsillo lo que parece el estuche de una estilográfica, pero lo que extrae del interior es un bisturí que reluce ante la luz artificial del dormitorio.

Mihai marca un número, se oyen los tonos claramente, está haciendo una llamada con el manos libres. Al cuarto, descuelgan y Cristina oye una voz familiar.

—¿Sí?

—Hola, mi dulce *pizdă*.

—¿Dónde estás, cabrón? Dame una dirección y me paso a buscarte.

—No te enciendas tan deprisa, voy a cambiar la llamada a videollamada, espera dos segundos.

La escena le llegó a Livia al instante.

—¡¡¡Hijo de puta!!! Si le haces algo, te juro por Dios que emplearé mi vida entera en buscarte e infligirte el mayor dolor que puedas imaginar.

—Tranquila, tranquila... Tu amiga estará bien, la necesito con vida para que tú me hagas un favor.

—Ya viste que no te funcionó la otra vez.

—Pero esa niña desconocida no es lo mismo que tu mejor amiga, tu única familia. ¿Verdad?

Livia oye la voz de Mihai, pero solo puede ver a Cristina amarrada a la cama y con el albino esgrimiendo el bisturí.

—Mihai, no es una amenaza en balde. Te juro por mi vida que no pararé hasta hacerte pedazos, estaré horas... días provocándote un dolor que no imaginas. Si le haces daño haré que me supliques que te mate.

—Parece que no comprendes quién manda aquí. Eras más inteligente cuando tenías trece años. Entonces te quedabas calladita y te dejabas hacer. Mira a tu amiga, ¿ves cómo ella sí comprende la situación? Quieta y en silencio. Aunque eso no evita que ahora sufra un castigo por tu culpa. Por tu insolencia.

El albino apresa con la mano izquierda el cuello de Cristina para inmovilizarla, ella siente el impulso de revolverse, es un acto reflejo, pero entonces ve el bisturí a dos milímetros de su ojo derecho y se paraliza. Livia grita como nunca lo ha hecho en su vida, insulta y suplica a la vez, casi sin saber qué dice. Mihai ha hecho zoom en el vídeo para que se vea a la perfección.

A continuación solo se oyen gritos desgarradores, como si el alma de la chica se le escapase destrozando de paso sus pulmones al otro lado del teléfono.

Pasan unos eternos segundos en silencio.

No es necesario ver a Livia para saber que se ha rendido, que acaban de vencerla como nunca antes.

—Hijo de...

—Cuidado con lo que dices, aún le queda el otro ojo y puede que decida sacarlo también.

Traga saliva, respira hondo, tiembla, llora, pero logra calmarse lo suficiente como para decir:

—¿Qué es lo que quieres?

—Ahora no me conformaré con la estatuilla, quiero varias piezas más que están en el almacén. Teniendo a todos los efectivos de la Policía buscando a tu amiga, será fácil para ti hacerlo.

—El vigilante del almacén sigue allí, además del circuito cerrado de vídeo.

—Eso es problema tuyo, desconecta el sistema de vídeo. Y al vigilante... redúcelo, mávalo, lo dejo a tu elección, pero me traerás estas catorce piezas que voy a enviarte por *mail*. Recuerda que la conexión y el archivo se borrarán cuando yo cuelgue, así que más te vale ser rápida guardando el archivo en tu teléfono antes de que eso ocurra.

A Livia se le encendió la bombilla en ese mismo instante. No solo tenía la dirección de Mihai, ya que sus dos esbirros hospitalizados habían dado la misma, sino que contaría con el lugar en el que tenían a Cristina, si es que estaba en otra ubicación diferente. Claro que el oficial de la científica informática, Gonzalo Herrera, en cuanto viese la conexión, enviaría los datos también al comisario. No, eso no puede ocurrir; si se presenta Marcos con toda la caballería montando un

circo, quizás maten a Cristina antes de que Livia pueda intentar rescatarla de un modo más discreto, más efectivo.

—Está bien, envía el archivo.

—Tienes hasta esta noche a las diez. Te enviaré la dirección en la que tienes que entregarlo justo media hora antes.

—No me fío, ya me tendiste una trampa la última vez.

—No estás en situación de negociar. Además, tú también ibas bien acompañada.

—Si quieres las piezas, que seguro valen para ti más que la vida de mi amiga y las de todos tus empleados juntos, la entrega se hará de forma segura. Si ella sufre algún daño más, no verás más que sirenas en el espejo retrovisor en un intento patético por escapar.

Mihai jamás lo reconocerá, pero el tono de voz de Livia le ha provocado un escalofrío. Incumplió una de las reglas fundamentales, haciéndose visible ante la policía, ahora puede estar cometiendo otro error capital: crearse un enemigo con recursos y motivación suficientes para acabar con él.

Hace una señal al albino y este se aparta de Cristina, que se ha desmayado. Mihai aparece en pantalla y se sienta en el borde de la cama. Toma algo de la almohada ensangrentada y luego lo dirige hacia el teléfono móvil. Livia ve a Mihai en primer plano, está muy mayor para haber pasado solo siete años.

—Zorrita, tenemos un trato, no se te ocurra fallarme esta vez o las consecuencias serán... —y sonríe de forma sádica mientras le muestra el ojo azul amputado.

Conexión fallida

Mihai corta la conexión tras enviar el archivo con las fotografías de las piezas de arte que quiere que Livia robe. La señal de error aparece al instante.

—¿Qué coño pasa?

El albino lo mira con curiosidad.

—No te hablo a ti, imbécil, ¿cómo iba a preguntar a un mudo? Largo de aquí.

Mihai sigue tratando de averiguar lo que ocurre, quizás se trate del archivo adjunto, tal vez no se ha enviado del todo porque es muy pesado y por eso no se cierra la conexión. Espera unos largos segundos. Nada. Saca la tarjeta SIM y la parte en dos, el terminal lo arroja al suelo y lo pateo hasta que solo quedan trozos diminutos alrededor de la pantalla pulverizada.

Suspira, está furioso y eso hace que no respire bien.

Mil ideas le pasan por la mente. Solo una es la solución, solo puede haber ocurrido una cosa.

«Mierda, esa puta me la ha jugado. ¿Cuánto tiempo tengo para huir o preparar una defensa?».

A tan solo doce kilómetros de allí, Livia circula a doscientos kilómetros por hora por una carretera nacional limitada a ochenta.

Yippee ki-yay

El sonido de la llamada la asusta y da un leve volantazo, algo que podría haber resultado fatal a esa velocidad. Casi se ha salido de la carretera. Mira la pantalla del móvil, es el comisario, y descuelga.

—¿Livia?

—Dime.

—Tenemos la ubicación de la llamada que has recibido, pero no la transcripción de la conversación. ¿Qué ha pasado?

—Me pide una docena de obras de arte que están en la comisaría a cambio de no matar a Cristina.

—Imaginaba algo así.

—¿Estáis muy lejos?

—A media hora.

—Yo a menos de cinco minutos.

—No hagas una tontería. Recuerda lo que pasó cuando fuiste a hacer la entrega.

—¿Crees que ella saldrá con vida si rodeamos la casa y negociamos con un megáfono?

—Tú no sabes lo que puede pasar.

—Yo conozco a ese cabrón mejor de lo que tú jamás conocerás a nadie. Sabe que, por lo que ha hecho, lo extraditaremos a un país en el que lo busquen por homicidio y lo condenen a muerte. Antes de pudrirse en una cárcel bielorrusa o de Arabia Saudí durante un año, esperando la inyección letal, matará a Cristina y venderá cara su vida parapetándose en su casa, que tendrá bien equipada para hacernos frente.

—¿Y qué lograrás tú si te matan al intentar entrar sola?

—Eso es cosa mía. No puedo prometerte que pueda esperar.

—Livia.

—Tengo que dejarte, ya estoy llegando.

—¿Livia? ¿Livia?

Ella ya ha colgado.

Aparca frente a la casa de al lado. Desde dentro del coche observa la zona de chalés individuales rodeados de una generosa parcela. Las fachadas son de ladrillo amarillento con rejas y persianas marrones; el tejado, sobre la segunda planta, es el clásico de tejas de barro. Hay dos puertas de acceso al jardín delantero, una cancela que conduce al garaje anexo y una puerta para peatones y el cartero con telefonillo a la izquierda.

Todas las casas de la calle son idénticas. Parecen susurrar a todo el que pasa: «clase media».

«Media hora, media hora, media hora, media hora».

Un solo minuto más en el coche y le dará un infarto. Lo que ha visto en el vídeo ha encendido brasas en su estómago como para asar una vaca entera. ¿Media hora? No podrá hacerlo. Le da igual la placa, perder el trabajo, que la metan en la cárcel, incluso, pero no puede esperar. ¿Media hora? Sale y abre el maletero, allí están los dos equipos blindados y la escopeta con munición, además de la enorme maleta con el arma que ha solicitado. Se coloca el chaleco antibalas y, cuando va a abrir la maleta:

—¿Livia?

Se gira asustada. Allí ve a Nuria, se ha bajado de un taxi y ahora está a su lado.

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué haces tú? Te vi en el hospital, has ido a ver a los dos detenidos, luego te he seguido en un taxi. Nos has despistado cuando empezaste a acelerar, pero Marcos ha dado el aviso a todas las unidades con esta dirección.

—No deberías estar aquí.

—¿De qué hablas?

—La cosa se pondrá fea.

—¿Fea? ¿Has encontrado el sitio en el que tienen a Cristina?

—No es ese que miras, sino aquel de ahí.

—¿Vamos a entrar? Quizás esté malherida.

Livia no le cuenta lo que ha visto en la videollamada.

—Marcos me ha pedido que espere a que ellos lleguen.

—Pues no te he visto muy decidida a esperar cuando he llegado. ¿Piensas entrar sola?

—No deberías...

—Oye, no me infravalores, tengo el mismo rango que tú y llevo más tiempo en el cuerpo.

—No quería que sonase así, es que pienso que entrar sola me dará más opciones.

—¿Y la cobertura?

—Ni siquiera sabemos dónde está Cristina, tal vez disparemos a una ventana y la matemos.

—Pues te voy a explicar una lección que no se aprende en la academia.

Livia no sabe a qué se refiere y se queda boquiabierta cuando ve que Nuria se dirige a una vecina que pasea un perrito cerca de ellas.

—Buenas tardes, señora, ¿vive usted en esta urbanización??

—Sí.

—Pues las casas son preciosas. Tengo una duda, por cierto, necesito preguntarle dónde están los dormitorios, ¿hay alguno en la planta de abajo?

—No, abajo está el recibidor, la cocina, el salón comedor y un aseo.

—¿Y son todos los chalés iguales?

—Claro. ¿Por qué? ¿Está interesada en comprar una casa aquí? Ya le advierto de que no hay ninguna en venta.

—Márchese a casa.

—¿Disculpe? ¿Cómo ha dicho?

—Ya me ha oído, soy policía —enseña la placa—, váyase a casa, ya.

—Oiga, no me diga lo que tengo que hacer, ¿con quién se cree que está hablando? ¿Sabe quién es mi marido?

Nuria saca su pistola y la señora sale corriendo, arrastrando al perro.

Vuelve con Livia, que sigue junto al maletero abierto.

—Ya sabemos que los dormitorios están arriba, allí debe de estar Cristina, o en un posible sótano. Dudo que la tengan en la cocina o en el salón, viendo la tele. —Livia asiente en silencio—. Tenemos que asomarnos a las ventanas de la planta de abajo para tratar de averiguar cuántos son.

—¿Estás loca? Esto no es una película, si asomas la cabeza te dispararán.

—¿Loca? ¿Lo dice quien intentaba entrar ahí sola?

—En realidad no iba a entrar caminando y asomándome a las ventanas.

—¿Cómo, entonces?

—Pues tras haber enseñado la tarjeta de visita.

Nuria fue a preguntar a qué se refería, entonces Livia abrió el gran estuche que llevaba en el maletero.

—¿Qué coño es eso?

—Un fusil de asalto automático, pienso barrer toda la planta baja, y luego, aprovechando el desconcierto, entraré con la escopeta y la pistola y buscaré a Cristina.

—Menos mal que no estás loca. ¿Quieres ir a la cárcel? Podrías matar a gente inocente.

—Asesinos, son todos asesinos.

—Livia, cálmate, ahí dentro puede haber empleados inocentes, como un cocinero u otro empleado del hogar, y quizás más rehenes aparte de Cristina.

—Me da igual, no quiero pasar el resto de mi vida pensando que llegué tarde.

—Hagamos una cosa, deja que yo me acerque, tú me cubres desde el perímetro.

—Podrían dispararte a bocajarro desde una ventana, no serviría de nada que yo estuviera atenta, sería visto y no visto.

—Me arriesgaré. Si no nos esperan, no tienen por qué estar mirando a través de las ventanas. Vamos ¿o prefieres esperar a Navarro?

Livia mira su reloj, quedan veinte minutos para que lleguen el comisario y los demás.

—Está bien, pero espera a que prepare el arma. Ponte el otro chaleco antibalas, el casco y coge la escopeta, además de cartuchos y cargadores para la pistola.

Nuria parece temblar mientras se prepara, pero Livia mira para otro lado, no quiere tener que elegir entre sus dos mejores amigas, pero está segura de que aquello es lo correcto, de que tendrán más opciones, aunque Nuria cayese herida en el operativo. O muerta.

«Sí, aunque muriese...».

Saca el fusil, pesa algo más de lo que había imaginado. Recuerda cómo en el helicóptero lo portaba sin esfuerzo un policía, claro que era enorme, un oso pardo. Unos cinco kilos con el cargador doble conectado, ¿qué capacidad de retroceso tendrá? Bestial, seguro.

Cierra el maletero y se apoya con el arma sobre el mismo, quita el seguro y da un tirón seco a la espoleta superior, ya está la primera bala lista para salir en la recámara. El modo de disparo marca 1, ella lo coloca en 2. Ráfaga, o jodido infierno para los que conocen lo que es capaz de hacer esa arma. Ya está lista.

No es como un rifle de caza o de francotirador, no es estrictamente necesario colocar la culata en el hombro, ni apuntar con la cara pegada a la mira, salvo para usarlo en modo disparo 1: bala por bala. Livia apuntará una vez, aguantará la respiración mientras aparta unos centímetros la cara y pulsará el botón mágico.

—Nuria, cuando quieras.

Esta se lo piensa unos segundos. Livia sabe que está en el momento clave, el primer paso, y teme que Nuria se venga abajo, así que le espeta de pronto:

—*Yippe ki-yay*.

Nuria se gira con sorpresa en la mirada, sonríe y responde:

—*Yippe ki-yay*, hija de puta.

—Por Cris.

Nuria asiente y comienza a avanzar parapetada en la pared exterior de la parcela, así llega a la pequeña puerta de acceso peatonal. Deja la escopeta en el suelo, saca una ganzúa del pantalón y abre en dos segundos la cerradura.

«Mierda, ¿cuándo voy a aprender yo a utilizar las ganzúas?».

Livia, semiculta tras el coche, observa a través de la mira telescópica. Ahora que su

compañera va a entrar en la casa, se centra en vigilar las ventanas; por el momento no observa movimiento tras las cortinas. De noche no habría reflejos en los cristales de las ventanas y sería más fácil descubrir a quien estuviese allí esperando con un arma, pero no tiene tiempo para esperar tantas horas.

Nuria camina rápido en dirección a la puerta principal de la casa, a unos veinte metros. Un disparo desde la ventana de la izquierda de la planta baja la derriba. Sí que estaban esperando. El chaleco antibalas ha cumplido su función, pero si no se levanta pronto y se refugia, morirá cuando el que haya disparado comprenda que debe apuntar a la cabeza. Claro que para eso tiene que asomarse de nuevo a la ventana...

Es un tipo rubio, pero de piel bronceada, de unos treinta años y curtido en el gimnasio. Cuando se arriesga de nuevo en la ventana: la primera bala le entra por el codo, atraviesa por completo su tórax y se aloja en la pared del otro lado de la habitación, la segunda roza su cara, dejando un surco abierto, la tercera no hace blanco. Está muerto. Las tres balas, a una velocidad de 920 metros por segundo y disparadas desde 250 metros de distancia, lo han matado antes siquiera de oír las detonaciones del arma.

Livia respira hondo para calmarse, el retroceso del arma le ha dejado la mano temblando. No se ha puesto los auriculares, así que está medio sorda del oído derecho y no mucho mejor del izquierdo. La carrocería del coche, justo donde apoyaba la ametralladora, muestra un siete perfectamente dibujado en el metal.

Ahora hay dos preguntas por resolver: ¿Cuántos más hay tras las ventanas? Y ¿podrá Nuria ponerse a salvo?

La oficial de apoyo informático se ha levantado con un semblante de dolor y miedo a partes iguales, pero ha logrado su objetivo de llegar a la fachada y ya está con la espalda pegada a la pared, justo al lado de la puerta de entrada. Levanta un pulgar para que Livia sepa que está bien, pero su cara dice todo lo contrario. Va a caminar hacia la derecha, pero su compañera le hace una señal desde el coche. Cambia de rumbo y se dirige a la ventana destrozada por las balas. Al llegar, Nuria se agacha justo debajo y mira a Livia, esta le muestra un tres con la mano derecha, apunta y dispara otra ráfaga de tres balas a la ventana. Nuria salta al interior inmediatamente después, sabiendo que si hay alguien estará poniéndose a salvo y no listo para disparar.

Cuando Nuria desaparece de su vista, Livia comprende el error. Su compañera no tiene nada de experiencia en asaltos y se acaba de meter en un lugar del que no podrá salir con vida. La sirenas se oyen a lo lejos, quedan unos cinco minutos para que lleguen y unos doce para que entren en la casa. Demasiado tiempo. Nuria y Cristina estarán muertas para entonces.

El mechero

El disparo la despierta.

Siente la garganta mejor, como si le hubieran dado agua mientras estaba dormida o inconsciente. O quizás estaba despierta y no recuerda el momento.

Lo último que recuerda es... Sí, por eso le escuece y solo logra ver por el ojo izquierdo. Le apetece gritar con todas sus fuerzas, pero está demasiado débil y sabe que tampoco recuperaría el ojo con un grito.

Si unos días antes le hubieran preguntado por su reacción al perder un ojo, hubiera respondido que sería una catástrofe tener que llevar un parche o uno de cristal, además de perder un porcentaje altísimo de su capacidad de lucha cuerpo a cuerpo y de precisión de tiro. En cambio, ahora mismo, solo piensa en salir de allí, en las probabilidades que tiene de que aparezca de nuevo Antón y lo pueda convencer de que la suelte. Solo quiere salir para poder ver a su pequeña, a Pablo, a Livia.

Se siente extraña al observar a su alrededor con un campo de visión reducido y sin apreciar la profundidad, además del cosquilleo, más mental que físico, que le produce la sensación de que tuviese un ojo derecho invisible moviéndose a la vez que el otro.

Moscas, hay moscas en la habitación, antes no había. Siente cosquillas en la frente y en el pómulo derecho, se están dando un festín con la herida y eso provocará una infección tremenda. ¿Saldrán los gusanos a acompañar en la comilona a las moscas antes de que ella muera? Lo más probable es que...

Tres disparos automáticos.

«¿Una G36? ¿Llegó la caballería? ¿Eso es bueno o malo? Entrarán como un huracán, barriéndolo todo a su paso. Quizás Mihai, viéndose sin posibilidades de huir, decida matarme antes de ser capturado o abatido».

En la casa se oyen murmullos y pasos amortiguados por el sigilo que necesitan para contrarrestar el ataque. La puerta de la habitación no está cerrada del todo y ella trata de imaginar la escena, pero no logra más que pensar en ratones perdidos en un laberinto, buscando un trozo de queso que pueda volverse una trampa mortal.

No se oye nada más.

«No se oye nada más, entonces no se trata de la caballería, es un poli en solitario con un fusil. ¿Marcos? ¿Pablo? ¿Los dos? ¿Quién si no?».

—Tengo miedo.

Cristina levanta la cabeza y lo ve. Antón.

—Ven conmigo, Antón, así no te pasará nada.

—Hay hombres malos ahí fuera. Hombres muy malos.

—Yo puedo protegerte, pero necesito que me sueltes. ¿Aún tienes el mechero?

Prisa

Llegan al pueblo de El Portil desde la carretera nacional que accede directamente a la avenida Magallanes, así evitan el denso tráfico de la entrada principal desde Punta Umbría, aunque las rotondas cada doscientos metros no ayudan a ir tan rápido como habían planificado. Pablo se muerde las uñas desde el asiento del copiloto, Marcos trata de ganar cada segundo arriesgando sus vidas por el carril contrario. Tras ellos vienen diez patrullas y un helicóptero ya sobrevuela la zona.

—¿Cuánto queda? —pregunta el capitán.

—A esta velocidad es imposible saberlo, pero estamos a catorce kilómetros —responde el comisario.

—Eso es una eternidad. Esperemos que Livia no haya hecho una tontería.

—Esa chica es capaz de lo peor, pero también de lo mejor. Recemos para que esta vez se trate de lo segundo.

Pablo no ha rezado en toda su vida, pero hace una excepción al pensar que Cristina y Livia están en manos de esos peligrosos criminales. Hay gente que promete hacerse devoto, prender un número desorbitado de velas a la virgen que sea; otros, hacer el Camino de Santiago. El sevillano ahora mismo juraría por su vida que daría la vuelta al mundo caminando descalzo por tener a las dos chicas sanas y salvas a su lado.

Marcos no parece pensar en nada, bastante tiene con evitar un accidente fatal. Con su coche va abriendo el camino que siguen los patrulleros, pero no es sencillo porque algunos vehículos que debe esquivar ni siquiera le ven llegar.

—Deberían prohibir que la música dentro del coche superase determinados decibelios, vamos a tener un accidente por culpa de un grupo de críos que van con el reguetón a tope de volumen y no nos oyen.

A la derecha, las casas más alejadas del mar en el pueblo; a la izquierda, un infinito paisaje de encinas mecidas por el viento y bajo un sol excesivo para esta época del año. No se percibe ningún olor en el aire, cosa extraña, quizás sea porque el aullido de las sirenas del convoy lo monopoliza todo. El tiempo corre, corre mucho más rápido que el coche del comisario.

«Vamos, vamos, vamos».

Pablo no dice nada, y se muestra tan concentrado que parece que quiera impulsar el vehículo a más velocidad con su mente, como si sus deseos fuesen viento soplando unas invisibles velas instaladas en el coche, sus deseos o tal vez las súplicas por no perder a quienes más quiere.

Marcos parece leer la mente de su amigo y trata de distraerlo.

—Intenta llamar a Nuria de nuevo.

Pablo obedece sin cuestionarlo, pero, tras doce tonos, cuelga.

—Nada, sigue sin coger el teléfono.

—¿Dónde se habrá metido?

—Ojalá que esté en cualquier sitio menos al que nosotros nos dirigimos.

Marcos ya lo sospechaba. Que Livia y Nuria estén desconectadas es una muy mala señal. Una novata y una oficial de apoyo informático. Si deciden entrar en esa casa, no durarán ni un minuto.

Miedo

No mira antes de saltar al interior por la misma ventana que lo ha hecho su compañera, sabe que la zona está limpia porque no ha oído más disparos.

Observa que las seis balas del fusil han hecho más destrozos allí dentro de lo que imaginaba, no solo por el cadáver en el suelo, casi partido en dos y con una postura antinatural, sino por las paredes y techos destrozados que han llenado de polvo el aire, haciendo que la luz del sol a través de las ventanas cree caprichosas columnas etéreas, una luz grotesca que da entrada a la locura de una incursión de este calibre.

Nuria solo ha podido salir de la estancia por la única puerta, justo a la derecha. Livia avanza deprisa, sabe que su compañera va delante y no hay enemigos, pero también que Nuria puede oírla llegar desde detrás y dispararle por miedo a que sea uno de ellos. No confía mucho en la mirada de miedo que esgrimía su amiga unos minutos atrás.

Avanza por el pasillo, las dos puertas a ambos lados están abiertas, Nuria ya habrá controlado los...

«Mierda. Otro error más. Maldita sea, Livia, céntrate. Estoy dando por sentado que Nuria sigue viva y por la casa, cuando pueden haberla matado con un cuchillo o estrangulándola. Joder, espero que no, pero no puedo pasar por alto ninguna posibilidad».

Comprueba rápidamente, pero con seguridad extrema, el interior de las dos estancias. Vacías. Y sigue su camino. En el salón ve a Nuria. Suspira de alivio. En ese momento la tumban de tres disparos. Nuria cae al suelo, se acerca un tipo a ella y le apunta con su arma a la cabeza, la oficial está llorando a la vez que mira a su verdugo.

¡Bang!

Cuatro gramos de plomo encamisado en cobre disparados desde unos diez metros de distancia. Orificio de entrada en mitad del pecho: como una mísera nuez. Orificio de salida en la espalda: como un rechoncho melón. El tipo sale disparado hacia atrás y queda incrustado en la pared de ladrillos, literalmente.

Nuria se gira, aún llora y parece al borde de un ataque de pánico. Livia se acerca a ella corriendo.

—¿Estás bien?

—Oh, Dios mío. Oh, Dios mío. Oh, Dios mío.

—Nuria, Nuria, escúchame.

—Oh, Dios mío, vamos a morir.

—Cálmate, no va a morir nadie, esta noche salimos de copas, ya lo verás.

—Voy a morir, voy a morir. Me duele mucho el pecho.

—Escúchame. Estás es shock, y no me sirves así. Escóndete allí, tras ese sofá grande, y espera en silencio a los refuerzos.

Tiembla tanto que no es capaz de levantarse, ni siquiera suelta la escopeta para usar las dos manos. Livia sí suelta el fusil y le quita la escopeta, la ayuda a levantarse y la deja tumbada y oculta tras el sofá. Está a punto de sufrir un trauma del que podría no recuperarse jamás.

—Escúchame, ¿me oyes? Mírame. Eso es. Yo me encargo de todo. No te muevas de aquí ni hagas ruido, ¿entendido?

Nuria tiene la mirada perdida al infinito, incluso con su compañera a menos de un metro frente a ella. La cara surcada de lágrimas y polvo, y el temblor de todo su cuerpo, hacen pensar que estuviese recibiendo una descarga eléctrica. Livia le da un beso en la frente y vuelve a por las armas.

«Mihai, he bailado tantas veces con el diablo que esto no es más que una fiesta infantil de cumpleaños. Dentro de unos minutos bailaremos juntos por última vez».

El sonido de sirenas cada vez más cercanas se filtra por las ventanas.

La pistola en la cintura, la escopeta colgada a la espalda y el fusil ante su cara. Sigue avanzando, a sabiendas de que Nuria estará segura si no le da por gritar de miedo o hacer alguna tontería. Una sombra surge a la derecha, está en la cocina. Dispara y lo abate. Recibe el impacto de una bala que viene de la izquierda. Había un segundo emboscado. El impacto en el chaleco quema como un cigarro apagado sobre su piel, algo que Livia ya sintió un centenar de veces cuando era una niña; ahora ni parpadea al sentirlo. Descarga una ráfaga de nueve balas que destrozan por completo la cocina y los electrodomésticos. Las sexta y séptima balas provocaron un grito acompañado de dos salpicaduras que indicaban que la zona estaba segura.

Aun así se sentó en el suelo, sacó el cargador y miró el plástico translúcido. Cuarenta y tres. Los cargadores dobles llevan sesenta balas y ella ha disparado ya diecisiete. Lleva otro cargador más en el bolsillo trasero derecho, suficiente para demoler la casa si es necesario.

«Si salgo con vida de esta, voy a pedirle a Navarro que me deje quedarme con este trasto. En una batalla de armas de pintura seguro que impones respeto si sacas este puto fusil».

Al fondo, a pesar de seguir medio sorda, oye llegar las sirenas a la fachada de la casa.

«La caballería ya está aquí. Eso les pondrá nerviosos y pueden cometer un error».

Livia sabe cómo piensa Mihai, seguro que igual que sus empleados. Actuará de una forma diferente según sus posibilidades de salir de allí con vida. Teniendo un solo enemigo, se considerará fuerte y confiado. Si ve la casa rodeada, se convertirá en un suicida, además de arrastrar el máximo número de vidas con él.

Tiene que darse prisa, aunque sea lo último que necesita para tener éxito en esta misión. La planta baja está despejada, la de arriba será una locura, allí la esperará el grueso de las fuerzas de Mihai para vender caras sus vidas.

Tal vez tenga una oportunidad si...

—¡Mihai! ¡¡¡Mihai!!! ¡Rahat vomitat de un porc!

—¿Eres tú, zorrита? ¡Qué sorpresa! Esto que te has montado es mejor venganza que la de los afganos contra Rusia.

—Y aun así te ofrezco salir con vida y escapar antes de que la policía rodee la casa. Te quedan pocos minutos para que entren aquí arrasándolo todo. Entrégame a mi compañera y te marchas.

—¿Por qué no subes aquí y lo hablamos?

«No ha funcionado, Mihai está en modo suicida. Pero me queda una baza por usar».

—Que te hayas vuelto loco lo comprendo, pero ¿qué piensan tus hombres? ¿Van a morir o ser arrestados y expatriados a una cárcel rumana, o una peor aún, cuando pueden escapar?

Los murmullos que oye hacen pensar a Livia que ha sembrado correctamente la semilla de una rebelión ahí arriba.

Dos disparos.

Un cuerpo cae dando tumbos por las escaleras.

Mihai ha ejecutado a uno de sus hombres, el que primero se haya pensado abandonarlo, y así ha recuperado el control total sobre ellos.

«Bueno, al menos he logrado que haya uno menos. Por cierto, ¿cuántos serán y qué armas tendrán? ¿Solo pistolas, como los de aquí abajo?».

Subir las escaleras es un suicidio, literalmente, arriba la están esperando Mihai y los suyos desde una posición inmejorable para vencer en la contienda. ¿Cómo podrá lograr su objetivo sin pasar por allí?

Triple

Huele a sudor y a helado de vainilla, ambos bien impregnados en la misma camiseta de fútbol que llevaba la última vez que habló con él. ¿Eso fue hace horas o días? A estas alturas ya no puede precisarlo. El caso es que Antón la ha liberado y eso lo convierte en su mejor amigo en estos momentos. Al otro lado de la puerta, abierta solo en un pequeño resquicio, se ve mucho movimiento, no parece la mejor ocasión para salir, menos aún en su estado tan débil y sin armas.

—Vamos a jugar, vamos a jugar.

—No podemos, Antón. ¿No oyes esos disparos? —dice Cristina mientras trata de ponerse en pie, está más débil de lo que había imaginado—. Hay hombres buenos y hombres malos disparando. Es muy peligroso.

—¿Los hombres malos te hicieron eso en el ojo?

—Sí, los malos. Ahora dime cómo salir de aquí sin pasar por ese pasillo.

—¡Saltamos por la ventana!

—Chsss, calla. No podemos saltar, nos haríamos mucho daño.

—Daño no, daño duele.

—¿Sabes lo que es un arma?

—¿Pistola?

—Sí. ¿Hay alguna en la habitación?

—En mi habitación no, papá se enfadaría si se entera.

—¿Si se entera? ¿De qué se va a enterar? Soy tu amiga, yo te cuidaré, solo dime si tienes alguna y verás qué divertido.

Cristina mira en todo momento a la puerta, no se fía de ser sorprendida, aunque tampoco podría defenderse de un ataque a golpes, menos aún de uno con armas.

—¡No! ¡Papá se enfada si se entera! —Se lleva las palmas de las manos a las orejas y menea la cabeza sin control de derecha a izquierda.

—Está bien, está bien. Quédate mirando por la puerta, en silencio, no digas nada y avísame si se acerca alguien, ¿de acuerdo?

—¿Es un juego?

—Sí, vigilamos a los malos. Tú hazme caso y no dejes de mirar.

Cristina ha oído un último disparo hace unos segundos.

Cuando Antón está de espaldas, comienza a registrar el dormitorio. Los cajones del escritorio están llenos de muñecos y coches pequeños. Los del mueble cómoda tienen ropa. Los de las mesitas de noche, calcetines y ropa interior. Antes de ir al armario, se agacha y mira bajo la cama: revistas porno de los años noventa, apelmazadas; zapatos malolientes y varias cajas, una con zapatos, otra con zapatos y la siguiente con dos pistolas, un cargador vacío y un cuchillo de cocina. Todo un botín. Prefiere no preguntar a Antón para qué querría almacenar aquello, qué tenía pensado hacer con esas armas que seguro robó a sus compañeros en la casa.

Una de las pistolas no lleva cargador, la otra lleva uno con seis balas; la examina a conciencia, parece que tiene algo de óxido, como de unos cinco o seis meses sin limpiar y recibiendo la humedad de la zona, quizás no dispare o le estalle en la cara, pero es mejor que nada. También se guarda el cuchillo en un bolsillo trasero del pantalón.

—Antón. —Este se da la vuelta—. Quiero que mires ahora por la ventana, verás cómo llegan los piratas.

—¿Piratas? ¡Increíble!

—Sí, pero en silencio, no hagas nada de ruido o los piratas nos harán daño.

Antón se lleva el dedo índice a la boca mientras sonríe, camina hacia la ventana y se asoma con cuidado. Mientras, Cristina vuelve al resquicio de la puerta. Se gira una última vez y observa a Antón, está obedeciendo, de espaldas a ella.

Camina despacio, sin hacer ruido, no se adapta a su nueva percepción, no consigue calcular cuántos metros hay hasta el final del pasillo, solo puede seguir avanzando.

De repente oye a Livia negociando con Mihai. Esperaba que fuese Pablo o Marcos, aquello hace que el corazón le dé un vuelco.

Permanece lo más quieta que puede, a la espera de una respuesta. Oye dos disparos y un gruñido, luego ve cómo arrojan al que sería uno de los esbirros de Mihai por las escaleras. La negociación ha terminado. Cristina trata de aprovechar el momento. Si solo hay seis tipos allí y su puntería no se ve muy afectada a esa distancia corta, puede acabar con todos o casi todos. Mejor que la maten a ella que a Livia. Puestos a elegir...

Llega al final del pasillo, respira hondo, comprueba que el arma no tiene el seguro puesto y asoma la cabeza un segundo, lo suficiente para saber dónde está cada uno. Son cuatro.

No se lo piensa más, sale y los abate, un disparo al pecho a cada uno, no llevan chalecos antibalas, así que solo uno de ellos requiere un disparo más para asegurarse de que no se le ocurren ideas peligrosas. El segundo que ha abatido es el albino que la mutiló.

—¿Livia! ¿Me oyes? Sube, está despejado.

La presión del arma en la espalda llega al mismo tiempo que el filo en su cuello. No espera a que le den la orden. Ha cometido un error y ahora solo puede colaborar, ser dócil para esperar y rezar por que se presente una nueva oportunidad. Acaba de tirar la pistola al suelo. Con un poco de suerte, el de atrás no se habrá dado cuenta de que lleva el cuchillo en el bolsillo del pantalón.

—Esa zorrilla y tú sois imposibles de matar, parecéis cucarachas. No imaginas el dinero que os pagaría para que trabajarais para mí.

—Suena tentador, podemos sentarnos los tres a hablarlo. ¿Ofreces seguro dental?

—Derrotada, humillada, malherida, mutilada, casi desfallecida, pero siempre con humor. Bruce Willis ha hecho mucho daño con sus películas. Pero deberías saber que un poli no sobrevive a una situación como esta, menos si cree que bromear le ayudará.

—Yippee ki-yay hijo de puta.

—¿Qué pasa ahí arriba? ¿Cris?

—Cuidado, Livia.

La chica sube despacio, casi oculta tras el fusil. Le quedan unos peldaños, pero ya puede ver cómo Mihai se ha refugiado tras Cristina. La diferencia de tamaño hace que la inspectora parezca un dibujo impreso sobre la ropa del criminal. Livia podría acertarle cien disparos en el cuerpo sin que peligrase la integridad de su amiga, pero todos ellos provocarían que un acto reflejo de Mihai acabase en tragedia.

—Quédate ahí y escucha atentamente, puta. Quiero que, cuando lleguen tus compañeros, les digas que deben marcharse, pero antes dejarán un coche patrulla con el depósito lleno. Nos marcharemos tu amiga y yo. Si veo que nos siguen, le pegaré un tiro, ¿entendido?

—¿No te llevarás a Antón? —pregunta Cristina.

—A ese puto engendro debí matarlo cuando nació, seguro que fue él quien te desató. Era más dócil cuando lo tenía encerrado en el sótano. Y se acabó la conversación. ¡Tira las armas!

Livia deja el fusil con cuidado en el suelo, luego la escopeta. Cuando va a desenfundar su arma, despacio y con dos dedos, Mihai le dispara al pecho y ella cae escaleras abajo. Cristina reprime un grito, pero se ha movido lo suficiente para que el cuchillo le haya cortado la piel en el cuello. Ahora siente un hilo de cálida sangre recorriéndole el pecho y el estómago.

—¡Eh, zorruta! Sé que estás viva y que me oyes. La próxima vez te dispararé a la cabeza. Sal fuera y obedece, tienes diez minutos.

—Mihai —susurra Cristina—, la cosa se ha puesto muy fea.

—Calla o te mato.

—Yo sé que voy a morir hoy, y estoy preparada. Puedes disparar o cortarme el cuello cuando quieras. ¿También estás preparado tú?

—Algún día hay que morir.

—Eso suena a tipo que va de duro pero no engaña a nadie. Te has retirado a una casa preciosa con vistas al mar, te has acomodado y comenzado a disfrutar de la vida. Sin duda que ya no eres aquella roca impenetrable de hace diez o quince años. No engañas a nadie. ¿Quién crees que se tragaría lo de que estás listo para morir? Eres todo fachada, todo batallitas del pasado para intentar alargar un poco más tu estancia en el trono de tu mierda de organización.

—No te voy a repetir que te calles.

—¿Has pensado en el otro lado? ¿En la muerte? ¿Qué vas a hacer cuando tengas que enfrentarte a todos los que has matado? ¿Imaginas la eternidad sufriendo el castigo infinito de las miles de personas que te torturarán?

Mihai, en un movimiento mucho más rápido del que se puede imaginar para alguien de su tamaño, tira el cuchillo al suelo y apunta con la pistola a la cabeza de la inspectora, presionando con tanta fuerza que provoca un gruñido de esta.

—Se acabaron los juegos, deja de hablar de una puta vez y camina. Si tu amiga hace lo que tiene que hacer, haré que mueras rápido.

Al tercer paso que dan, Livia vuelve a aparecer, empuña su pistola y apunta a la cabeza de Mihai, pero este se refugia tras la cabeza de Cristina.

«Ya me gustaría ver aquí a un guionista de Hollywood, piensa Livia. Uno de esos que siempre muestran al malo detrás del escudo humano, pero asomando media cabeza. Seguro que los que escriben esas escenas nunca han tenido que meter el hocico en un panorama como este. Seguro que son guionistas y escritores gordos que inventan situaciones mientras se atiborran de Coca-Cola y Doritos en su sillón ergonómico del sótano de casa».

No se ve un solo milímetro de la cabeza de Mihai, solo la cara mutilada de su mejor amiga: nariz rota, ojo amputado, labios llenos de costra y la frente con sangre seca apelmazando parte del cabello. No, no es Cristina, no es su ángel inmaculado, y los que la han transformado en eso lo están pagando. Ya solo queda uno.

Livia siente una presión enorme en el estómago cada vez que observa la cuenca del ojo vacía y ensangrentada.

—Al final vais a morir las dos. No me has obedecido y eso hace que el juego se termine aquí.

—¿Y cómo piensas hacerlo? Si disparas a mi amiga, te acribillo. Y para dispararme a mí, tienes que salir de detrás de ella el tiempo suficiente para que yo te dispare. ¿Qué has pensado hacer?

Cristina comienza a hacer muecas con la cara. Livia no comprende lo que quiere decir.

—¡Vamos! Asoma la cara para que te dispare, cabrón.

Cristina cada vez es más expresiva, pero Livia no le presta atención, prefiere no mirarla a la cara.

Mihai comienza a caminar despacio hacia atrás, arrastrando a la inspectora.

Livia comprueba que Cristina trata de hacer que mire hacia abajo. Livia observa el suelo, pero no hay nada. No sabe qué quiere decir.

—¡Tres puntos! —grita Cristina.

—¡Calla!

—¡Triple! —vuelve a gritar.

—¿Qué coño dices? —Livia no deja de apuntar con su pistola.

—¡Que os calléis joder! ¡Os voy a matar!

«Tres puntos, triple, mira abajo. ¿Qué coño quieres? ¿Te has vuelto loca? ¿Es eso, estás loca? ¿Triple? ¿Abajo?».

Entonces Livia lo ve, lo ve tan claro que se siente de lo más estúpida. La situación de la que hablaron aquella noche viendo una película en el sofá de casa de Cris. La situación con rehén como escudo humano. La mano derecha de la inspectora, a la altura de la cintura, tiene el pulgar y el índice formando un círculo, los otros tres dedos apuntando arriba, como le enseñó Pablo aquella noche.

La señal.

Livia observa la cara de Cristina y asiente casi imperceptiblemente con la cabeza.

Cristina parpadea una vez con el único ojo que le queda.

Livia apunta en mitad de la cara de su amiga y comienza a apretar el gatillo.

Parpadea dos veces.

«Espera, espera. ¿Era tres y luego disparo o disparo justo en el tres? Joder, joder, joder».

¡Bang!

El dinero

El comando barrió la casa sin encontrar más que agujeros de bala y cadáveres, así hasta llegar a la planta de arriba, donde Livia y Cristina seguían abrazadas en el suelo. Las chicas no reconocieron a los dos que iban en cabeza, con el mismo traje de incursión que el resto, incluyendo la cara tapada; Pablo y Marcos tuvieron que acercarse despacio e identificarse. El capitán sufrió un impacto enorme al ver el aspecto de Cristina, aún se está recuperando abrazado a ella y sentados en un amplio sillón, el único de la casa que no está agujereado. Nuria está siendo atendida por la ambulancia; cuando llegaron los refuerzos, seguía desmayada tras el sofá donde Livia la dejó; sus compañeros se asustaron al pensar que estaba muerta. Marcos, por su parte, no sabe qué decir; la acción de Livia ha sido la más suicida que recuerda en toda su carrera, pero ha acabado con una red de crimen organizado de las peores del continente y sin sufrir una sola baja en el equipo, y eso incluye el rescate, casi sana y salva, de su mejor inspectora.

—Esto parece Sarajevo —susurra el comisario—. La que habéis montado...

—No me mires a mí —responde Cristina—, esto lo ha hecho ella solita.

—No sé qué voy a decir en la rueda de prensa de dentro de dos horas.

—Seguro que se te ocurre algo. Por cierto, Marcos, ¿me puedo quedar con el fusil de asalto? Es una pasada.

—¿Sabes el miedo que me produces en este momento, Livia?

Unos minutos después, la chica se encuentra recorriendo la casa junto al comisario y un agente que toma nota a toda velocidad.

—Entonces pensé que Nuria podía haber sido atacada con un cuchillo o recibido un golpe, por eso no había oído más disparos. Comencé a avanzar más despacio, asegurando cada estancia, y al poco me topé con Nuria, que recibió tres balazos en el chaleco y cayó al suelo a pocos metros de mí. Disparé a los dos atacantes y comprobé que Nuria estaba bien, pero en un estado mental que nos pondría en riesgo a las dos, así que la oculté tras ese sofá, le quité las armas y seguí avanzando por la casa. Mirad, seguí justo este camino, acompañadme.

Los gritos llegan de repente, tanto los de dos policías que seguían inspeccionando otros lugares como los de Antón, que forcejea poniendo en un aprieto con su fuerza a los dos agentes.

—¿Qué está pasando? —pregunta el comisario.

—Lo hemos encontrado escondido en el sótano. Se ha resistido.

—Pues claro que se ha resistido, ¿acaso no tienes ojos? Tratadlo con más cuidado, llevadlo con los sanitarios y no dejéis que escape, podría echar a correr y que a algún lumbreras como vosotros se le ocurra dispararle.

Livia se alegró de no habérselo cruzado por la casa, le hubiera disparado antes siquiera de observar sus rasgos faciales y comprender que no era un enemigo.

«95, esa es mi nota en la prueba de tiro. Por más que lo intenté entonces y muchas más veces después, nunca pude abatir al homicida que tenía una rehén como escudo humano, siempre disparaba en mitad de la cara a la pobre mujer, menos mal que era de cartón. Hoy he hecho lo mismo, pero con cabeza, con coordinación, hoy he sacado un 100. O tal vez no. Si me hubiera cruzado con este pobre desgraciado por el pasillo, lo hubiese partido en dos con el fusil sin dejarle hablar siquiera. La prueba de tiro está bien, te hace pensar un poco, pero no es nada

comparado con la vida real, con entrar en una casa donde las dianas de cartón también disparan, donde los rehenes que se usan como escudos humanos son tu familia, donde tu compañera sufre una crisis nerviosa, donde puedes cruzarte en el pasillo con un chico con síndrome de Down. Donde pueden ocurrir esas y docenas de cosas más sin previo aviso».

—¿En qué piensas?

Livia se gira, es Cristina, con media cara vendada, pero el mismo aspecto horrible de antes.

—En lo difícil que es este trabajo.

—Muchos policías, yo misma me incluyo, hemos pensado en dejarlo tras experiencias como esta.

—No me refería a traumas y eso, qué va, ha sido muy divertido, como jugar al Call of Duty.

Cristina abre la boca. Pablo está aún más sorprendido.

—Me preocupas, ¿lo sabes?

—No, te lo digo en serio. Al margen del miedo por llegar tarde y que... ya sabes, que te hubieran matado o hecho algo peor que lo del ojo, la sensación ha sido brutal. Esta noche no podré dormir. Si a Nuria no le recetan muchos Transilium, le preguntaré si quiere salir a tomar una copa.

—Vale, pero no te lleves el arma, ni el fusil de asalto.

—Ja, ja, ja. No me negarás que ha sido la leche, y nos ha salido bien lo del triple, la cuenta atrás. Menuda suerte.

—¿Cómo que suerte? Lo habíamos hablado, uno, dos y disparo.

—Sí, bueno, o uno, dos, tres y disparo. No me acordaba.

—¿Perdón?

—Era un cincuenta por ciento de probabilidades de éxito. Iba a disparar al uno, dos, tres y disparo, pero los nervios me hicieron disparar un segundo antes.

—¿Livia?!

—¿Qué? No te quejes, sigues viva y el disparo salió cojonudo. Te apunté entre los ojos, bueno, entre el ojo y el agujero, te apartaste justo a tiempo y le metí la bala en mitad de la cara a ese cerdo. Quiero la foto de la científica para ponerla en mi dormitorio, de recuerdo.

—Por Dios, dime que eso es una broma.

—Pues claro, tonta, dame otro abrazo de esos tuyos.

—No tengo tantas fuerzas, hoy aprietas tú.

Livia obedece y aprieta hasta no hacer daño, y así permanece unos segundos. Por fin ha recuperado a su hermana, a su ángel.

—Oye, me ha dicho Marcos que el seguro de la Policía te pagará un ojo de cristal que casi no se diferencia de uno de verdad.

—¿Sí? Me alegro, ya me imaginaba a Evita bien feliz por pensar que su madre es una capitana pirata con parche y todo.

—No me extraña... Y también me dijo Marcos que un policía muy famoso de la tele también tenía un ojo de cristal, y que resolvía muchos casos. Un tal Colombo, no lo conozco, ¿estaba bueno?

—No.

A su alrededor se está interpretando un concierto: Análisis y búsqueda de pruebas en Fa menor. Dos forenses y seis ayudantes, además de veinte técnicos de la científica. Un concierto tan bien dirigido que nadie osa interrumpir a las que han sido protagonistas casi una hora antes. Nuria aparece y se sienta al lado de sus amigas y compañeras. Pablo y Marcos las dejan solas.

—Hola.

—Ven aquí, anda. ¿Cómo estás?

—Drogada. Si me caigo al suelo, ponedme una almohada o un cojín debajo. Gracias.

—Descuida, lo haremos. Aunque si caes de cara, ya llevas los dos airbags.

—No estoy hoy para muchas bromas, lo siento si no me río. Creo que me voy a ir a casa, solo quería darte las gracias, Livia.

—¿A mí?

—Claro, por hacerlo todo tú. —Rompe a llorar y sus amigas la rodean con un abrazo—. No sirvo más que para estar delante del ordenador.

—No digas eso.

—Pues claro que sí, soy una inútil, casi me meo encima de miedo. Bueno... creo que, por el olor, me he meado.

—No —interrumpe Cristina—, esa he sido yo.

—Da igual, podía haber muerto; o peor aún, podía haber provocado que vosotras...

—Déjate de tonterías y olvida esto.

—Nunca, nunca podría olvidarlo. Te dejé sola contra todos esos cabrones, Livia, muerta de miedo tras un sofá. Es una suerte que no te hayan herido.

—Bueno, cuando Mihai disparó a mi chaleco antibalas y caí por las escaleras, creo que me hice daño en las costillas.

—Tu primera marca de guerra —apunta Nuria, tratando de sonreír.

—Sí, justo aquí —dice a la vez que levanta la camiseta hasta el pecho.

—Ooooooh, Dioooooos mííío. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué es eso? Livia, ¿qué te han hecho? ¿Qué es eso?

—Tranquila, tranquila, solo son cicatrices.

—Oh, Dios mío. Oh, Dios mío.

—Nuria, cálmate, no me duelen, son de hace años.

Nuria tiene que ser calmada por Cristina ante la visión de las marcas que cubren todo el torso de la chica, cicatrices de quemaduras, cortes y otras heridas más serias, ni un solo centímetro cuadrado de piel sin testificar sus años de infierno. Solo Cristina las había visto. Jamás se ha desnudado en los vestuarios de la comisaría ni intimado con un chico con la luz encendida. Ni siquiera iba a la playa y la piscina con la excusa de sentarle mal el sol.

La reacción de Nuria le hace comprender que quizás sea pronto para mostrarse, tendrá que vivir unos años más ocultando las huellas de un pasado cada vez más lejano. Pero no es eso en lo que piensa Livia ahora, en absoluto:

«¿Era uno dos y dispara? Joder, yo pensaba que era uno dos tres y dispara. Menuda potra».

Flashes, focos, hay más que nunca. Marcos apenas oye quién le pregunta ahora, así que no sabe a dónde mirar. Están en una sala de la Casa Colón, una más grande de lo habitual para dar la rueda de prensa. Apenas le dejan contestar cuando ya aparece otra pregunta nueva. Cuando llegue a casa, Laura volverá a decirle que parecía lelo ante los periodistas, sin parar de titubear ni saber a qué cámara responder.

—¿Se han encontrado obras de arte robadas en la vivienda?

—No, pero estamos buscando inmuebles, como locales o contenedores del puerto, en busca de ellas. Tenemos que examinar los documentos, la mayoría en rumano, que hemos encontrado en la vivienda.

—¿Es cierto que se dedicaban también a la trata de blancas y de menores?

«¿Cómo coño se entera esta gente de todos los detalles?».

—Esa parte de la investigación aún es confidencial, les informaremos en cuanto tengamos un informe definitivo.

—¿La inspectora secuestrada se encuentra bien? ¿Saldrá con vida?

—La inspectora se encuentra bajo atención primaria en el hospital, es posible que reciba el alta mañana mismo.

—¿Es cierto que una policía novata de veinte años ha entrado en la casa en plan videoconsola y ha arrasado con todo?

—Por favor, no crean ese tipo de cosas que solo ocurren en las películas. La operación fue llevada a cabo por un comando completo de las fuerzas de asalto de la Policía, con todas las medidas de seguridad y los protocolos pertinentes.

Marcos evita la sonrisa como puede. Sobre el atril descansa su teléfono móvil boca abajo. Unos minutos antes ha recibido un mensaje que no ha tenido tiempo de contestar, ni siquiera sabe cómo podrá hacerlo.

<Buenas tardes. Nos acaba de llegar un informe sobre una oficial a su cargo: Livia Craciun. Estamos interesados en su incorporación en nuestro cuerpo policial. Por favor, llame lo antes posible para tener una entrevista con usted, deseamos un informe extraoficial y confidencial sobre las capacidades de la policía mencionada. Atentamente: Mathew Herbert, comisario de la Europol. La Haya, Holanda>

Hace media hora que se ha puesto el sol y comienza a refrescar, los transeúntes están en ese punto de inflexión en el que se fusionan los que regresan de dar un paseo para cenar en casa con los que salen a cenar fuera y tomar una copa después. Livia espera en la esquina en la que ha quedado, parece que ella ha sido más puntual que su cita. O no. Un precioso Porsche rojo frena a su lado y baja la ventanilla del acompañante.

«¿Qué pasa? ¿Me he vestido hoy tan provocativa que me han confundido con una puta? Todavía le suelto una hostia al gilipollas este como se pase de listo».

—¿Vas a entrar o qué?

Livia reconoce la voz y se agacha para mirar dentro del vehículo.

—¿Marcos?

—Vamos entra. —Livia pasa al interior, mirándolo todo con la boca abierta—. Es un regalo de Laura, vende más libros que nunca y ha tenido el detalle. Aunque creo que se trata más bien de un pago por años dándole información privilegiada para sus novelas.

Marcos arranca y pone rumbo al puerto, cerca de la comisaría.

—Dile que mi cumpleaños es el mes que viene, y que acepto coches espectaculares como este.

—Pues hablando de Laura y de ti, esta tarde le he contado algunos detalles del caso y está loca por hablar contigo, te va a fusilar a preguntas con su grabadora.

—¿Y para qué quiere hablar con...? No... no, ¿no? Noooooo. ¡¡Aaaaaah!! —Marcos casi se sale de la calzada con el susto, además de quedarse sordo—. ¿Va a escribir una novela sobre el caso? ¿Seré la protagonista? ¿En serio? ¿En serio? ¡Me putoencanta! ¡Adoro a tu mujer!

—Bueno, no te entusiasmes, dice que tu nombre suena raro, que quizás lo cambie por Noelia.

—¡Será zorra!

—¡Livia!

—Noelia es nombre de perrita faldera repelente.

—Bueno, eso ya lo tratas con ella.

Tras lograr Marcos aparcar medianamente cerca del restaurante, se acercan al mismo dando un paseo. La brisa que proviene de la ría es fresca, pero Livia parece no acusarla. El comisario se pone la cazadora. Tienen una reserva en La Cantina del Puerto, donde el camarero les da una mesa con vistas privilegiadas al reducto del atardecer sobre el agua. Aún no hay muchos comensales y se oye a la perfección la voz de Sam Cooke por el hilo musical. Es uno de los lugares favoritos del comisario, por eso lo eligió para invitar a Livia cuando esta le propuso no dejarla sola esta noche.

—Parecemos una parejita de enamorados, seguro que eso es lo que ha pensado el camarero. —Marcos sonrío ante el disparate de la chica—. Gracias por haber venido, no quería quedarme sola en casa ni estar con Cristina y Pablo en un momento en que deben estar solos.

—No creo que les molestases.

—Claro que sí, ellos necesitan su espacio. Y han llegado hace una hora del hospital, a Cris le han tenido que desinfectar la herida del ojo y el corte del golpe en la cabeza cuando la abordaron en la calle.

—Espero que se recupere pronto, especialmente en su interior.

—Cris es muy fuerte, ya pronto estará dando guerra por la comisaría. Además, también lo he dicho antes por tí, tienes dos hijos y casi no ves a tu familia por culpa del trabajo.

—No creas, Laura está encantada con que haya venido a cenar, sobre todo por si logro convencerte de que le cuentes la experiencia del caso.

—Pero si yo no tengo problema alguno en contarle todo lo que quiera saber.

Marcos le guiña un ojo.

—Ya entiendo —añade ella—, le has dicho que yo no quería y así... Jo, para ser un abuelo eres un tío de puta madre, no me extraña que Nuria haya estado años colada por tí.

—¿Cómo?

—¿Qué?

—¿Has dicho...?

—Qué sed. Mira, ahí viene el camarero. ¡Eh, tú, aquí, tenemos sed!

—Me hago mayor, definitivamente me hago mayor —murmura Marcos.

«¿En serio me ha llamado abuelo? ¿Y qué es eso que ha dicho sobre Nuria?».

El camarero les toma nota de la bebida y de unas tapas típicas de la casa. Al poco trae la cerveza sin alcohol de Marcos y el vodka con cola de Livia.

—Bueno, ¿de qué hablamos? —pregunta la chica tras beberse la mitad de la bebida de un sorbo—. ¡Qué sed tengo!

—Quizás no quieras hablar del trabajo, pero tengo aún muchas dudas y en el informe no han quedado muy claros determinados puntos importantes.

—La dirección de Mihai, ¿verdad? Yo estaba muy cerca de su casa cuando me llamó. Quieres saber cómo yo lo supe mucho antes.

—Mismamente.

—Visité en el hospital a los dos detenidos por mi intento de secuestro. Recuerda que me habías dado invisibilidad, como a la Dama Blanca.

Marcos no dice nada, en realidad nunca lo hizo, pensó que Livia daría palos de ciego y no creó el sistema de protección a su alrededor como había prometido en la reunión. También tocó madera durante esas horas para que la chica no cometiese un delito.

—No me creo que esos dos te dijese la dirección de Mihai solo con preguntárselo.

—Claro que no, pero lo que voy a explicarte es algo que tenía que hacer en privado, solo lo sabremos tú y yo. Ni siquiera Cristina y Nuria lo saben. —Marcos tiene la cerveza a mitad de

camino de la boca, está paralizado por la intriga—. Teniendo los datos de la Europol de estos tipos, que coincidían, además, con la documentación de sus carteras, Nuria buscó pisos que se hubieran vendido o alquilado a ellos, dando con dos direcciones en el pueblo de San Juan del Puerto.

—¿De ese modo encontró también la de Mihai?

—No seas tan impaciente. Tengo sed, me voy a pedir otra copa. ¡Eh, tú, camarero! ¡Otra! — grita a la vez que señala el vaso vacío en alto. Marcos solo puede sonreír, las lecciones de Nuria surten efecto—. Mihai llevaba años asentado y era invisible, eso implicaba una nueva identidad, que desconocíamos, y seguramente testaferros que compren o alquilen en su nombre, eso me lo dijo Nuria.

El camarero trae la copa y Livia le guiña un ojo tras decirle «gracias, guapo. Esa comida, que no tarde».

—¿Por dónde iba? Sí, por las direcciones. Nuria las encontró y yo fui a registrar las casas. — Marcos hace un gesto de desagrado al oír eso, pero ella no hace caso y continúa—. Conozco a estos miserables y sé que siempre llevan consigo sus ahorros, no confían en los bancos y guardan un porcentaje de cada trabajo. En definitiva, encontré su dinero y solo tuve que visitarlos en el hospital y decirles que Mihai les había abandonado a su suerte, que si colaboraban, no solo pasarían unos pocos años en una cárcel de España, en lugar de ser juzgados y encarcelados en un país con condiciones mucho peores, sino que también podrían recuperar su dinero. Les di mi palabra y esos dos idiotas cantaron en menos de dos minutos.

—Pero eso puede ser usado en nuestra contra en un juicio.

—Es su palabra contra la mía. Yo solo fui a pedirles por favor una colaboración; lo pactado en las habitaciones solo lo saben ellos, yo y ahora tú.

—¿Y te has quedado con su dinero?

«Pues claro, es para ti».

—¡No! Bueno, sí. Pero no para mí, pensé en los recursos limitados de la comisaría, en comprar o alquilar material para casos complicados que necesiten una inversión. El dinero es para ti, para que no tengas que depender del ministerio.

—Es increíble que hayas pensado en los demás y no en ti misma, pero eso no quita que sea un dinero incautado de los registros ilegales de dos viviendas. Tendremos que dejar ese dinero allí y convencer a los compañeros de la científica para que en sus informes no apunten que las casas ya habían sido registradas anteriormente y de forma anómala.

«Menuda mierda».

—Pues tendrás que contratar una empresa de limpieza antes de que lleguen los de la científica, porque lo dejé todo hecho un vertedero.

—Joder, Craciun... Por cierto, ¿es mucho dinero?

—Mucho. Unos doscientos mil euros.

Rumanía

Tose.

Se va a morir. Y si no lo hace hoy, lo hará durante la noche o mañana.

Cada día igual. Así lleva más de un año. Convirtiéndose en un guiñapo sobre la cama.

Tose de nuevo, tose como si sus pulmones ya se hubieran cansado de trabajar en las peores condiciones posibles durante demasiados años. La mina y el tabaco los han convertido en dos bolsas arrugadas y forradas de alquitrán y carbón.

Desde hace dos meses no solo tose, también se ha vuelto más gruñón, aún, y algunas veces se hace las necesidades encima. Ella piensa que es más por molestar que por no darle tiempo a decirlo para que lo ayude a ir al baño. Ya casi no lo reconoce. ¿O siempre fue así de desconsiderado?

Los niños ayudan poco, tres se han marchado y los otros dos no están por la labor ahora que su padre no puede castigarles con la correa, como antes.

Desde que la niña se fue...

Echa de menos a Livia, a su manera, pero la echa de menos. Seguro que ahora estaría día y noche al lado de la cama, asistiendo a su padre. Pero ya no está. La vendieron en cuanto tuvieron la oportunidad. La vendieron por un buen precio porque padre y ella pensaron que solo daría problemas, que no lograrían hacer una mujer de una niña tan flacucha.

La vendieron. Y ahora ya no está.

Vuelve a toser, parece que ya le queda poco, va a morir de un momento a otro.

—¡Comida!

Pues no, parece que hoy también sobrevivirá. Ella se marcha a la cocina e improvisa lo que puede con las sobras de los días anteriores, si es que allí sobra algo a la hora de comer. Una sopa con cuatro fideos, tres trozos de carne tan dura que no se puede roer y algo de pan duro; al hervir, el caldo ablandará los ingredientes a la vez que saca su sustancia.

Cuando va a llevársela a su marido, oye el timbre de la puerta.

—¿Leon? Es temprano para que hayas llegado —gruñe a su hijo mayor—. Espero que no te hayan despedido de este empleo también.

Tras abrir, frunce el ceño al comprobar que no es su hijo, sino un mensajero.

—¿Es esta la casa de Alin y Ionela Craciun?

—Sí, ¿qué quieres?

—Un paquete.

—No he pedido nada.

—Está pagado. Si no lo quiere, me lo llevaré.

—¡Espera! —Se aferra a la caja de cartón con sus manos huesudas y retorcidas por la artrosis.

—Que pase buen día.

Ionela le responde cerrando la puerta en sus narices. La caja tiene el tamaño de la que envolvería un microondas y es pesada, bastante. Entra en la cocina y la deja sobre la mesa. La sopa se va a enfriar y se la lleva a su marido. Se sienta en el borde de la cama y comienza a darle cucharada tras cucharada, despacio, hasta que la luz decae al otro lado de la ventana y siente que abre la puerta uno de sus hijos, seguro que Sandu, ese nunca olvida la llave.

—¿Qué es esto?

Se había olvidado del paquete sobre la mesa de la cocina.

—Lo ha traído un mensajero. Espera, voy a abrirlo.

Llega a la cocina con el plato vacío y observa a su hijo de pie ante ella, teniendo el triste recuerdo de ver a su propio marido treinta años antes, con el mismo mono manchado de carbón al regresar de la mina. Entonces llevaban semanas casados. Ahora se muere en la habitación del fondo.

Sobre la caja de cartón hay un sobre envuelto en una funda de plástico, ella lo saca mientras su hijo corta la cinta de embalaje que envuelve la caja. Ella saca el sobre de papel, él encuentra una mochila negra.

Ionela casi no sabe leer, pero el texto es breve y escrito en un rumano muy básico, como el de una niña:

«Durante muchos años os deseé la muerte por enviarme al infierno. Hoy, en cambio, agradezco lo que hicisteis, porque me llevó al cielo y a conocer a un ángel».

L.

Ionela no comprende lo que ha leído, cree que se trata de un error, entonces observa a su hijo. Este tiene la boca abierta mientras observa el interior de la bolsa de deporte negra.

—¿Qué hay ahí?

—Nada.

—¿Cómo que nada? —Intenta quitarle la bolsa a su hijo, pero este la aparta de forma brusca.

Sandu da un paso atrás, lleva la bolsa apretada entre las manos, dentro hay toda una fortuna que no piensa compartir. Nada menos que cuatrocientos setenta y siete mil euros, aunque él aún no los ha contado.

—¿Qué es lo que me escondes?

Sandu toma un cuchillo de la cocina y lo extiende hacia su madre de forma amenazadora.

—¡Aquí no hay nada para ti, vieja! Apártate.

Ella no hace caso. Dos minutos después, el chico sale de la vivienda a toda prisa, el cuchillo, aún en la mano, está ensangrentado hasta la empuñadura.

Agradecimientos:

Espero que nadie lleve un control de tiempos o fechas, ya que hace varias entregas que no se respeta la línea temporal. Tanto la novela anterior como esta se sitúan en un mes de septiembre, a pesar de haber pasado cuatro meses entre ellas, llamadlo licencia literaria y seguid disfrutando — o no— de mis historias.

No quiero extenderme con los agradecimientos, ya en entregas anteriores he mencionado a cada amigo y colaborador sin cuya ayuda no sería posible haber llegado hasta aquí, así que me limitaré a hablar de esta última etapa de la saga, quedan dos entregas y ya imagináis que Livia adoptará el protagonismo que antes tuvieron Marcos y Cristina, aunque estos dos no vayan a desaparecer, ni mucho menos.

La idea siempre fue que cada novela fuese diferente, y no solo por la trama principal, el caso policial en cuestión, sino también por otros factores que provocasen una fresca brisa entre libro y libro a quienes leyeran la saga de forma continua. El sistema narrativo, las tramas, las subtramas de apoyo, los personajes, los escenarios... Todo cambia de una entrega a la siguiente para que la lectura se haga más interesante. O eso es lo que pretendo, al menos.

Espero que sigáis disfrutando de Amurao, además del resto de mis libros, durante muchos años más.

Libros publicados por el autor que también podrían gustarte.

TRILOGÍA DE ALFIL: (Novela negra)

Tres novelas autoconclusivas que podrás leer en el orden que desees. Su nexo de unión es el protagonista, en este caso el asesino, viviendo los tres episodios más importantes de su vida. Cada novela posee una trama y un subgénero diferentes. La primera (Alfil negro) es una novela negra de asesinatos en serie. La segunda (Alfil blanco) es una doble precuela que explica los orígenes del protagonista, a modo de aventuras, intriga y romance. La tercera (Alfil rojo) es una novela de espionaje que retoma la historia unos meses tras el fin de la primera novela.

No se trata de descubrir al asesino. En estas novelas intentarás descubrir los motivos de sus acciones, a la vez que te sumerges en las aventuras, persecuciones y suspense de averiguar si sale victorioso o es atrapado.

BLOODY MARY: 11 Relatos de horror y violencia.

¿Duermes bien por las noches? Eso es porque no hay fantasmas en tu mente, o que no les has permitido entrar aún.

Imagina la tortura de una hermana que llora por quien no pudo salvar de las tinieblas, pero le queda la venganza. Imagina el deseo de un asesino a sueldo que ansía dejar de matar pero no puede cuando se le plantea el caso más interesante y beneficioso de su vida. Imagina la libido de un violador y asesino que disfruta, en primera persona, de castigar a los niños que captura en su garaje. Y así hasta once relatos escalofriantes.

Un día te levantas y te encuentras en medio de una historia de esas que solo ocurren en las películas o en los sucesos de los informativos. Uno de esos relatos enfermizos del maestro Stephen King. Todo puede suceder, todos somos vulnerables de protagonizar el suceso más espeluznante de la década, solo nos falta ese último empujón... En este libro tendréis once relatos medios de unas 9000 palabras cada uno, escritos y recopilados en la primera entrega de relatos sangrientos del autor. Todos con una temática completamente original. Sumérgete en la densa atmósfera y el ritmo acelerado que te provocarán todas estas historias. (también disponible **BLOODY MARY 2** con 24 relatos)

ANATOMÍA DE UN SUICIDIO: Relato largo (75 páginas) Auto-ayuda con clave de humor ácido y satírico.

Conoceréis con todo lujo de detalles lo que acontece durante y después de un suicidio. Basado en un hecho real, os mostrará la poca importancia que tiene vuestro mundo y lo que os rodea, en comparación con el maravilloso don de la vida que poseéis. Un relato de autoayuda narrado en tono ácido y satírico sobre la importancia de vivir y de quererse a uno mismo.

No podrás evitar reír con las declaraciones de los testigos de la muerte de la protagonista, como lo son la sangre que sale de sus venas, el piso en el que vive, los gusanos que dan buena cuenta de su cadáver o la hoja de afeitar que sirvió para tal fin. Regálalo a quien te importe o a quien desees demostrar que es valioso para ti.